



~~Les~~ coups, et on les entoura tout vi-
vans dans une fosse. Les habitans d'Utiqne,
las d'être assiégés, traitèrent avec Spendius,
tuèrent cinq cents Carthaginois qui leur ser-
vaient de garnison, et jetèrent les

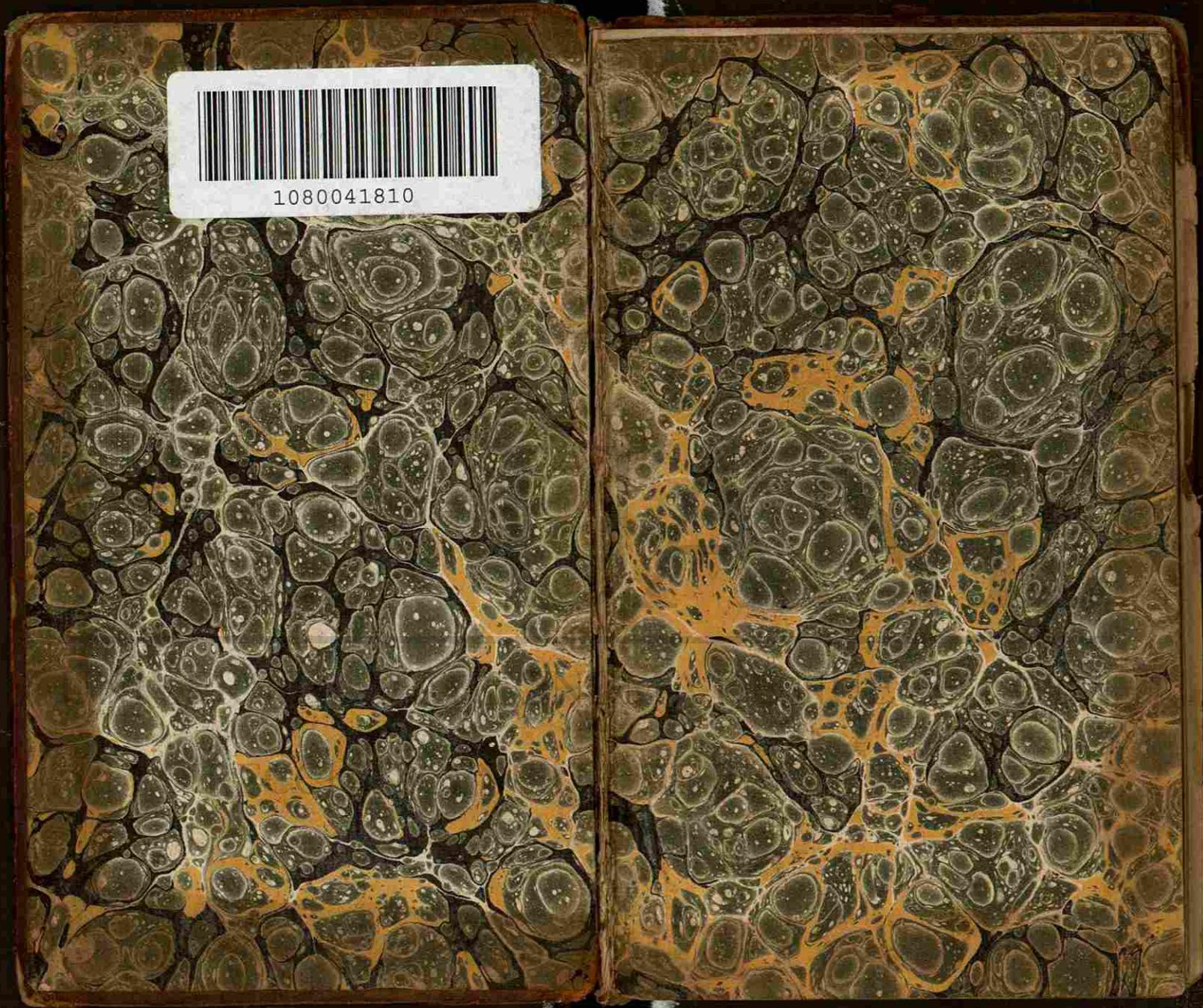
DC231
159
• 59
59
37
41
11

PL 6601

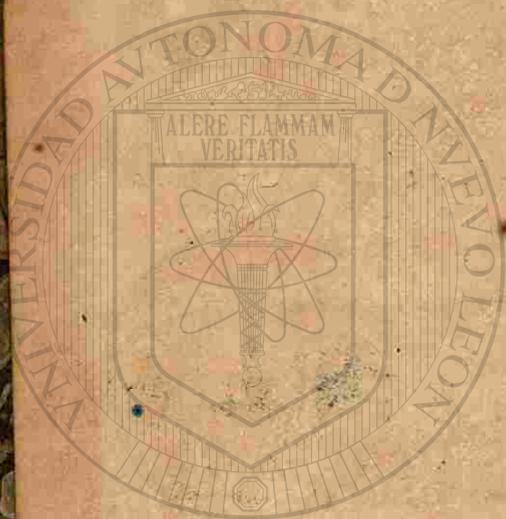
159
159
159



1080041810



6486/191



MEMORIAS

DEL

MARISCAL SUCHET



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

109910[®]

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

16436

86-6

MEMORIAS

S

DEL

MARISCAL SUCHET,

DUQUE DE ALBUFERA,

SOBRE SUS CAMPAÑAS EN ESPAÑA, DESDE EL AÑO 1808
HASTA EL DE 1814.

ESCRITAS POR ÉL MISMO,

TRADUCIDAS EN ESPAÑOL, CON EL MAS PARTICULAR ESmero,

Por G..... D..... M.

TOMO TERCERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

PARIS,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
EN CASA DEL S^r BOSSANGE PADRE,

CALLE DE RICHELIEU, N^o 60.

1829.

Paris, imprenta de GAULTIER-LAGUONIE.

1829

E
923
S

D4231
.595
S9
V.3



MEMORIAS

DEL

MARISCAL SUCHET.

CAPITULO XIII.

(1811.) I. Restablécese el orden en Tarragona. — II. El general Suchet sale para Barcelona. — III. Regresa á Tarragona. — IV. El ejército de Campoverde se dispersa. — V. El general en jefe marcha con direccion á Vich. — VI. Se le nombra mariscal. — VII. El ejército se dirige contra Mont-Serrat. — VIII. Descripción de dicha posicion. — IX. Ataque y toma de Mont-Serrat. — X. Océpase toda la baja Cataluña. — XI. El mariscal Suchet regresa á Zaragoza. — XII. Combates parciales. — XIII. Proposicion relativa á un cange de prisioneros.

I. Tarragona, nuestros campamentos, la rada y orillas del mar, toda, toda la escena habia cambiado enteramente de aspecto, al despuntar el sol, el 29 de junio. La escuadra habia forzado de vela y largádose, despues de haber recogido un corto número de Españoles; con respecto al resto de la guarnicion, ya no le era posible el ofrecerle un asilo, ni libertarla de la suerte que

le habia deparado la guerra. La ciudad, sembrada por dó quier de heridos y de cadáveres hacinados, ofrecia aun el mas triste espectáculo, bien que no fuese ya un teatro de desesperacion y de furor. Lo que mas interesaba por el pronto, era tratar y dar providencias relativas á su salubridad y seguridad. El general Montmarie á quien se le habia confiado el mando provisorio de ella, hacia reunir y trasportar los heridos á los hospitales de Reus, y mandaba venir y recogia los habitantes, que la catástrofe habia esparcido aqui y allá, á fin de emplearlos como trabajadores para cegar nuestras trincheras y demoler nuestras baterías, haciéndoles distribuir la racion de viveres de los almacenes de nuestro ejército. En la ciudad solo permaneció la tropa necesaria para mantener y conservar el órden; los demas soldados fueron enviados todos á sus respectivos regimientos. Mandóse tomar las armas á todos estos, y vinieron á formarse en torno de la numerosa guarnicion española hecha prisionera, dentro como fuera de murallas. Reunióseles todos en un terreno despejado y descubierto, cerca de Constantí, y contando los heridos ascendia su número total á nueve mil setecientos y ochenta y un hombres, entre los cuales, cuatrocientos noventa y siete oficiales, y muchos generales y gefes*.

* Véanse las notas y piezas justificativas, número 21.

El general en gefe les pasó revista, y reconoció y notó en ellos todos los elementos de una buena infantería, oficiales experimentados ya, y en toda la fuerza y vigor de la edad, y soldados ágiles y vigorosos y del mejor talante: era en efecto una guarnicion escogida, que acababa de dar la mejor prueba de su valor en una tan obstinada defensa. El general dió la órden de que se la tratase con todas aquellas consideraciones que son debidas al valor desgraciado: envió á su propio cirujano para que visitase y curase al gobernador Contreras, cuya herida por fortuna no era de consideracion, y poco despues le hizo trasportar en unas parihuelas á su cuartel general. Al llegar alli, hubo de expresarle y quejársele, porque no habia querido recibirse en la plaza ninguno de sus parlamentarios, ni por consiguiente oírseles, lo que habia dado lugar á un asalto de viva fuerza, en vez de la honrosa capitulacion que él pensaba proponer y ofrecer. El general español no desmintió sus sentimientos ni pareció arrepentirse de su conducta, y despues de haber entrado en algunas explicaciones, dignas de un hombre de valor, recibió todos aquellos testimonios que merecia justamente su bizarría y bravura. El conde Suchet le ofreció cuantos socorros podia necesitar en su situacion, y tomó las medidas oportunas á fin de protegerle en su traslacion á Zaragoza

y á Francia *. Dispuso al mismo tiempo la partida de la guarnicion prisionera, en tres columnas, bajo la escolta de una division del ejército, y despachó á Paris al capitán Anthoine de Saint-Joseph, para que informase y diese cuenta al gobierno de la toma de Tarragona.

II. Terminadas, apenas, estas disposiciones, el general en gefe dirigió, en la noche del 29 al 30, la division Frére hácia Villafranca, la division Harispe hácia Villanova de Sitges, y él mismo los siguió poco despues con la brigada de infanteria del general Abbé y la caballeria del general Boussard. Su objeto era el impedir con este movimiento precipitado y brusco el embarque de la division valenciana, y de arrojar ó dispersar el ejército que pocos dias antes habia querido hacernos levantar el sitio de Tarragona, y al frente del cual se encontraba aun el general Campoverde. Los Ingleses cañonearon nuestras columnas, todo lo largo del camino, á la flor del agua, y al entrar nuestra vanguardia en Vilanova, vió reunidos en el puerto una gran multitud de buques; algunos pelotones enemigos, ó bien hombres aislados y dispersos, huían por todos lados delante de

* Lo que el general Contreras ha escrito é impreso despues contra el mariscal Suchet, relativo al sitio de Tarragona, se encuentra contradicho, no solamente por los hechos, si que por él mismo.

Véanse las notas y piezas justificativas, número 22.

nosotros, y se esforzaban por llegar con tiempo hasta las barcas. Los dragones arremetieron contra ellos en la playa, y hasta dentro del mar mismo, y casi todos los fugitivos fueron hechos prisioneros; la misma suerte corrieron como unos cuarenta oficiales que encontramos escondidos en la poblacion. Tambien cayeron en nuestras manos como unos ochocientos á novecientos heridos, procedentes de Tarragona, y que llenaban todos los hospitales de la villa: designáronse algunos cirujanos de nuestro ejército para que permaneciesen allí en su compañía y los asistiesen. El general Frére hizo tambien algunos prisioneros en el Vendrell y Villafranca. En esto se nos presentaron algunos desertores, con armas y bagages, y por ellos supimos que el general Campoverde se habia retirado precipitadamente, en direccion hácia Igualada. Convencido, pues, y asegurado el general en gefe de que el cuerpo valenciano no se habia podido reembarcar, quiso utilizar este momento para llegar hasta Barcelona, y ponerse allí de acuerdo con el general Maurice Mathieu, gobernador de dicha plaza. Dejó, pues, las divisiones Frére y Harispe en sus respectivas posiciones, y atravesando el col de Ordal, con una reserva, llegó con una marcha bien rápida á la capital del Principado.

Al pasar por el puente de Molino del Rey, el

general visitó y reconoció el campo de batalla en que el mariscal Gouvion Saint-Cyr habia tan completamente arrollado al general Reding, en 1808. Desde este punto, hasta casi bajo los muros de la capital, no vió ni encontró un solo puesto frances. La experiencia, en efecto, habia mostrado la necesidad de no alejarse de ella sino con fuerzas respetables, á fin de no perder diariamente y sin fruto alguno una porcion de valientes, en puestos pequeños y reducidos, que se veian atacados un momento despues y casi continuamente por legiones de miqueletes. La exasperacion de los habitantes en la Cataluña habia sido hasta entonces excesiva, y no se necesitaba de menos que de toda la prudencia, firmeza y talentos del conde Maurice Mathieu, para haber de contener, con una corta guarnicion de cinco á seis mil hombres, toda una poblacion inmensa. Para calmar ademas y someter una provincia, en la posesion de la cual se interesaba tanto y tan justamente Napoleon, habia hecho eleccion de unos gefes los mas recomendables, y bien conocidos y distinguidos todos por la elevacion de sus sentimientos. El mariscal duque de Tarento mandaba en gefe la Cataluña; su amigo, el general Maurice Mathieu, estaba de gobernador en Barcelona, y los generales Baraguey d'Hilliers y Maximien Lamarque estaban al frente de las divisiones. Los corazones

de los Catalanes no se abrian aun á la confianza; pero las medidas mas sabias y prudentes, y un buen sistema, seguido con perseverancia, debian cansar á la larga y debilitar su irritacion y animosidad.

III. En las cortas horas que hubo de pasar en Tarragona, el general Suchet tomó una idea de la situacion del pais, y se puso de acuerdo con el general Maurice Mathieu á fin de impedir el reembarco de las tropas de Valencia, y de emprender ademas algun movimiento de tropas, cuyo resultado pudiese favorecer y auxiliar el bloqueo de Figueras. En consecuencia, salió de nuevo inmediatamente hácia Tarragona, con objeto de dar alli las disposiciones necesarias y poder ausentarse despues durante algunos dias. La cuarta division, mandada por el general Herbert, pasó á ocupar Tortosa y la frontera del reino de Valencia: dicho general llevó la orden de restablecer el puesto de la Rápita, en las bocas del Ebro, y de fortificar dicha posicion en términos que pudiese defenderse por sí contra alguna nueva tentativa de los Ingleses, y poder dar abrigo y proteccion á los buques y navios franceses.

Al general Musnier, que mandaba la primera division, se le dió el encargo de ocupar y conservar Tarragona y Villafranca; debia ademas hacer construir algunos fortines y baterías á

orillas del mar, contener el pais, y asegurar el reparto y recoleccion de las contribuciones que nos veíamos en la precision de imponer, para sostener el ejército: triste y enojoso recurso, que enagenándonos mas y mas los espíritus, redoblaba nuestro embarazo y aun nuestros peligros con respecto á un pueblo tan pobre como altanero y vindicativo.

IV. La marcha de nuestras tropas hácia Villafranca, el 3o de junio, no dió lugar á los Valencianos de poderse embarcar en Villanova, y por consiguiente, Campoverde, en los primeros momentos, no pensó en otro que en alejarse á marchas forzadas de nuestras columnas. Efectuó, pues, su retirada hasta Cervera por lo pronto, y no creyéndose aun seguro alli, se adelantó hasta Agramunt. Reunió un consejo de guerra, que adoptó la resolucion de abandonar la Cataluña. Divulgada esta noticia, los Catalanes desertaron, por no alejarse de su pais, y una parte de los Valencianos por el contrario pasó el Segre y el Cinca, y fueron á parar al alto Aragon. Con este motivo el ejército se desordenó é insurreccionó casi todo. Campoverde entonces tomó bajo su responsabilidad el cambiar de direccion y regresó á Cervera, y desde este punto solo trató como podria bajar y llegar hasta la costa; este era ya el único medio de calmar al general Miranda, que reclamaba, hasta con ame-

nazas, la promesa garantida por los Ingleses de dejarle volver por mar con su division á Valencia, en donde podria necesitarse para defender el pais, mientras que su auxilio en Cataluña no podia ya ser de utilidad alguna.

V. El general en gefe, decidido á perseguir hasta el fin y no dejar un momento de reposo á los restos de aquel ejército, y á hacer sentir no menos su presencia y esfuerzos en las cercanías de Figueras, para impedir que algun acontecimiento imprevisto no viniese aun á turbar el bloqueo de dicha plaza, salió de nuevo con sus tropas hácia Barcelona, á donde llegó el 9 de julio. En la noche misma partió de ella parte de la guarnicion, á las órdenes del general gobernador Maurice Mathieu, con direccion á Mataró, á donde el enemigo acababa de llegar. El ataque se verificó al amanecer: los Españoles se dispersaron y se alejaron precipitadamente hácia las montañas, cubriendo su retirada unos cuatrocientos caballos. Nuestras tropas ocuparon de nuevo la ciudad y encontraron en ella ciento y cincuenta mil raciones de galleta, que acababan de desembarcar los Ingleses; pero se supo al mismo tiempo del modo mas positivo, que habian llegado á Arenys del Mar tres mil Valencianos, y que habian sido recogidos alli por la escuadra inglesa. No nos habia sido posible alcanzarlos por falta de tiempo, y se pu-

sieron en salvo, mientras que el baron de Eroles aparentaba el sostener un combate en Mataró.

No tardamos en saber que, despues de esta accion, el ejército catalan se iba desorganizando mas y mas cada dia. El general Campoverde se habia visto precisado á salvarse huyendo por miedo á sus soldados y al paisanage, y el general Lacy acababa de llegar para reemplazarle en el mando. No tardó el general Suchet en ponerse en movimiento para ir á encontrarle, y dirigiendo por el pronto la brigada Montmarie hácia Lérida, y mientras que la brigada Palombini se adelantaba por San Feliú de Codinas, marchó él mismo hácia el desfiladero de Centelles, atravesando el valle del Congost, posiciones excelentes y harto temibles y que encontramos casi sin defensa. Al llegar á Tona, destacó al general Harispe hácia Moyá, y él entró en Vich con la division Frére. Desde este punto destacó algunas columnas hácia Olot y Ripoll, amagó amenazar el punto de Manresa, y se puso en comunicacion con el mariscal duque de Tarento.

El ejército catalan que no habia podido salvar Tarragona, acababa de perder la division auxiliar de Valencia, y se encontraba en un estado de dispersion y desorganizacion sobrado marcado, para que pudiese de hoy mas inspirarnos la menor inquietud, relativa al bloqueo

de Figueras. El general Lacy, su nuevo gefe, se ocupaba en reunirle sobre diferentes puntos, por ejemplo, Cardona y la Seu de Urgel. Supimos tambien que habia mandado volar las fortificaciones de Berga, y que se estableciese el baron de Eroles en Mont-Serrat, posicion central y dominante, en la cual se habian ya emprendido muy de antemano algunas obras de fortificacion y defensa y formado almacenes. El gobierno frances habia ya ordenado el ocupar este punto; mas arriba hemos visto que el mariscal Macdonald debia apoderarse de él, á la época en que principiamos á disponer el sitio de Tarragona, proyecto que hubo de retardar la inesperada sorpresa de Figueras, que llamó toda la atencion del Mariscal hácia aquel punto. El general Suchet, bien que no hubiese recibido orden alguna relativa á esta operacion, creyó debia encargarse de ella, puesto que se encontraba con hartos medios para llevarla á cabo, y que su utilidad era evidente en las circunstancias actuales. Combinó, pues, la ejecucion de manera á poder dejar sus fuerzas no lejos del punto de Figueras, cuanto mas tiempo le fuese posible, y en consecuencia los generales Frére y Harispe permanecieron en Vich y en Moyá, con orden de moverse y dirigirse contra Mont-Serrat, á la época y momento convenidos. El general en gefe regresó con su reserva, se puso

de acuerdo, al paso, con el conde Maurice Mathieu, y llegó el 20 de julio á Reus, en donde contaba recibir las órdenes del gobierno y las noticias de Francia.

VI. Al llegar allí en efecto encontró un oficial del príncipe Neufchâtel, que le traía los despachos y decreto por el cual se le nombraba mariscal del Imperio concebido en los términos siguientes, y en fecha del día mismo en que hubo de llegar á Saint-Cloud el parte sobre la toma de Tarragona :

« Palacio de Saint-Cloud, á 8 de julio de 1811.

« Napoleon, emperador de los Franceses, etc.

« Queriendo dar una prueba de nuestra satisfacción y de nuestra confianza al general en jefe Suchet, por todos los servicios que Nos ha prestado en diferentes ocasiones, y en la toma de Lérida, Mequinenza, Tortosa y Tarragona :

« Hemos decretado y decretamos lo que sigue:

« Artículo 1º. El general de division Suchet es nombrado Mariscal del Imperio.

« Artículo 2º. Nuestro ministro de la guerra queda encargado de la ejecucion del presente decreto.

« Firmado NAPOLEON. »

Adjunta á dicho decreto venia una instruccion, por la cual se mandaba demoler la plaza de Tarragona, no conservando en ella mas que

un reducto, conquistar y ocupar Mont-Serrat, y el prepararse á marchar, con el ejército de Aragon, hácia el reino de Valencia.

Facilitáronse, sin perder minuto, al cuerpo de ingenieros los medios necesarios para proceder á dicha demolicion : el general Rogniat propuso el conservar el recinto de la ciudad alta, y como en este estado podia muy bien guardarse la plaza con una guarnicion de mil hombres, el general en jefe adoptó dicho parecer, que aprobó despues el gobierno de Paris. Emprendióse dicho trabajo con grande actividad, porque el gobierno solo habia dado quince dias de término para concluirle : una gran parte de la artillería fue trasportada á Tortosa.

VII. Todo estaba ya pronto para el ataque de Mont-Serrat, segun lo llevamos ya dicho. El 22 de julio, el general Montmarie se dirigió desde Montblanc hácia Igualada, mientras que los generales Frère y Harispe se venian adelantando por el camino de Manresa, y que el general Maurice Mathieu ocupaba Esparraguera, con una columna que se habia dirigido por Martorell. El 23, el mariscal mismo llegó á Igualada, por Sarreal y Santa Coloma. Por la primera vez, desde que guerreara en Cataluña, hubo de ver ahora con satisfacción que los habitantes de los pueblos permanecian ó volvian tranquilos á sus casas y hogares, y tuvo buen

cuidado de alentar esta primera prueba y ensayo de confianza, que podia llegar á producir los mejores resultados, si llegaba á generalizarse y á propagarse con el ejemplo. El 24, reunió en el meson del Bruch los generales, y tomó en seguida las debidas disposiciones para el ataque.

VIII. El Mont-Serrat, punto importante como posicion, presenta una de las mas raras y notables configuraciones. A una cierta distancia, aunque no considerable de Manresa, de Igualada y de Barcelona, domina todas las rutas principales, como todas las demas alturas del centro de la Cataluña. Su imponente y grandiosa masa es de un acceso difícil, pues por la parte del este la baña el Llobregat, y la defienden por todos los demas costados empinados y ásperos escarpes, hasta una altura considerable. Sobre un rellano ó mesa no muy ancha, pero sí muy elevada, y despejada y abierta hácia el Oriente, se halla situado el convento de Nuestra-Señora, vasto y sólido edificio, que con todos sus anejos y servidumbres forma una como fortaleza, en que algunas tropas con los correspondientes almacenes pueden defenderse largo tiempo y con gran ventaja. Hácia la parte superior, y en la region de las nubes ya, la cima del monte se ve como partida en toda su longitud, y coronada de picos ó de altas rocas en

forma piramidal, y pegadas á estas algunas pequeñas ermitas, como si fueran otros tantos nidos de golondrinas. Su base y sus flancos, surcados por dó quier con hondas barrancas y quebradas, aparecen enteramente descarnados y pelados, sin tierra ni vegetacion alguna en muchas de sus partes, circunstancia que le da al todo de la masa un aspecto extraordinario, y que le ha hecho llamar justamente un esqueleto de montaña. Su importancia se aumentaba aun en razon de la naturaleza del lugar y de la veneracion general en que los pueblos le tenian; asi es, que desde el principio de la guerra se le habia escogido como un punto de apoyo para los movimientos del ejército catalan. Los religiosos que servian dicho monasterio se habian refugiado á las Islas Baleares, cargando con todas las riquezas de él, reemplazándolos ahora dos ó tres mil soldados á las órdenes del baron de Eroles. Para defender la posicion, habia establecido este un atrincheramiento á la puerta misma del convento, y dos baterías, con zanjas abiertas en la roca misma, en el sendero que viene serpenteando y bajando, al norte de la montaña, entre un alto escarpe y un precipicio, hasta cerca Casa-Masans: este era el camino de Igualada al convento, y el ataque solo se podia efectuar por este lado. Por la parte del sud se veía otro sendero aun mas difícil y estrecho,

por el cual se baja al lugar de Colbató, y que defendia tambien otra batería. El camino de Monistrol se habia cortado é interceptado enteramente, y los declivios y pendientes al est, hasta llegar á las orillas del Llobregat, eran tan sumamente escarpadas, que se las podia mirar como impracticables.

IX. El mariscal Suchet queria apoderarse de la posicion, por un como golpe de mano, y evitar, si le fuese posible, un combate mortífero y sangriento sobre un terreno nada favorable al invasor, y tomó sus disposiciones en consecuencia. La brigada Montmarie se apostó en Colbató, para amenazar é interceptar este punto de retirada al enemigo; los generales Frére y Harispe ocuparon los caminos de Igualada y de Manresa, y las tropas que habia traído el general Maurice Mathieu de Barcelona, apostadas al pie de la montaña, cerca del Bruch, servian de reserva, tanto al general Montmarie como á la brigada Abbé, encargada del ataque principal. Esta se situó en consecuencia, el 24 de julio en la noche, en el puesto de Casa-Masans, despues de haber desalojado á los Españoles que se replegaron hácia sus atrincheramientos. El 25 por la mañana, el general Abbé se adelantó en columna por el camino que sube directamente al convento, al frente del 1º ligero y del 114 de línea, y de una batería además de tres piezas,

seguido de algunos batallones del ejército de Cataluña, mandados por el general Maurice Mathieu: el general en gefe marchaba con esta reserva. La vanguardia por el pronto no encontró mas obstáculos que las desigualdades naturales del terreno, que venció sin gran pena. La cabeza de la columna iba desfilando bajo el fuego de fusilería de los Somatenes, que ocupaban las alturas, á la izquierda, mas allá del barranco: su derecha estaba garantida y cubierta por el escarpe mismo de la montaña, y por ciento y cincuenta soldados que se habian enviado á la descubierta, con el objeto de que ganasen la cima de aquella, y de que batiesen y ojeasen todos los recodos y grutas que pudieran ocultar tal vez alguna emboscada.

Al llegar al ángulo en que se encuentra situada la capilla de Santa Cecilia, la columna fue saludada por una descarga de la primera batería, que ocupaba y cerraba todo el camino. La tropa se formó é hizo alto en un sitio que no podia descubrirse desde aquella, posicion en que no podiamos ni en que nos convenia detenernos largo tiempo. Destacaronse nuevos volteadores hácia la derecha, que aprovechándose de las sinuosidades naturales de las rocas, debían esforzarse por llegar á la cumbre, á fin de poder dominar y coger por la espalda la batería y atrincheramientos del camino. Mil y mil obstá-

culos se oponian á su marcha ; pero al fin , despues de increíbles fatigas , llegaron á situarse en ciertos puntos ventajosos , y abrigándose y garantiéndose contra el enemigo , principiaron á incomodar á los Españoles hasta en su batería misma. El general Abbé destacó y lanzó entonces contra el reducto , casi á carrera abierta , dos compañías de granaderos , á las órdenes del capitán Ronfort , del 114. Apenas si se dió tiempo al enemigo de hacer una descarga : nuestros granaderos se precipitaron hácia el pie del atrincheramiento , en donde se los aplastaba con los canteros que se lanzaban y que se hicieron desgajar contra ellos. Los volteadores , cuando esto vieron , redoblaron su fuego , y ganando terreno y adelantándose mas y mas , llegaron hasta tirar por la espalda contra los artilleros que servian las piezas ; los Españoles se desordenan , huyen despavoridos hácia su segunda batería , y los granaderos entran en la primera y aun siguen persiguiéndolos , revuelto unos y otros. Destacóse al momento un batallón del 1º ligero , á las órdenes del comandante Ehrard , para sostener las dos compañías de granaderos , y cuando vió dicho batallón el buen aspecto que mostraba el combate , corrió presuroso á tomar parte en él : los volteadores en esto redoblan sus audaces esfuerzos , los granaderos alcanzan á los fugitivos , y la segunda

batería cae en nuestro poder como la primera. Algunos Españoles hicieron sin embargo en ella la mas viva resistencia ; el capitán de artillería y los soldados de esta arma murieron en el sitio. Nos apoderamos de diez piezas , de treinta prisioneros , y el camino nos quedó ya libre y expedito hasta la entrada del convento.

La columna se reunió y se formó de nuevo , y continuó subiendo en el mejor orden con la artillería , contra el último atrincheramiento del enemigo. Pero á medida que íbamos avanzando hácia el corazon de la montaña , oíamos allá á lo lejos un vivo fuego de fusilería , que atribuimos á los progresos del ataque que dirigia el general Montmarie por la parte de Colbató ; y para contribuir mejor á su buen éxito , redoblamos el paso con un nuevo ardor . ; Pero , cual hubo de ser nuestra sorpresa al llegar cerca del convento , viendo huir á los Españoles en el mayor desorden , y á los Franceses que salian del interior de aquel persiguiéndolos vivamente , y que venian á abrirnos las barreras que nosotros nos proponiamos ganar y conquistar á la bayoneta ! Eran estos como unos trescientos hombres del 1º ligero y del 114 de línea , que hacian parte de los destacamentos que habiamos enviado sucesivamente , á fin de rodear la montaña sobre nuestro flanco , y que vagando de peñasco en peñasco y oblicuando sobrado hácia

su derecha, habian llegado insensiblemente á la cumbre de la montaña, mientras que nosotros estábamos ocupados en el ataque de los reducos. Puestos alli, se apoderaron de una ó dos ermitillas las mas cercanas al convento, desde cuyo punto, sin balancear un momento, y con aquel tacto é inteligencia que distinguen al soldado frances en el momento de la accion, aun cuando se ve sin oficiales que le manden y le guien, atacaron el convento con toda la ventaja de una posicion dominante y de una sorpresa. Defendióle este la reserva del enemigo, que opuso por el pronto una viva resistencia, y que hubiera fácilmente arrollado el corto número de enemigos que parecian quererla estrechar y obligarla á reentrar en el edificio, si se hubieran presentado juntos y en batalla en un terreno igual. Pero dichas ermitillas no se comunicaban con el convento sino por medio de numerosos y escarpados senderos, y aun en ciertos parages, por medio de escaleras ó de gradas informes abiertas en la peña viva, y tan sumamente empinadas y pendientes, que fuera cosa difícil, al bajar, é imposible al subir, el poder atravesarlas, en presencia de un enemigo bien prevenido y con el ojo alerta. Los Franceses, alentados con el buen suceso de la primera tentativa, iban progresando mas y mas, y diseminándose por aquellas breñas, se iban

aproximando cada vez mas de los Españoles, que se defendian concentrados en los patios y atrincheramientos, y al abrigo de las almenas, de los fosos y de las empalizadas. En fin, llegaron á ganar por sorpresa una puerta que les facilitó la entrada en el recinto mismo, y se empeñó un vivo fuego de fusilería en los claustros, en los corredores y en las galerías del convento mismo; pero el combate hubiera podido terminarse aun de una manera poco ventajosa, atendido el corto número de los nuestros. Los Españoles, en esto, llegaron á entender por los fugitivos de las dos baterías que su principal defensa habia sido ganada ya, y que no les quedaba otro medio de salud que una pronta retirada. La víspera, y al recibirse el primer aviso que las tropas francesas se iban acercando, el baron de Eroles habia mandado que se distribuyesen víveres para ocho dias á las baterías, fuese ya por una especie de fanfarronada y jactancia, ó bien que realmente creyese el poder desafiar un ataque de viva fuerza en una tan difícil posicion. Pero la viveza como la combinacion de nuestros esfuerzos hubieron de desengañarle muy pronto de su error, y hubo de verse á la vez forzado y desalojado del convento, y amenazado por su espalda por la ocupacion del camino de Colbató. Y para evitar el encuentro y ataque de nuestra columna princi-

pal, que venia avanzándose victoriosa, se retiró y desfiló hácia el Llobregat, por unas barrancas y precipicios que solo Españoles conociendo el terreno hubieran podido atravesar, aunque no sin peligro y alguna pérdida. Nos apoderamos, pues, del convento, de todas sus avenidas y de todo el Mont-Serrat en fin, de dos banderas, diez piezas, y de todos los almacenes del enemigo en municiones, armas, víveres y vestuarios. Nuestras tropas se establecieron en el convento y en las cercanías: visitamos también y ocupamos las trece ermitillas, y en dos de estas hubimos de encontrar aun los piadosos solitarios que las servian, y á quienes se respetó y dejó tranquilos en su asilo. Tomáronse las debidas precauciones á fin que la Iglesia no sufriese ultrage ni menoscabo alguno, y para que se conservasen intactos los acopios almacenados en el monasterio, y que debian de servir á la guarnicion que ibamos á dejar en aquel punto.

X. La toma y conquista de Mont-Serrat, cuando la de Tarragona estaba aun tan reciente, produjo sobre la Cataluña una impresion moral harto notable, en los primeros momentos á lo menos. De muchas grandes villas vinieron diputados á prestar su sumision, y aun algunos lugares entregaron espontáneamente sus armas, esfuerzo ciertamente el mas difieil de parte de

una poblacion naturalmente guerrera como la de Cataluña. Con respecto al ejército catalan, perdida ya esta como su posicion central, le era sobremanera mucho mas dificultoso ya el poder reunirse, ni volver á ponerse en estado de emprender movimiento alguno serio en favor de Figueras.

Pero al mismo tiempo, la conservacion de dicha conquista obligaba al ejército de Aragon á una nueva dislocacion de fuerzas. El general Abbé tomó en los primeros dias el mando de Mont-Serrat: la intencion del gobierno era el emplear solo un regimiento en la ocupacion de dicho punto: pero su extension como su importancia decidieron al mariscal á dejar dos de aquellos para conservarle. El general Palombini, con su brigada y alguna caballeria, reemplazó poco despues al general Abbé, quien regresó por Villafranca á reunirse con la division Musnier de que hacia parte. El general Frére, á cuyas órdenes estaba el general Palombini, que ocupaba Mont-Serrat, se estableció en Igualada, villa populosa y de grande influencia que importaba contener, y se ligó con Lérida, por Cervera y la Plana del Urgel, en que se colocó y apostó á los cazadores reales italianos, el 24 de dragones y el 42 de línea. De este modo se hallaba toda la baja Cataluña, si no ya sometida, ocupada al menos por el ejército de Aragon. Era

esta toda la porcion de territorio que se añadió y agregó al mando del mariscal Suchet, cuando se le dió la comision de hacer los sitios de Lérida, de Tortosa y de Tarragona, fuera de su provincia. Sus operaciones en seguida habian tenido por objeto el auxiliar al ejército frances de Cataluña, que la fuerza de los acontecimientos retenia aun á la vista de las murallas de Figueras. Esta plaza estaba ya entonces en los últimos apuros: su reconquista era una operación casi decisiva, que el mariscal duque de Tarento podia completar bien fácilmente mas tarde, apoderándose de Cardona y de la Seu de Urgel, con lo que quedaba dueño de la provincia entera.

XI. Dejando, pues, por algun tiempo una parte de su ejército en Cataluña, el mariscal Suchet se dirigió de nuevo á Zaragoza, á fin de prepararse y disponerse á la expedicion contra Valencia. Tenia ademas necesidad de hacer sentir su presencia en el Aragon, porque la dispersion del ejército de Campoverde habia dado lugar á algunos desórdenes á la orilla izquierda del Ebro. Los desertores valencianos que habian pasado el Segre y el Cinca, se dirigieron hácia la frontera de Navarra, y el general Reille, á quien se dió conocimiento de ello, tomó las medidas oportunas á fin de cortarles el paso. Por su parte, el general Chlopiski se movió en busca de ellos con su acostumbrada actividad, y destacó por

todas partes algunas columnas, con el objeto de atajarlos ó de arrollarlos, y en efecto cayeron en nuestro poder un gran número de hombres y de caballos. Los que no tuvieron dicha suerte en el Aragon y en la Navarra, solo debieron su salud á una completa dispersion, y pudieron al fin libertarse pasando el Ebro mas tarde, es decir, en todo el mes de agosto, y costeano las faldas del Moncayo llegaron á las fronteras de Castilla, y desde allí á la de su reino de Valencia.

Los generales Villacampa y Obispo, que se habian reforzado algun tanto, el sitio de Tarragona durante, amenazaban con cuatro mil infantes y setecientos caballos á esta época misma toda la orilla derecha del Ebro, desde Teruel y Albarracin. El brigadier Duran, al frente de tres mil hombres, se adelantó con ánimo de reunirse á ellos, desde Soria á Calatayud, y en este punto encontró al general Ferrier, quien á la cabeza de los Napolitanos y de un batallon del Vístula sostuvo el combate contra él con gran vigor, y logró rechazarle. Poco tiempo despues, el gefe de partidarios Campillo, destacado por disposicion de Villacampa por el lado de Montalban, tuvo la audacia de penetrar hasta Cariñena y Longares; pero el capitán adjunto Domanget le alcanzó, y al frente de cincuenta coraceros embistió contra él, le hizo doscientos veinte y

ocho prisioneros y le dispersó completamente.

El general en jefe no podía dejar expuesta á tan peligrosos ataques y correrías la parte meridional del Aragon, y por la cual precisamente debía muy pronto de maniobrar contra Valencia.

Y en consecuencia, desde el momento en que estuvieron de vuelta en Zaragoza las columnas que habian escoltado hasta la frontera de Francia la guarnicion de Tarragona, dió á sus divisiones activas una nueva direccion combinada, sobre la derecha del Ebro, en vez del reposo que les fuera tal vez necesario. El general Harrispe se puso en marcha hácia Teruel, y libertó y sacó de embarazo en dicho punto al jefe de batallon Lefebvre, del 14 de línea, que se encontraba bloqueado con una pequeña guarnicion, sin dejarse intimidar por las amenazas, intimas ni tentativas del enemigo. El general Compére, destacado hácia Calatayud, se adelantó hasta Medina-Celi en Castilla, á la cabeza de dos mil hombres, con el objeto de darse la mano y comunicar con una division del ejército frances del centro. El general italiano Peyri se dirigió, con la brigada Balathier, á Castellote, entre Alcañiz, Morella y Montalban, cerca de las fronteras del reino de Valencia. Todos estos movimientos desembarazaron el Aragon, y nos permitieron el restablecer por todas partes nuestra autoridad, á fin de poder realizar la recolec-

cion de los impuestos y de los víveres. Villacampa y los demas gefes se retiraron y alejaron, al acercarnos nosotros, porque no habian venido á pelear y combatir. Su objeto principal habia sido el recoger la mayor cantidad de granos que les fuese posible, para enviarlos á Valencia, privándonos á nosotros de este recurso: proyecto tanto mas funesto para nosotros, cuanto á que la cosecha de este año habia sido la mas corta y mala que se hubiese visto en Aragon, de memoria de hombre nacido. El mariscal Suchet veía sus almacenes vacios, y sin duda necesitaba hacer grandes esfuerzos y tomarse un cierto tiempo á fin de poder preparar y reunir los recursos oportunos, y ponerse en estado de maniobrar con la totalidad de sus fuerzas. Una buena parte de estas estaba aun empleada y retenida en Cataluña, porque la posesion de Mont-Serrat, privando á los enemigos de un punto harto importante, nos tenia sin embargo como clavados allí, y nos imponia ademas la difícil obligacion de haberle de proveer de víveres. Asi es que poco despues los Catalanes, pasado el estupor de la primera sorpresa, lo que no tardó en verificarse, principiaron á hostigar nuestras tropas y á atacar nuestros puestos. El general Palombini habia apostado cuatro compañías del 2º de línea, italiano, en Monistrol, casi al pie de Mont-Serrat, que fueron atacadas

el 9 de agosto por unos mil paisanos. Aun para repeler estas bandas que combatian con un encarnizamiento sin igual, fue preciso que bajase del convento un refuerzo: el enemigo se retiró, despues de una accion bien viva, dejando sesenta muertos en el campo; por nuestra parte perdimos veinte y tres cazadores italianos: los capitanes Bay y Bentivoglio se distinguieron muy particularmente; este último resultó herido.

Pocos días despues, esto es, el 16 de agosto, el general Frère hubo de enviar cien hombres desde Igualada á Mont-Serrat, con motivo de la correspondencia, porque la comunicacion de un punto al otro no se verificaba sino con las correspondientes precauciones y con fuerza suficiente. Y con harto motivo en la ocasion presente; porque los Somatenes, en número de mil y quinientos hombres, se habian apoderado de todas las alturas que dominan el camino, y siendo ya preciso el socorrer nuestro destacamento, el general Palombini hizo marchar al momento diez compañías al efecto: el desalojar á los Españoles de sus posiciones, nos hubo de costar un porfiado combate: hicimosles al fin huir, pero tuvimos en la accion trece muertos y ochenta y cuatro heridos. Todos estos ejemplos probaban al mariscal la imposibilidad de retirar sus tropas de la Cataluña, hasta la caída de Figueras, cuya

noticia esperábamos de un día al otro. Y antes al contrario, se decidió á enviar, por Caspe y Lérida, la brigada italiana Balathier con el general Peyri*, para relevar en Mont-Serrat la brigada

* Un momento despues de la toma de Tarragona, y mientras que Palombini, con el general en gefe Suchet, iba al encuentro y en persecucion de Campoverde, el general Peyri se dirigia al Aragon con dos regimientos italianos, que saliendo de Reus, por Dosaguas, Falset, Mora, Batea, Caspe, La Puebla de Híjar, Zeila, Fuentes y Zaragoza, llegaron despues á Francia, por Jaca y por los Pirineos, escoltando una columna de tres mil prisioneros. Los Italianos no encontraron enemigo alguno en su marcha, y sus tropas no tuvieron otra contradiccion á sufrir que la de los calores excesivos en las áridas y agostadas llanuras de la orilla derecha del Ebro. Este general fue el primero que hubo de conducir y mandar tropas italianas en el Aragon; y entonces se conoció la inmensa diferencia que existia entre los habitantes de este reino y los de la Cataluña. Estos, al acercarse una tropa cualquiera del enemigo, abandonaban casi todos sus casas, mientras que los primeros venian á ofrecer á nuestros soldados cuanto podian necesitar: bien que en cambio de una tan generosa hospitalidad, estaban seguros de verse recompensados con la mas exacta disciplina.....

Concluida ya su mision en el Aragon, el general Peyri se reunió, en Lérida, con la artilleria y 1º ligero, italianos, que estaban de guarnicion en dicha plaza, mientras que Villate y Palombini, con el resto de la division italiana, ocupaban los otros puntos de Cervera y de Mont-Serrat, en combinacion con la division Frère. Véase un bien marcado contraste entre el estado en que se hallaban las tropas en el Aragon, y el en que se veian en Cataluña. En esta ultima provincia estaban siempre con las armas en la mano y expuestas á todas las necesidades, fuese ya que estuviesen en posicion en campo raso, ó que estuviesen apostadas y encerradas en puestos atrincherados: en el Aragon, por el contrario, las tropas reposaban tranquilamente en los campamentos ó en sus alojamientos en los lugares, porque las autoridades estaban encargadas del cuidado de procurarles los víveres necesarios, y de avisarles á tiempo de cual-

Palombini, que salió para Barcelona, en donde recibió la orden de pasar á Figueras y de ponerse á la disposición allí del mariscal Macdonald. El general Musnier en Tarragona, y el general Peyri en Igualada, debían, en caso necesario, apoyar este movimiento, mientras que el general Frère quedaria encargado momentáneamente de reemplazarlos y de contener el pais.

El general Habert hizo avanzar la brigada Montmarie hácia Morella, para suplir la ausencia de la brigada Balathier. Pero la presencia de los Italianos sobre las fronteras del reino de Valencia habia producido ya allí el resultado mas útil; contando con este apoyo, sobre su izquierda, el general Harispe habia hecho cejar los cuer-

quier movimiento que pudiese intentar el enemigo, y los habitantes se conformaban gustosos á las ordenes de la autoridad en esta parte. Si las tropas tenían que ponerse en marcha, encontraban guías seguros que les mostrasen el camino, y no se veían atormentadas con el continuo cuidado de poder ser atacadas á cada paso, como acontecia en Cataluña, en donde las falsas alarmas fatigaban eternamente al soldado, y le impedían el poder desplegar la agilidad y vigor necesarios en el caso y momento de un peligro real. Pocos hombres, atrincherados en una casa, bastaban en el Aragon para asegurar la tranquilidad de los lugares en una inmensa linea de operaciones, desde Zaragoza hasta las fronteras. Al contrario, muchas tropas, en Cataluña, bien que atrincheradas y parapetadas, no eran suficientes á mantener el orden ni á imponer á los habitantes, quienes se libraban sin cesar y sin obstáculo á la guerra de partidas, guerra á que sus propias habilidades y la tan variada y difícil naturaleza del terreno parecían invitarlos. (Vacani, tomo 3, pág. 109 y siguientes.)

pos de Villacampa y de Obispo, adelantándose por un lado hasta Sarrion, y hasta Utiel por el otro. Dicho general, tan pronto establecia sus tropas en campamentos, tan pronto las ponía en movimiento, con marchas y contra marchas continuas, y de este modo conseguia tener sumiso todo el pais á sus espaldas, y amenazaba por su frente el reino de Valencia y los cuerpos enemigos encargados de defenderle. En esta provincia todo se preparaba, y por todas partes, contra nosotros: los Valencianos concebían nuevas confianzas, y hasta parecían desafiar ya el ejército frances. Porque el 7 de agosto, un cuerpo de cerca de cuatro mil hombres, á las ordenes del brigadier Andriani, habia venido á atacar nuestros establecimientos y puestos de Amposta, de la Rápita y de las Bocas del Ebro. Dos capitanes del 117, Menu y Bussa, mostraron no menos inteligencia que firmeza y vigor, y habiendo rechazado el primer ataque, dieron lugar á que llegase en su socorro el capitán Labarcerie, del 5º ligero, con doscientos cincuenta hombres escogidos.

Mientras que los capitanes Menu, Bussa y Labarcerie tenían en respeto y contenían la cabeza de las columnas del brigadier Andriani, mucho mas por la buena combinacion de sus fuerzas que por su número, el general Habert habia salido de Tortosa al frente de seiscientos

infantes y de cincuenta coraceros, y se dirigia directamente á espaldas del enemigo con una extraordinaria rapidez. Llega á encontrar la retaguardia enemiga, la embiste y la arrolla, y marcha derecho hácia el grueso de la columna. Los valientes del 5º ligero y del 117 redoblan al mismo tiempo de esfuerzos por el frente, y contra la cabeza de la columna; los Españoles principian á desordenarse, nuestros coraceros arremeten contra ellos, y los obligan á salvarse huyendo. Mas de doscientos Españoles quedaron sobre el campo de batalla. El general Habert les siguió aun el alcance el dia siguiente, y trajo á su regreso doscientos y cincuenta prisioneros, y una bandera del segundo de Saboya. Este descalabro y nuestras disposiciones generales en las fronteras de Valencia no tardaron en hacer sobre los habitantes de dicho reino una cierta impresion: esta fue la última vez que vinieron á las manos con nosotros fuera de los límites de su provincia.

El mariscal Suchet, sin perder aun de vista la Cataluña, se ocupaba al mismo tiempo de sus preparativos contra Blake, quien parecia venir á probar fortuna de nuevo, y en una segunda campaña, contra nosotros. Redobló, pues, de esfuerzos á fin de hacer llegar los granos necesarios, á peso de oro, de la Castilla, de la Navarra y de las provincias que habian tenido mucho

mejor cosecha que el Aragon. Dió orden para que se pasase revista á los regimientos, y para que se pagase al ejército su sueldo. Despachó ademas á Francia, por la via de Jaca, cerca de tres mil soldados viejos, parte soldados de caballeria y del tren, desmontados, parte soldados hábiles para la guardia imperial, y otros inutilizados para el servicio por heridos ó mutilados, para los inválidos ó retiro, ó meramente cumplidos para volver á sus casas. Dichas pérdidas y bajas se compensaban con conscriptos, que iban llegando en batallones ó escuadrones de marcha, con los cuadros que habiamos enviado precedentemente á los depósitos para buscarlos y acompañarlos.

XII. En el mes de agosto desembarcó en Taragona, en calidad de parlamentario, un sargento mayor español, que traía una carta del capitán general de las Islas Baleares, el señor Cuesta, al mariscal Suchet, por la cual se le proponia á este un cange de prisioneros de guerra. En la carta se ofrecia ademas el entrar en negociacion al punto sobre el particular, y al efecto venia inclusa en aquella una lista nominativa de noventa oficiales franceses, y un estado, por cuerpos, de tres mil setecientos y sesenta y uno, entre soldados y sargentos, que se hallaban detenidos en Mallorca. Hacia ya mucho tiempo que el mariscal, sin perdonar á di-

ligencia ni esfuerzo alguno, habia deseado el entablar relaciones de esta naturaleza con los generales españoles con quienes hubiera guereado. Asi es que hubo de deber á la intervencion del mismo general Blake la libertad del capitán Anthoine de Saint-Joseph, su hermano político. Aprovechó, pues, con indecible placer una tan oportuna ocasion de poder terminar los males bajo los que gemian en la Isla de Cabrera nuestros valientes y desgraciados compatriotas, y aun la mayor parte de ellos desde 1808. Asi es que no balanceó un momento en responder afirmativamente al general Cuesta, sin esperar la autorizacion del gobierno, pero de cuya aprobacion no dudaba, y firmó un proyecto de cartel de cange, fundado sobre una reciprocidad honrosa para ambas naciones. Mandó, pues, retener en Aragon seiscientos prisioneros, y entre ellos algunos generales y oficiales de la guarnicion de Tarragona; y suplicó al mismo tiempo al mayor general, príncipe de Neufchatel, mandase dirigir desde Francia tres mil prisioneros, por la via de Perpiñan, hasta Rosas, en que se podia verificar el cange con toda comodidad. Mas antes que pudiera realizarse dicha proposicion, recibió una segunda carta del general Cuesta, quien obedeciendo á un orden, ó bien cediendo á una influencia superior, cortaba en este estado la negociacion. Véase su carta

que damos por nota, y que dará á conocer el carácter de este anciano y respetable guerrero*, que habia peleado con los Franceses y que sabia estimarlos, y que sintió una verdadera pena al ver no podia realizar ni llevar á cabo una convencion propuesta y aceptada por ambas partes con la mas buena fe.

* Copia de la carta que escribió á S. E. el mariscal Suchet el capitán general de las Islas Baleares, don Gregorio de la Cuesta.

Excmo. Señor:

« Acabo de recibir el oficio, que en contestacion al mio anterior, ha tenido V. E. la bondad de dirigirme, en fecha de Zaragoza, del 31 de agosto pasado, y ora me veo en el caso de anunciar á V. E., no sin gran sentimiento, que el consejo de Regencia de España é Indias, habiendo llegado á entender el cange de prisioneros que yo negociaba con V. E., le ha desaprobado en todas sus partes, y me ha prohibido el concluirle bajo ningun pretexto ni motivo. En consecuencia, me veo ya en la imposibilidad de llevar adelante la proposicion que con este objeto habia yo mismo entablado, y que me habia dictado solo el deseo de poder aliviar la humanidad; pero que mi gobierno, que no me habia autorizado suficientemente al objeto, no ha creído conveniente.

« Hago á V. E. esta simple declaracion, á fin de que se con-venza por ella de la imposibilidad en que me veo de cumplir mis promesas; por la primera vez, en toda mi vida, me veo ahora forzado á faltar á ellas. Y en consecuencia le mando al sargento mayor Cervera, que cese desde este momento toda negociacion, relativa á dicho cange, y que se embarque para regresar á esta Isla.

« Repito á V. E. con este motivo toda mi consideracion y respeto, y ruego á Dios conserve su vida dilatados años.

Palma, en Mallorca, hoy 1.^o de octubre de 1811.

Firma: *Gregorio de la Cuesta.*

CAPITULO XIV.

(1811.) I. Vuélvese á tomar Figueras. — II. Orden al mariscal Suchet de marchar contra Valencia. — III. Sus preparativos para dicha expedicion. — IV. Pónese en marcha el ejército. — V. Llega á la vista de Sagunto. — VI. Embestidura. — VII. Descripción del fuerte. — VIII. Escalada sin suceso. — IX. Combates de Segorbe y de Benaguazil. — X. Sitio y toma de Oropesa. — XI. Trabajos del sitio de Sagunto. — XII. Asalto rechazado. — XIII. Continúanse los trabajos del sitio. — XIV. Blake viene marchando al socorro de la plaza. — XV. El mariscal acepta la batalla. — XVI. Batalla de Sagunto. — XVII. El fuerte capitula.

I. Con la toma de Tarragona hubieron de cambiar de aspecto nuestros negocios en el Est de la Península de una manera bien sensible, y aun ella debía de dar bien pronto una nueva actitud y una direccion nueva al ejército de Aragón. Entretanto Figueras se resistia aun, y el resultado del bloqueo de esta plaza era sobrado importante, para poder pensar en otra cosa que en asegurar su logro. El mariscal Suchet habia ya cooperado á dicha empresa ocupando á Mont-Serrat, y con el propio objeto dejaba aun una gran parte de sus fuerzas en la baja Cataluña, y la brigada italiana del general Pa-

lombini llegó hasta las puertas mismas de Barcelona, conforme á las órdenes que le hubiera dado el mariscal, segun lo llevamos dicho en el capítulo precedente.

En las cercanias de aquella Capital hizo alto solo, el 3o de agosto, y desde allí retrogradó, al saber la toma de Figueras por el mariscal duque de Tarento. Martinez, con su guarnicion, habia intentado hacer una salida, el 16 de agosto, al abrigo de un ataque que hizo Rovira, por la parte de Llers; pero el general Baraguey d'Hilliers arrolló á este, contuvo tambien al gobernador y le forzó á encerrarse de nuevo en la plaza. Martinez, pues, se vió forzado á rendirse á discrecion, el 19 de agosto, hecho prisionero de guerra con sus tropas y enviado á Francia.

Entretanto el emperador contaba con impaciencia los minutos en Paris, y apenas casi esperaba la noticia de la reconquista de Figueras, para mandar ya la conquista de Valencia. El 25 de agosto, el mayor general dirigió al mariscal Suchet una orden, cuya conclusion era como sigue:

II. « Todo indica y nos hace pensar, señor Mariscal, que Valencia debe estar aterecida de espanto, y que despues de haber tomado Murviedro y ganado una batalla, no tardará en abrir sus puertas. Si vos sois de otro parecer, señor Mariscal, y si vos pensais que de-

« beis aun esperar vuestro tren de batir para
 « formalizar el sitio de la plaza, ó esperar no
 « menos una estacion mejor para principiar
 « dicha operacion, yo debo deciros sin em-
 « bargo, que en todo caso las órdenes ter-
 « minantes del emperador son, que vuestro
 « cuartel general esté ya situado, hácia el 15 de
 « setiembre, en territorio de Valencia, y lo mas
 « cerca que os sea posible de dicha capital. »

Las instrucciones que acompañaban dicha orden parecian suponer, que algunas manio- bras, hechas á lo lejos, por los ejércitos fran- ceses del centro y del mediodia, bastarian para desalentar á los Valencianos, y que el ejército de Aragon, con solo un cierto grado de auda- cia y de celeridad, podria llegar á entrar en po- sesion de una de las mas hermosas provincias de España. Pero el mariscal no podia haber echado en olvido tan presto lo que le hubiera acontecido el año anterior precisamente, y su marcha contra Valencia, criticada en aquella época en París, cuando se le mandaba y orde- naba desde Madrid, habia tenido un resultado que debia ser aun para él la mejor leccion. El mariscal conocia las localidades y los habitantes, que exaltados hasta el mas extraordinario punto desde el principio de su revolucion, habian dado principio á esta * por el deguello de ciento y

* No es cierto que la revolucion de los Valencianos comen-

ochenta naturales Franceses. Por dos veces, en 1808 y en 1810, habian visto encallarse con- tra los muros de su capital el mismo tercer cuerpo de ejército frances, y desde entonces habian tenido harto tiempo de preparar pode- rosos medios de defensa. El ejército valenciano, cuyo mando acababa de pasar de manos del marques del Palacio á las de D. Carlos O-Donell, se veía apoyado por el de Murcia, á las órdenes del general Freyre. El capitán general Blake acababa de llegar, y traía consigo desde Cadiz el cuerpo llamado expedicionario, compuesto de dos divisiones de infantería, mandadas por

zase por el deguello de estos pobres Franceses. Este infame aten- tado, tan contra el derecho de gentes y tan ageno de la hon- radez y sensatez españolas, se cometió muchos dias despues, y los primeros patriotas del país hubieron de exponer mil veces su vida, aunque en vano, por impedirle. El instigador y autor principal de estos crímenes fue un canónigo de San Isidro de Madrid, llamado don Baltasar Calvo, que los expió poco des- pues en un cadalso, en la plaza de Santo Domingo. El traductor añadirá aun que los patriotas se dieron tan buena maña, que ni uno solo de los asesinos pudo escapar al justo rigor de la ley, y que aun se los fue á buscar á la division valenciana, apostada ya en Navarra, para conducirlos á Valencia al suplicio. El que esto escribe y sus compañeros tuvieron aun la dicha de salvar la vida á un gran número de Franceses, y los diamantes y alhajas de muchos de los ya asesinados. La sangre, pues, de aquellos in- felices no puede autorizar reproche alguno contra la generalidad de los Valencianos, y aun en último resultado podria decirse con mas justicia, que ella acusa solo al hombre que con tanta perfidia se propuso atacar y hollar una nacion generosa, que no le hubiera dado para ello motivo alguno.

(Nota del traductor.)

los generales Zayas y Lardizabal. El gobierno supremo ejecutivo de España se encontraba á la sazón concentrado en tres Regentes, y Blake era uno de ellos: y es claro, que al enviar uno de sus miembros, el Consejo supremo de Regencia anunciaba sobrado los esfuerzos que se proponía hacer en favor de Valencia. Blake, pues, revestido de una especie de dictadura, reunía bajo su mando, con el título de generalísimo, los ejércitos españoles 2º y 3º y todas las demas fuerzas del est de la Península; activaba tambien los inmensos trabajos con los que los Valencianos se proponían defender su capital; hacía llegar por mar víveres, armas, dinero y toda especie de socorros, y aprovechándose de las disposiciones de los habitantes, los excitaba vivamente á resistirse contra los Franceses. Todos los hombres hábiles, desde la edad de quince hasta cincuenta años, habían sido llamados por él al servicio de la milicia, y la población entera del reino había recibido la orden de tomar las armas, ó de retirarse cuando nosotros nos acercásemos.

El mariscal Suchet, convencido de que tendría necesidad, tanto de una artillería numerosa, como de una reunion de fuerzas imponentes, informó al gobierno de las dificultades que presentaba el ataque de Valencia, y del peligro que preveía si se le emprendiese sin haber reunido

todos los medios necesarios para un buen logro. El ejército de Aragon se componía á la sazón de cerca treinta y seis mil hombres; las divisiones Musnier, Frére y la de los Italianos ocupaban en la actualidad la baja Cataluña, y eran como la mitad de la fuerza total; en las guarniciones de Mequinenza, de Alcañiz, de Jaca y de Zaragoza, como tambien de los demas puntos fortificados del Aragon, había empleados de siete á ocho mil hombres. El resto de fuerzas disponibles, que ascendería de diez á doce mil hombres, estaban repartidos y apostados sobre las fronteras de Navarra, de Castilla y de Valencia, para cubrir el Aragon contra todo ataque exterior, mientras esperábamos la reconquista de Figueras. Pero desde que esta plaza hubo de caer en nuestro poder, el ejército de Cataluña, mas libre ya en sus movimientos, pudo á su vez facilitar los del ejército de Aragon, aproximándose á Barcelona. De un otro lado se estaba formando un ejército de reserva en Navarra, á las órdenes del general Reille. Estos dos ejércitos vecinos le hacían entrever, sí, al mariscal Suchet una fundada esperanza de un verdadero socorro; pero no le inspiraba la misma confianza la cooperacion de los ejércitos del centro y del mediodía, los cuales, segun se le tenía prometido, debían hacer alguna tentativa hácia Cuenca y hácia

Murcia. Sabia por experiencia lo que valen y á que vienen á reducirse estas cooperaciones lejanas de unos ejércitos independientes, sin comunicacion directa entre sí, y que maniobran sobre líneas de operacion tan diferentes ú opuestas entre sí. No debia, pues, contar eficazmente mas que con las tropas que realmente tenia á su disposicion, y estas apenas eran suficientes para llevar á cabo una mitad de la grave mision que se le habia confiado.

El mayor general pensaba que Valencia abriria sus puertas, una vez conquistado Murviedro, y despues de haber ganado una batalla; pero este preliminar indispensable era ya en sí una operacion mayor, tan complicada como difícil. Pegada á Murviedro, que es una villa abierta, ibamos á encontrar la montaña de Sagunto, convertida en una verdadera fortaleza, y que exigia un sitio segun todas las reglas. Para tratar, pues, de sitiarla en presencia de un ejército de socorro imponente, no bastaba solo el contar con el valor de nuestros soldados; era preciso ademas calcular su número, y hacer de manera que la desproporcion de nuestras fuerzas fuese algo menor, con respecto á las del enemigo. El mariscal Suchet, empleando todos sus esfuerzos, solo pudo obtener este resultado en parte.

III. Solicitó, pues, que una division de cinco

mil hombres del cuerpo de reserva, que debia hallarse en Navarra pronta y preparada á apoyar su movimiento, entrase sin demóra en Aragon. La confianza que le inspiraba el carácter del general Reille, le tranquilizaba por lo tocante á la tranquilidad de esta provincia, en el momento en que iba á alejarse de ella. De las tres divisiones que el mariscal tenia en la baja Cataluña, se vió forzado á dejar una, que debia de ocupar Lérida, Mont-Serrat y Tarragona, y cubrir ademas la navegacion del Ebro: esta mision se confió á la division Frére. El mariscal Suchet se separó de ella con sentimiento; pero le pareció muy puesto en razon el devolver al ejército del mariscal Macdonald la division francesa que habia sido separada anteriormente de él. Los Italianos se habian grangeado la estima del mariscal Suchet en el sitio de Tarragona, y fué para él de un gran placer el poderlos asociar todavia á los trabajos y gloria del ejército de Aragon; esta division, de que habia tomado el mando el general Palombini, recibió la órden de marchar hácia Caspe y Alcañiz. El general Harispe se adelantaba tambien hácia Teruel, mientras que la division Musnier se acercaba hácia el Ebro. La plaza de Tortosa debia ser nuestro principal almacen de viveres, que debian de bajar de Mequinenza, por medio de catorce grandes barcas en permanencia sobre el bajo Ebro, y con cuyo

auxilio le teniamos siempre al completo : la direccion de dichas barcas estaba confiada á un oficial de estado mayor , tan activo como inteligente , el gefe de batallon Bardout. Un otro almacén se formó tambien en Morella : á partir de dichos dos puntos , los trigos y harinas debian ser conducidos en pos del ejército por nuestros medios ordinarios de transporte. La carne se distribuyó á la tropa por dos meses , conduciendo en la marcha , cada regimiento de por sí , el ganado destinado á su subsistencia. Adoptóse ya definitivamente este método para en lo sucesivo , porque la experiencia nos demostró que era en extremo ventajoso , tanto por la facilidad del servicio , como para la conveniencia y bien estar del soldado. El tren de batir acabó de formarse en Tortosa , y en este mismo punto reunimos todo el personal y material de ambas armas , ingenieros y artillería. Los diversos puntos de nuestra línea de operaciones iban multiplicándose , á medida que nos ibamos adelantando ; la base de dicha línea era la provincia de Aragon , cuyo mando se confió al general Musnier , como el de todas las tropas que no debian de tomar parte en la expedicion. Asi es , que despues de haber dejado seis á siete mil hombres , para la seguridad del Aragon , y otros tantos para la de la baja Cataluña , no le quedaban disponibles al mariscal , para una

campaña activa , arriba de veinte á veinte y dos mil hombres , como se echa de ver en el estado adjunto de situacion , en 15 de setiembre*.

Y como las órdenes del emperador fuesen tan formales y terminantes , el mariscal no esperó á que todos sus preparativos estuviesen concluidos ni prontos , ni la llegada de los nuevos refuerzos , para haberse de poner en movimiento. Resolvió , pues , el penetrar en el reino de Valencia , con sus veinte mil hombres , y el adelantarse , no ya hasta la Capital , y si solo hasta Sagunto , cuatro leguas mas acá , punto ademas de encrucijada en que vienen á parar y reunirse los dos caminos principales de Tortosa y de Teruel.

Estas eran , al salir del Aragon , las dos únicas comunicaciones ó caminos carreteros que se nos presentaban , y por consiguiente , los solos propios á la línea de operaciones del ejército que nos proponiamos establecer. Independientes , y harto separados el uno del otro , venian á terminar ambos precisamente á un mismo obstáculo. El de Teruel , por Segorbe , era el mas corto ; pero no estaba apoyado por plaza alguna de guerra , y se alejaba sobrado , ademas , de nuestros depósitos de víveres establecidos en el bajo Ebro , y del tren de batir organizado en Tortosa. El camino desde esta plaza á Valencia , á orillas del mar , era como indispensable y de toda ne-

* Véanse las notas y piezas justificativas , número 23.

cesidad, porque nuestra artillería de sitio no podía pasar por otro punto; pero las fortalezas de Peñíscola y de Oropesa nos ofrecían dos padrastrós de alguna consideración. El primero, por fortuna, se encuentra situado á una cierta distancia del camino real, y no era imposible el apostar un cuerpo á su frente, observándole, y evitar así su influencia; pero el de Oropesa domina realmente el paso. Reconocimos, sin embargo, que podíamos llegar á alcanzar, cerca de Cabanes, otro camino, solo practicable para infantería, que partiendo de Alcañiz, atraviesa las montañas de Morella, y viene á unirse, por San Mateo, al camino de Tortosa, hácia el puente de Villareal. De este modo dejábamos á nuestra izquierda el fortín de Oropesa, cosa de bien poca consecuencia con respecto á la marcha de nuestra tropa, y en razón de la debilidad de la guarnición; pero sí de mucha, con respecto á la marcha de nuestra artillería y de nuestros convoyes: este era un inconveniente real y verdadero que no nos fue posible salvar ni evitar.

IV. Conforme á las órdenes del emperador, el ejército de Aragon se puso en movimiento el 15 de setiembre, y entró en el reino de Valencia. El general Harispe partió al mismo tiempo de Teruel, á la cabeza de la tercera división; mas en vez de dirigirse por Segorbe, tomó

un camino ó sendero harto difícil, por las sierras de Ruvielos, á fin de venir á reunirse con el ejército, no lejos de Villafamés. La división italiana Palombini, en pos de la cual marchaba la napolitana, á las órdenes del general Compere, penetró por Morella y San Mateo. El general en gefe se puso al frente, en Tortosa, de la columna principal, en la cual se encontraban reunidas la caballería, la artillería de campaña de todo el ejército, la división Habert, y la reserva ó brigada Robert, que hacia parte de la primera división.

El primer día llegamos á Benicarló. Destácase un batallón y veinte y cinco caballos, á fin de observar Peñíscola. El 19, al llegar á Torrelblanca, con la cabeza del ejército, el mariscal hizo adelantar hácia Oropesa un batallón del 5º ligero y cincuenta dragones del 24. Allí se empeñó un combate, en el cual se distinguió por su extraordinario valor el teniente de carabineros Dufillon, que resultó gravemente herido. El joven Mondragon, á la cabeza de su destacamento, cargó y arrolló dos escuadrones enemigos, é hizo algunos prisioneros. La guarnición reentró en el fuerte, ocupamos el lugar de Oropesa, y reconocimos la posición. La artillería del fuerte dominaba y batía completamente el camino, en términos de imposibilitar el paso á un convoy cualquiera. El mariscal continuó su marcha por Cabanes, y se puso en

comunicacion con la columna que bajaba por Morella. El 20, y antes de llegar à Castellon de la Plana, se reunió también con nosotros la columna del general Harispe, cerca del lugar de Villafamés. Reunido así el ejército, marchó al encuentro de Blake, que según los partes é informes venia acercándose con sus fuerzas à Murviedro, y tenia ya su vanguardia en Almenara.

V. El ejército ocupó, el 21, Villareal, en donde se pasa por un puente el rio Mijares, que no es mas que un torrente casi seco que se vadea por dó quier. A la orilla izquierda de este, y à la entrada del puente, se ven sobre una altura las ruinas del castillo de Almansora, en que se habian principiado à levantar algunos atrincheramientos; pero esta posicion no habia inspirado à los Españoles una confianza tal, que los hubiese decidido à encerrarse en ella; se los veía sobre la orilla derecha en número de unos quinientos à seiscientos hombres. El 24 de dragones atravesó el puente à galope largo, los dispersó y los puso en huida. Esperábamos en los dos dias siguientes llegar à las manos con el enemigo. Pero el ejército llegó sin obstáculo à Almenara, y à la vista de Murviedro. El general Blake, despues de haber hecho un movimiento hácia adelante para completar la guarnicion, como los acopios de municiones y ví-

veres del fuerte de Sagunto, habia juzgado oportuno el volver à entrar en sus líneas, y esperar à que nuestras operaciones hubiesen comenzado, para venir à librarnos batalla.

VI. El 23, el general Habert que formaba la vanguardia del ejército, recibió la orden de apoderarse de la villa de Murviedro. Su division pasó el rio que corre por delante de sus murallas, y mientras que se dirigia y oblicuaba à la izquierda, para embestir el fuerte por el lado del est, seis compañías de preferencia y cien dragones penetraron en las calles de la poblacion, por dos puntos diferentes, desalojaron y obligaron à reentrar en el fuerte las tropas que habian salido de él, y à pesar del mas vivo fuego de artillería y de fusilería, se apoderaron de las casas, las aspillaron, cerraron las avenidas con parapetos y barreras y establecieron puestos y reservas, à fin de encerrar la guarnicion en su recinto y poder impedir sus salidas. Al mismo tiempo, la division Harispe, haciendo un rodeo por el lado opuesto, pasaba el rio sobre su derecha, y ceñia y estrechaba el fuerte casi à tiro de pistola con piquetes de volteadores, y torciendo y dejándose caer desde allí hácia el camino de Valencia, por la parte del sud del castillo, venia à darse la mano con la division Habert. La division italiana, à la derecha del

general Harispe, se apostó en Petrés y Gilet, sobre el camino de Segorbe, completando así la embestida de la plaza hácia el poniente. Las reservas ocuparon el camino real, á espaldas de Murviedro, y el lugar de Almenara. Al día siguiente, nuestras tropas de reconocimiento se adelantaron hásta Alvalate, á legua y media de Valencia, sin encontrar al enemigo: con este motivo supimos que su ejército habia pasado el Guadalaviar.

El partido que en esta ocasion habia tomado Blake, era tan prudente como bien calculado: porque bien que superior en número á nosotros, le convenia mucho mas el atraernos hácia sus posiciones, y aprovechar así todas sus ventajas para combatirnos. A la derecha del Guadalaviar, el general español ocupaba un inmenso campo atrincherado, que se apoyaba de un lado al mar, y que abrazaba en su extension una gran capital, fortificada, de una poblacion numerosa, y en que abundaban los recursos de toda especie. Tenia á su espalda, como reserva, el ejército de Murcia, y podia poner en línea, además de las tropas vanlecianas, las dos divisiones expedicionarias de Zayas y de Lardizabal, llenas de orgullo aun por haber combatido en Albuera al lado de los Ingleses. El mando de su caballería estaba dividido entre los generales Loy, Caro y San-Juan. Las dos di-

visiones de Villacampa y de Obispo, que habian venido por su orden desde las fronteras de la Castilla y del Aragon, formaban su izquierda y seguian batiendo la campaña. El total, pues, de las fuerzas de Blake podia ascender á veinte y cinco mil infantes y dos mil caballos. El mariscal Suchet no pudo pensar en atacar á Blake en una posicion de esta naturaleza; porque dejar á su espalda el fuerte de Sagunto con tres mil y quinientos hombres de guarnicion, para ir á combatir algunas leguas mas adelante, hubiera sido una temeridad, sin probabilidad alguna de suceso. Nuestra línea de operaciones, desde Tortosa á Valencia, tenia cerca de treinta leguas de extension, y en toda ella no teniamos un solo punto de apoyo en que poder poner á cubierto nuestros heridos; aun esta línea se veia dominada por tres plazas intermediarias que ocupaba el enemigo. El primero y único cuidado, pues, era el de asegurar esta línea, y por lo pronto el de apoderarnos de Sagunto.

VII. El ataque de este fuerte ofrecia algunas dificultades, que parecian insuperables é invencibles segun los medios ordinarios del arte. Cuando le hubimos de visitar en 1810, guiónos solo la curiosidad de conocer un sitio tan famoso en la historia antigua, y cubierto aun de preciosísimos restos de una edad tan remota. Habiamos

admirado, sí, la posición, bajo un punto de vista militar; pero estábamos bien lejos de pensar, que una segunda vez nos habíamos de ver forzados á combatir, antes de ocuparle. Los Españoles, pues, pensaron en restablecerle y fortificarle, y no perdonaron á medio ni diligencia alguna para hacerle verdaderamente formidable. Hasta sacrificaron, despues de largas discusiones y por orden de la Junta Superior, un teatro antiguo de Romanos, respetado con grande estudio hasta entonces y mantenido en un estado de conservación tal, que los extranjeros que le visitaban no podían menos de celebrar y admirar. Algunas partes, pues, de un tan bello monumento habían sido demolidas, consultando solo el interés de la mejor defensa del fuerte. Otras ruinas antiguas y sobre todo muchas viejas murallas, del tiempo de la dominación de los Moros, habían sido en parte restablecidas, y unidas entre sí por medio de construcciones modernas apropiadas al terreno.

El recinto que abrazaba la totalidad superior de la montaña, se divide interiormente en cuatro partes distintas, susceptibles de poderse defender la una despues de la otra. El peñasco de mucha elevación, y acantillado en casi todo su contorno, no presentaba costado alguno de una inclinación medianamente accesible, sino por la parte de poniente. Los resaltos que interrumpían

y cortaban esta rampa natural, podían en alguna manera favorecer los ataques de la infantería; pero los trabajos relativos al sitio y la construcción de las baterías eran tanto mas difíciles, cuanto á que la superficie de aquel suelo se hallaba deprovista de tierra. El fuerte se terminaba allí en punta, con una gruesa torre redonda, de la mas alta antigüedad, dicha antes la Torre de San Pedro, y bautizada no hacia mucho tiempo con el nombre de batería DEL DOS DE MAYO*. Parecia cosa en extremo difícil el poder abrir por esta parte una brecha harto ancha, para que se montase por ella al asalto. Además, que toda esta parte, aunque ligada y encadenada con el resto del recinto, no era realmente otra cosa que una obra avanzada, á espaldas de la cual se veía aun el reducto de San Fernando sobre lo mas elevado de la cumbre, y en él era en donde los Españoles habían izado su bandera nacional. Aun despues que nos hubiésemos apoderado de la obra avanzada, no podíamos atacarle aquel, sino avanzando y marchando sobre la cresta de la roca viva y pelada, á fin de que los minadores pudiesen abrir la ga-

* Los habitantes de Madrid se sublevaron contra el príncipe Murat y el ejército francés, el 2 de Mayo 1808: el recuerdo de la sangre que hubo de correr este día era uno de los medios de que se servían los gefes de la insurrección española para entretenir el ardor de los soldados y del pueblo.

lería en su revestimiento; pero sin poder de manera alguna contrabatar su artillería.

La dificultad natural que presentaba el sitio de esta fortaleza, y el retardo á que podia dar lugar la ocupacion final de Sagunto, fueron para el mariscal Suchet una contrariedad de alta importancia. El general Rogniat habia marchado á Francia, despues de la toma de Tarragona, y bien que se le esperase de un momento á otro, todavia su regreso debia ser anterior al momento en que íbamos ya á abrir la trinchera. El oficial que mandaba interinamente el cuerpo de ingenieros, se esmeraba todos los dias en estudiar el fuerte, y en reconocer el terreno mas adecuado para los trabajos en todos los alrededores. Un tan atento exámen inclinó á creer, que podriamos tal vez triunfar de todas estas dificultades por un golpe de mano ó sorpresa. En la parte de muralla que miraba á la villa de Murviello, notábamos y veíamos á lo lejos dos brechas, que no habian sido completamente reparadas. Habíase suplido dicho defecto con algunos parapetos de tablones que distinguimos harto claro durante el dia, y al abrigo de los cuales construia otros la guarnicion detras de aquellos y de mamposteria, durante la noche. Las dos brechas estaban bastante próximas la una de otra, de modo que se podia comunicar exteriormente y con facilidad del uno al otro punto.

Como unas sesenta toesas mas abajo, y como al medio de la cuesta, se veía una gran cisterna detras de la cual, como si fuera una plaza de armas, podrian formarse las columnas y dirigirlas hácia los sitios por donde se debia realizar la escalada. El mariscal mismo pasó en persona á los puestos mas avanzados de la villa, á fin de juzgar por sí sobre la posibilidad de una sorpresa en dicho punto; verificado el reconocimiento, adoptó el proyecto, y dió las órdenes necesarias para la ejecucion. Y bien que el acontecimiento no hubiese justificado dicha tentativa, tampoco tiene el menor empacho en confesar de llano un revés, haciendo conocer al mismo tiempo los motivos que tuvo para obrar asi. Una temeridad de esta naturaleza le habia salido bien en el Col de Balaguer; mas á pesar de esto, estaba muy lejos de pensar en obrar sin la prudencia debida y contra las reglas. En toda ocasion se habia complacido en consultar y oír el parecer de los oficiales de ingenieros, que son, en la guerra, como los defensores natos de las reglas. En el caso presente, era el gefe mismo de esta arma el que le hacia entrever la esperanza fundada de poder tomar Sagunto, sin necesidad de sitio. El inconveniente de una sorpresa malograda no le parecia deber balancear la inmensa ventaja de ganar un tiempo precioso en su posicion, y de evitar un sitio peli-

groso, á cuatro leguas de un ejército de socorro, reunido ya y pronto á obrar, y mas numeroso que el nuestro.

VIII. Dos columnas de trescientos hombres de preferencia cada una, y sostenidas por otra tercera de igual fuerza, pertrechadas con escalas y guiadas por algunos zapadores, recibieron la orden de dirigirse hácia el pie de ambas brechas para escalarlas. Seis compañías italianas, apoyadas por un batallon, debian aproximarse á la muralla, al pie de la torre de San Pedro, á fin de llamar la atencion del enemigo con simulacros de ataques. Dispúsose una reserva de dos mil hombres, prontos á marchar hácia donde la necesidad lo exigiese. Dióse al general Habert el encargo de dirigir el movimiento de las tropas en Murviedro, y se fijó el momento del ataque á las tres de la mañana del 28 de setiembre. El general en gefe se trasportó al campamento del general Harispe, quien pasó toda la noche alerta, como tambien la division Palombini, mientras que algunas partidas de reconocimiento se adelantaban hácia lo largo del camino de Valencia y del de Segorbe, á fin de saber con tiempo lo que podria intentar por la parte exterior el enemigo.

Un incidente bien casual é imprevisto rompió y desbarató todas las medidas que se habian tomado con motivo de la escalada, cuyo buen

éxito dependia exclusivamente del modo con que se habia de burlar la vigilancia de la guarnicion. Durante la noche, una salida del fuerte penetró hasta nuestros primeros puestos avanzados en la villa, sea que el enemigo recelase algun movimiento, ó fuese ya un puro acaso: el enemigo fue rechazado, y todo hubo de quedar tranquilo momentáneamente. Pero la alarma estaba dada en parte ya, y nuestros propios soldados, que despues del sitio de Tarragona miraban como una fiesta el montar á un asalto, apenas podian contener su impaciencia. Dirigiéronse, pues, con grande ardor y muy silenciosos hácia la consabida cisterna, y allí, antes de la hora que habiamos fijado para el asalto, hubo de verse y oirse á algunos Españoles, y aun hubo de partir un fusilazo de parte nuestra. Esta imprudencia nos fue doblemente funesta; los Españoles, advertidos, nos contestaron de lo alto de sus murallas, mientras que nuestras tropas, al oir el fuego, se lanzaron hácia adelante, sin que nos fuese posible y sin tener tiempo de retenerlas. Y para que la sorpresa pudiese haberse verificado, habria sido preciso que los soldados llegasen hasta el pie de las brechas con sus escalas, sin que el enemigo lo advirtiese. En muy poco estuvo, sin embargo, que su arrojo é intrepidez no reparasen la falta que su imprudencia habia cometido. Aplicaron

las escalas , y se lanzaron por ellas como á porfia : un oficial de zapadores y algunos granaderos y volteadores llegaron hasta la cumbre ; pero encontraron allí la mas obstinada resistencia , y ó murieron , ó se les precipitó escalas abajo , mientras que llovian las balas y las granadas de vidrio sobre la columna agrupada al pie , y cuyos individuos se estrechaban y empujaban unos á otros por montar.

Las otras columnas se pusieron tambien en movimiento por diferentes lados , cuando oyeron el fuego. El gobernador español hubo de temer por un momento que podia llegar á ser forzado el castillo por otro lado diferente del de la escalada , de resultas del ataque de los Italianos. Destacó refuerzos contra este punto , y en un momento vimos coronarse las murallas del norte y del poniente de Españoles , gritando desafiados , en medio de un vivo fuego de mosquetería de una y otra parte. El valiente coronel Gudín quiere aprovechar esta circunstancia y momento para repetir y renovar la escalada con los granaderos del 16 y del 117, y es herido de una granada en la cabeza ; otro y otros oficiales le reemplazan , y sufren igual suerte ; en fin , hácennos piezas las escalas , y los Españoles quedan vencedores sobre sus brechas. Nuestros valientes soldados no podian decidirse á abandonar el pie de la muralla enemiga , ni á bajar

y regresar hácia la villa , malgrado los esfuerzos de los oficiales y la orden positiva del gefe. Y entretanto el dia venia adelantándose ya , y los mortíferos fuegos del castillo nos habian ocasionado ya una pérdida , que era ya una necesidad el terminar cuanto antes. El general Habert hubo de verse apuradísimo para hacer retirar y reentrar toda su gente. Entre muertos y heridos , nuestra pérdida ascendió á trescientos hombres , y entre ellos muchos oficiales ; en una palabra , se malogró y desgració completamente nuestra empresa.

Nos vimos , pues , forzados á pensar y á ocuparnos en los preparativos de un sitio regular , con respecto al cual podia bien decirse que no habia habido tiempo alguno perdido , puesto que el tren de batir no habia llegado aun. Y mientras se le esperaba , se estrechó aun mas y mas el bloqueo de Sagunto , y se estableció el cuartel general en Petrés. Reconociéronse aun mas estudiviosa y minuciosamente las cercanías del fuerte , por la parte de poniente , la sola accesible á la artillería y por la cual pudiese emprenderse y seguirse el ataque. El coronel Henri dirigia los trabajos del cuerpo de Ingenieros con una infatigable actividad , y por primer trabajo preliminar , trazó y mandó abrir un camino ó especie de rampa , desde el borde mismo del rio hasta la altura llana ó meseta en que se creyó

posible el establecer las baterías de brecha, contra el ángulo saliente de la obra avanzada. Mas para ponerle á cubierto é impedir que se le enfilase desde la torre, y en razon no menos del escarpado declivio de la montaña, dicho camino destinado al acarreo de las piezas de un tan grueso calibre, hubo de abrazar una considerable extension y hacer muchos rodeos, lo que aumentó infinito las dificultades de su construccion en un tan largo espacio, sembrado de rocas por dó quier y casi sin tierra alguna. Y mientras que se llevaba á cabo dicho trabajo, el mariscal resolvió el apoderarse de Oropesa y desembarazar ademas su flanco derecho, por el cual el enemigo se aproximaba sobrado.

IX. El general Obispo se habia apostado en Segorbe, mientras que los generales Carlos O-Donell, Villacampa y San Juan ocupaban Benaguasil y Bétera, la llanada de Liria y las montañas de la Cartuja de Porta-Coeli. La brigada Balathier, de la division italiana, recibió la orden de marchar contra la division Obispo, el 30 de setiembre, apoyándola el general Robert con su reserva. El mariscal Suchet habia destacado su ayudante de campo de Rigny con la vanguardia, compuesta de los dragones Napoleon que mandaba el coronel Schiazzetti, oficial distinguido y brillante: dicha vanguardia alcanzó al enemigo la primera cerca de Segorbe, y le

acosó vivamente hasta bien cerca de la posicion, por delante de dicha ciudad, en que todo el demas cuerpo de batalla se encontraba apostado á derecha é izquierda del camino real, y ocupando ademas las alturas vecinas. Nuestra infantería llegó poco despues que la caballería, y el general Palombini, encargado de la ejecucion, hizo adelantar directamente en columnas de ataque el 2º ligero y el 6º de línea, italianos, mientras que dirigia los batallones franceses sobre el flanco del enemigo: no resistió este largo tiempo, si que principió al momento su retirada, que la persecucion de la caballería cambió muy presto en una verdadera derrota. Aun, mas allá de Segorbe, se dispersó por aquellas montañas, dejando en nuestro poder algunos prisioneros y en el campo un gran número de muertos y heridos.

Terminada apenas esta operacion, el mariscal hizo reentrar la division Palombini en los campamentos delante de Sagunto, y se puso él mismo en movimiento, en la noche del 1º de octubre, con el objeto de atacar los cuerpos enemigos que cubrian Liria, y que apoyaban la sobrado arriesgada posicion de Obispo en Segorbe. El general Harispe se adelantó hácia Bétera, á la cabeza de su division, seguida de la reserva del general Robert y de la caballería á las órdenes del general Boussard. El grueso de la infan-

tería española, á las órdenes de O-Donell, estaba formada en batalla en la Puebla de Benaguasil, Huerta ya de Valencia, detras de una ancha acequia de riego; el enemigo ocupaba por delante de su frente una capillita, y se veía apoyado á derecha é izquierda por muchos escuadrones de caballería: á su espalda se veia un terreno cortado y cubierto, harto propio para una retirada. El mariscal hizo desplegar en línea los coraceros, la reserva y una parte de la division Harispe. El general Paris, á la cabeza del 7 de línea, en columnas, se apoderó de la capilla y se dirigió y adelantó hácia la acequia, que fue preciso atravesar bajo el fuego de una línea de batalla, á medio tiro. Los volteadores y los húsares se precipitaron los primeros, con el general Harispe á su frente: el mayor Durand mandaba y conducia el valiente 7º de línea: al general Paris le mataron el caballo. Pero pasado el primer fuego, que nos hirió mucha gente, nuestras tropas atravesaron la grande acequia, y abandonando el enemigo su posicion, principió á retirarse en dos direcciones diferentes. Las brigadas Paris y Chlopiski, y el general Boussard, al frente de los húsares y de los coraceros, fueron picándole la retaguardia hasta el Guadalaviar, que atravesó en gran desorden. A la orilla derecha ya del rio, con motivo de nuestra persecucion, el enemigo volvió á entrar en su línea de

operaciones, y despues de haber sufrido en los dos combates de Segorbe y de Benaguasil una pérdida de cuatrocientos infantes y doscientos caballos.

X. Habíase expedido á Tortosa la orden de hacer partir el tren de batir hácia Murviedro, inmediatamente despues de la poco feliz escalada del 28 de setiembre. Al punto se pusieron en movimiento los convoyes de artillería; pero se decidió que las primeras piezas que llegarían frente de Oropesa, harian alto allí momentáneamente, á fin de batir las murallas de dicho castillo antes de llegar á vista de Sagunto. Dióse al general Compère la comision y orden de dirigirse á dicho punto, quien hizo acampar sus tropas cerca de Oropesa y se ocupó al momento de los preparativos de dicho sitio. El mariscal quiso proporcionar á la division napolitana la ocasion de grangearse y de obtener este trofeo: dicha division, reducida entonces al escaso número de mil y cuatrocientos hombres, y entre ellos ciento y cincuenta de caballería, estaba en el caso de prestar bien útiles servicios, ya por la emulacion que le inspiraban los demas cuerpos, como por el zelo y desvelos de su general Compère. Con los Napolitanos marchaba tambien una brigada del cuerpo de ingenieros frances. Al dia siguiente y los demas consecutivos, nuestra tropa se apoderó á la fuerza del lugar, y

se atrincheró en él; nos establecimos tambien de manera á poder cortar á la guarnicion toda retirada hácia la Torre del Rey. Dicha torre, situada á la distancia de cuatrocientas toesas, estaba edificada sobre una roca á orillas del mar, y armada y ocupada por algunos hombres; en caso necesario podia servir á proteger un embarque. Con respecto al castillejo ó fuerte, situado cerca del camino real que estuviera destinado á dominar, constaba de una gruesa torre cuadrada, rodeada por tres de sus costados por un recinto, flanqueado y defendido con torrecillas, sin foso, en razon del áspero y difícil escarpe de la montaña. Por el lado del sud, se veia á descubierto el pie de la torre; la puerta de entrada y la rampa que conducia á aquella estaba á cuatro pasos de las primeras casas del lugar. Creyóse que se podria abrir brecha en seguida en el reducto mismo; pero nos encontramos sobrado cerca para haber de emprender los trabajos en regla, y tratamos de buscar por otra parte una localidad oportuna. El gefe de batallon de ingenieros Michaud, y el gefe de batallon de artillería Charrue abrieron una trinchera, y construyeron una batería sobre el camino real, á cien toesas poco mas ó menos de la parte norte del recinto del fuerte. Una compañía de artilleros italianos vino á reunirse con los zapadores franceses, y el 8 de octubre, lle-

garon al campo procedentes de Tortosa tres cañones de 24 y un obus de diez pulgadas. La batería se perfeccionó y artilló durante el dia 9, y en la noche del 9 al 10, llegó el mariscal al sitio, seguido de un batallon del Vístula.

Por órden del mariscal, rompióse el fuego, el 10, al amanecer, y la artillería del fuerte no tardó en verse forzada á callar: á las tres de la tarde estaba ya la brecha practicable en el primer recinto. El general Ferrier dispuso al momento cuatro compañías de preferencia, napolitanas, para montar al asalto, con el objeto de apoderarse de un primer cuerpo de guardia. Iba ya á darse aquel; pero el enemigo juzgó no debía esperarle, é izó bandera blanca. Entramos, pues, en el fuerte, en el cual encontramos doscientos quince hombres, con cuatro piezas de artillería y algunas provisiones. La Torre del Rey se negó á capitular, con cuyo motivo se abrió la trinchera contra ella y nos disponiamos ya á hacer venir algunas piezas para batirla. Pero, el 10, se dejaron ver algunos barcos, procedentes de Valencia, con la intencion de salvar y de llevarse la guarnicion encerrada allí, lo que no nos fue posible impedir, á pesar de los esfuerzos de la artillería ligera italiana y de los granaderos y volteadores del Vístula, que se adelantaron hasta la playa misma para oponerse al embarque. Encontramos en la torre dos piezas. Nuestra pér-

dida en Oropesa consistió en treinta y un hombres, y entre ellos seis muertos. La ocupacion de dicho castillo nos dejó enteramente libre el camino, y abrió el paso á toda la artillería destinada contra Sagunto.

XI. Los generales Valée y Rogniat, que despues del sitio de Tarragona habian pasado á Francia, llegaron en esto al campo, y su presencia hubo de dar é imprimir súbitamente una grande actividad á los trabajos, por los cuales el cuerpo de artillería y el de ingenieros habian ya comenzado el sitio. El camino que íbamos abriendo por delante del frente de ataque ofrecia grandes dificultades, y en muchas de sus partes hubimos de recurrir á la mina. El 12 de octubre ya pudimos hacer acarrear por él las piezas de 24, y la artillería principió al punto una batería de brecha, á ciento y cincuenta toesas de la torre de San Pedro. Abrimos hácia adelante y practicamos, sobre nuestra derecha, algunos mas ramales y salidas de trinchera, y colocamos en diferentes puntos dos obuses y cinco morteros, á fin de batir é inquietar á la vez al enemigo por todas partes, en un recinto tan largo y tan estrecho, como lo era el de Sagunto. La artillería del fuerte, á una tan elevada altura y corta distancia, casi no podia ya tirar ni ofendernos. Pero la guarnicion embazó constantemente nuestros trabajos con un

fuego de mosquetería vivísimo, que nos inutilizaba diariamente de quince á veinte hombres. Y si hubiera podido oponernos piezas de 24, nuestros débiles espaldones no hubieran podido jamas resistir, y nos hubiera sido imposible el continuar nuestros trabajos. Segun lo hemos dicho ya mas arriba, los Españoles habian multiplicado en este punto todo género de defensas; debiamos, pues, ó atacarle en brecha, ó ceñirnos á un simple bloqueo. Atacábamos, como suele decirse, al bucy por las hastas; pero la necesidad nos hacia de ello una ley.

Las baterías estaban ya prontas el 16 de octubre en la noche, y nuestros ramales y trabajos solo distaban treinta y cinco toesas de las murallas: solo á fuerza de mil penas y de mil peligros habiamos logrado ejecutarlos.

Diez piezas comenzaron á batir el ángulo saliente de la obra avanzada, el 17 por la mañana. Este primer ensayo y principio nos prometia una brecha pronta y fácil: las murallas nuevas vinieron abajo bien pronto; pero ellas cubrian otras construcciones antiquísimas, que resistieron á las balas como el mas duro granito. Por consiguiente, la brecha progresó muy poco en este dia, bien que cada una de nuestras piezas hubiese empleado ciento y cincuenta cartuchos: hubimos, pues, de principiar de nuevo el dia siguiente.

El 18 por la mañana rompimos por segunda vez el fuego con gran vigor, y el resultado fue algo mas satisfactorio: despues del medio dia, los generales de ingenieros y de artilleria reconocieron la brecha, y con arreglo á su parecer, el mariscal se determinó á mandar el asalto para las cinco de la tarde.

XII. Dióse al coronel Matis el mando de una columna de cuatrocientos hombres escogidos, de los regimientos 5^o ligero, 114, 117 de línea, y de la division italiana. Ya desde el medio dia, el movimiento de los guardias que se relevaban de servicio en la trinchera, y que de dia claro era imposible ocultar á la vista del enemigo, le habia hecho creer á este prematuramente que iba ya á darse el asalto, y al punto apareció la brecha cubierta de hombres á quienes parecia exaltar el entusiasmo y el furor. Contestaban con sus fusiles á nuestros cañonazos, volvian á reponer al minuto los sacos terreros que nuestro fuego botaba por el suelo, y con una obstinacion de que no hay ejemplo, durante cinco á seis horas sin reposo alguno, en pie sobre la muralla, y bajo el fuego no interrumpido de cuatro cañones de 24, que batian tan de lleno, se sucedian los unos á los otros como á porfia, reemplazaban los muertos, reparaban con grande ardor las quiebras y descabros de las balas, y prorumpiendo en desaforados gritos, nos pro-

vocaban á subir hasta ellos á fin de poder combatir cuerpo á cuerpo.

Habiamos observado desde lo alto de uno de los campanarios de la villa, que la comunicacion, desde lo interior del fuerte hácia la obra avanzada, se practicaba á lo largo del perfil ó costado derecho de la plata-forma superior del reducto de San Fernando, por medio de un estrecho sendero cortado é interceptado por un pequeño foso, que se atravesaba por cima de un puente movedizo, que apenas podia prestar libre paso á dos ó tres hombres á la vez. En consecuencia se decidió, que si la primera columna lograba apoderarse de la brecha y desalojar á los que la defendian, habia de seguir persiguiendo inmediatamente á estos, hostigándolos y picándolos hasta llegar á dicho foso, y esforzándose á pasar el puentecillo, revueltos nuestros soldados con los fugitivos, debian de entrar juntos en el reducto de San Fernando, lo que nos debia asegurar la posesion de él, y en seguida la del fuerte entero. Y en el caso de que se malograra dicha tentativa, debian á lo menos nuestras tropas destruir el puente, á fin de que los sitiados no pudiesen volver con fuerza suficiente á ofendernos: en este caso, todos nuestros esfuerzos debian ceñirse á asegurar el alojamiento de la brecha y de la parte interior de la obra avanzada.

Dada la señal, salen nuestros valientes, formados en columna de ataque y en reserva, de las sinuosidades y abrigos en que se los habia formado, y corren á la brecha con toda aquella velocidad que el escarpe y declivio del terreno permitia. Al frente de ellos marchaban muchos oficiales, los coroneles Matis y Henri, los capitanes Auvray, Lamezan, Gattinari, Adhemar, y algunos intrépidos zapadores. Los mas ágiles subieron como hasta dos terceras partes de las ruinas de la brecha, que se estrechaban por lo alto en un ángulo entrante, por el cual apenas pudieran pasar dos hombres á la vez y que se terminaban por un escarpe vertical. Pero como los escombros derrumbados por nuestro cañon no tenian base alguna en un plano tan inclinado, las piedras y las tierras, casi sin falda, se hundian y desplomaban mas y mas á medida que se subia por ellas, y entretanto, los tiros de fusil, las granadas, las piedras y los sacos terrosos acogotaban y aplastaban á nuestros combatientes. La columna no podia llegar sino desumida, y casi hombre á hombre. Los soldados á la cola comienzan á tirotear y vacilar, mientras que la cabeza de la columna continúa avanzando con el mayor ardimiento y subiendo con una pena infinita, hasta lo mas alto de la brecha. Pero ¿ que podia hacer un tan heróico valor contra las bayonetas y la fusilería á quema

ropa? Muchos de nuestros valientes se dejaron matar, sin retrogradar un solo paso; el resto de la columna continuó durante algun tiempo un tiroteo tan inútil como peligroso; porque estaba toda ella enteramente á descubierto. Nuestra artillería que habia suspendido momentáneamente su fuego contra la brecha, le rompió de nuevo; en fin, el mariscal dió la orden formal de retirada, y nuestras tropas reentraron en sus trincheras con una pérdida de harta consideracion. Tuvimos ciento y treinta heridos, y entre ellos, el gefe de batallon Laplane del 114, los capitanes d'Esclaibes y Lamezan, ayudantes de campo de los generales Valée y Rogniat, los tenientes Adhemar y Gattinari; y cuarenta y tres muertos, y muchos oficiales entre ellos no menos, á saber, el capitan Saint-Hilaire, ayudante de campo del general Musnier, los tenientes Turno, ayudante de campo del general Bronikowski, Giardini, de la division italiana, y Coutanceau, oficial de los cazadores de montañas, empleado en el estado mayor del ejército.

XIII. El asalto malogrado del 18 de octubre hizo doblemente sentir al mariscal Suchet el mal éxito precedente de la escalada del 28 de setiembre. Ya la primera vez que hubo de hacerse el reconocimiento de Sagunto, concibió la idea de las inmensas dificultades que debia

de ofrecer un ataque regular. Por este motivo habia abrazado tan gustoso la esperanza de economizar mucha sangre y no menos tiempo, por un golpe de mano. Y aun á pesar de todo lo ocurrido, no podia dejar de sentir que una sorpresa, si esta pudiera tentarse dos veces, sería aun el mas seguro medio de vencer tan grandes dificultades: pero el triunfo que la dicha le proporcionó en el Coll de Balaguer, y el valor y el vigor en el Olivo, la fortuna se le rehusó por dos veces delante de las murallas de Sagunto. Volvió, pues, con perseverancia, aunque no sin inquietud, al solo partido que le quedaba, á saber, el de seguir los trabajos contra el frente atacado, y aumentar aun la fuerza del ataque. Ordenó la construccion de una nueva bateria de seis piezas de 24, mas cercana que la primera, y que se elevó á la derecha de los ataques, como á sesenta toesas de la torre. Nos resolvimos á continuar la paralela, ramales y demas trabajos hasta el pie mismo de la brecha; pero á medida que se adelantaban estos, nos dominaba la torre en tales términos, que á pesar de la ligerísima inclinacion hácia delante que llevaba la direccion del trazo ó perfil de nuestros trabajos, todavía dos gaviones, colocados el uno sobre el otro, no podian bastar á cubrir nuestros trabajadores; no era absolutamente posible el llegar hasta la cabeza de aque-

llos, sin ser enseñoreados por la alta torre.

Habiamos concebido una grande esperanza con motivo de la nueva bateria; por esta vez hubiérase ya podido creer que su resultado decidiria la cuestion, bien que las dos tentativas anteriores, tan sin fruto, inspirasen hartos temores con respecto al suceso de una tercera. Nuestros soldados, despues del sitio de Tarragona sobretodo, estaban sobrado animados, para que un reves cualquiera pudiese llegar á abatirlos. Por su parte la guarnicion debía haber tomado un nuevo aliento y confianza, en vista de lo que acababa de ocurrir. La montaña de Sagunto, aislada en la llanura de Murviedro y como á dos millas del mar, bien que rodeada por nuestros campamentos de todas partes, seguia en comunicacion aun con los buques que iban costeando á poca distancia. Por los señales convenidos, el gobernador del fuerte Andriani habia recibido mil elogios y promesas, de Valencia, para la tropa y guarnicion que mandaba, y para él mismo el grado de mariscal de campo, en premio y recompensa del valor con que se habian resistido. Pero las simples excitaciones y promesas no debian ya bastar á prolongar la defensa de una guarnicion, que no podia haber arrojado durante todo el ataque el fuego concentrado de nuestras baterias, sin experimentar tambien pérdidas harto notables:

el ardor que la guarnicion habia mostrado durante el asalto era sobrado extraordinario, para poder contar con que se renovase fácilmente en lo sucesivo. Sin embargo, las dificultades de los trabajos de sitio y el valor de la defensa eran para el general frances un bien justo motivo de graves reflexiones. El evento que le ofrecia una mas probable esperanza de recobrar todas sus ventajas, era el de que Blake quisiese decidirse á socorrer la plaza.

Sí; el mariscal Suchet se lisongeaba, de que el derrotar el ejército de Valencia seria el mejor medio para él de conquistar Sagunto. Ademas, la situacion del Aragon no dejaba de inspirar grandes recelos, como luego veremos, y este era un nuevo y bien poderoso motivo que le obligaba á desear una accion general: y ciertamente, ni podia disminuir su ejército ni enviar socorro alguno á aquella provincia, sin arriesgar y comprometer todas sus operaciones en el reino de Valencia. Sin embargo, el temor de perder Teruel, amenazado ya de firme, le decidió, del 20 al 22 de octubre, á enviar al general Palombini á dicho punto contra Obispo, y con él la reserva y una parte de la caballería. Dicho general arrolló las tropas enemigas que ocupaban el camino de Segorbe; pero se le habia recomendado muy particularmente no se alejase sobrado, á fin de poder regresar con

presteza en caso necesario: el acontecimiento justificó dicha precaucion, y llegó al campo el 24 á marchas dobles.

XIV. Dos espías que salieron del castillo de Sagunto despues del asalto, y que con sus pliegos cayeron en nuestras manos, nos confirmaron en la idea que ya teniamos de que la guarnicion necesitaba ser socorrida. Las voces que corrian por el pais, y la próxima llegada ademas de un cuerpo de tropas del ejército de Murcia, á las órdenes del general Mahy, eran otros tantos indicios de un no lejano combate. Y Blake, en efecto, no podia ya dispensarse de emprender ó de intentar una cosa cualquiera. Despues de haber dejado tomar Oropesa, y despues de haber visto cual habiamos arrollado dos divisiones de su ejército, casi á presencia suya, se exponia ya, no solo á perder Sagunto, sí que la confianza tambien de su ejército y de la nacion española, si abandonaba ahora á las contingencias de un tercer asalto una fortaleza que era como el antemural de Valencia y que la cubria tan bien, y una guarnicion que habia hecho una tan gloriosa defensa. Determinóse, pues, á librar batalla, y al efecto salió de sus líneas, dejando la capital y su campo atrincherado bajo la proteccion de la guardia cívica ó milicia y de los demas habitantes, cuyo zelo se habia excitado y exaltado por todos los me-

dios posibles*. Con respecto al ejército, dirigióse á él é invocó su valor por medio de una proclama sencilla y corta, que transcribi-

* *Nuestra Señora de los Desamparados*: este es el nombre que lleva una imagen milagrosa de la Virgen, acatada y venerada muy particularmente en Valencia, en una gran capilla vecina á la catedral. Y habiendo corrido en dicha capital la voz que se la habia trasportado á Mallorca con todas sus riquezas, los clérigos tranquilizaron á los Valencianos sobre el particular con un mandamiento ó pastoral, en el cual aseguraron además, que aun en el caso de un ataque efectivo por parte de los enemigos, esta venerable imagen protectora de los fieles no abandonaria la ciudad; declaración que hubo de contribuir á calmar y sosegar el pueblo. Y en efecto, la desaparición de la imagen hubiera causado en el ánimo de los habitantes una impresion harto funesta, porque Nuestra Señora de los Desamparados era el verdadero generalísimo de los Valencianos. El marques del Palacio, nombrado Capitan General de esta provincia, la reconoció de la manera mas solemne en calidad de tal. En todas las gazetas del pais y en todos los mandamientos y pastorales religiosos se la daba el titulo de *generalísima por mar y tierra*, y á la imagen se la veia decorada con las insignias de capitan general, y con la banda roja bordada en oro, como general en gefe. (Extracto de una relacion española, sobre la campaña del general Blake, en 1811.)

El traductor no conoce esta relacion española, á que se refiere la nota de la obra del señor Mariscal; pero si dirá, que el hecho del marques del Palacio es muy exacto. El señor Marques, hombre en extremo piadoso, creyó poder obrar así; pero la parte ilustrada del público de Valencia, que es numerosa, no vió en dicho nombramiento y en dicho generalato mas que un acto bien poco conforme á la augusta severidad de nuestra religion, que autoriza, si, el culto de los santos y nuestra confianza en su intercesion, pero que rechaza con desden toda especie de momerías. En una de las Gazetas del pais se le preguntó al marques del Palacio: ¿Si saldria la Virgen á campaña? Si mandaria en persona la primera accion? Cuantas raciones se le habian asignado, etc.? Demandas indecentes á que el Marques tuvo la prudencia de no contestar. Por lo demas, en España hav aun mucha

mos aqui como un modelo de elocüencia militar, de concision y de energía.

« *Proclama del general en gefe Blake.*

« Cuartel general de Valencia, 24 de octubre de 1811.

« Don Joaquin Blake, general en gefe del segundo y tercer ejércitos, á los Señores generales, gefes, oficiales y soldados á quienes tiene el honor de mandar:

« Vamos á atacar, y con la gracia de Dios, á arrollar y vencer á Suchet. Si yo hablase á unas tropas mercenarias, venales, ó conducidas por la fuerza como las del enemigo, me extenderia en mostrarles las recompensas que deben de ser el fruto de la victoria.

« Un motivo mucho mas noble de emulacion seria, para todos aquellos á quienes la gloria militar no es nada menos que indiferente, el llamar su atencion hácia las almenas de Sagunto y hácia las murallas y azoteas de Valen-

pueblo, por desgracia, y en Francia no menos, puesto que en todo el Mediodia de ella se cree en la actualidad á pié-juntillas en el *Juif-errant*, y en las maravillosas virtudes del *cachafoc* de Navidades, y no hace un siglo que se creia en casi toda ella en el origen celeste de la *Ampolla Sagrada de Reims*. En Francia, como en España, queda aun mucho que desbatar y que pulir. Y dichoso el gobierno que llega á comprender, que una racional ilustracion en el pueblo es tal vez la primera necesidad del Estado!

(Nota del traductor.)

« cia, desde lo alto de las cuales nos seguirán
 « ansiosos con la vista todos los que esperan de
 « nosotros su salud. La menor debilidad, un ins-
 « tante solo de vacilacion ó de duda al marchar
 « contra el enemigo, eria en esta ocasion mas
 « que en otra alguna una indeleble infamia y
 « verguenza.

« Pero hablo á unos Españoles que combaten
 « por la libertad de su patria, por su religion y
 « por su rey, y seria hacer un notorio agravio
 « á los nobles sentimientos que los animan el
 « decirles otra cosa mas, que nuestro deber es,
 « ó de vencer al enemigo, ó de morir en la
 « demanda.

« Firmado BLAKE. »

El 24, durante el dia, el ejército de Blake se formó en batalla, á mitad de camino entre Valencia y Murviedro. La division Zayas, que formaba la derecha, y que habia emprendido la marcha por el camino á orillas del mar, ocupaba ahora las alturas del Puig que fueron guarnecidas con artillería. Una escuadrilla sutil española, apoyada por una corveta inglesa, iba bordeando por la costa y flanqueaba la línea del ejército español. A la izquierda de Zayas, la division Lardizabal se habia adelantado, por el camino real, hasta la Cartuja: esta division que se apoyaba y daba la mano con la del general

Miranda, formaba el centro, junto con la caballería del general Caro. La division de Miranda, y las de San Juan y Villacampa, á las órdenes del general Don Carlos O-Donell, formaban la izquierda del ejército. Dicha ala izquierda se extendia por detras y al abrigo de un barranco, llamado *del Picador*, paralelamente al camino de la *Calderona*, hasta una colinita aislada dicha *los Germanels*, cubriendo asi el camino que conduce á Bétera: tenia por reserva el cuerpo del general Mahy, y aun á su extremo se viera flanqueada á lo lejos por la division Obispo, en la direccion de Náquera.

XV. El mariscal Suchet se veia en la alternativa, ó de abandonar su artillería y de levantar el sitio, para ir á buscar en otro sitio y localidad un campo de batalla mas ventajoso, ó bien de combatir y pelear entre dos plazas enemigas, con fuerzas desiguales y casi sin retirada. Mas á pesar de los tan graves inconvenientes de su posicion, no balanceó un punto en aceptar el combate delante de Sagunto. La llanura que se extiende desde Valencia á Murviedro, se estrecha considerablemente, cerca de esta última villa, entre la mar y las alturas de *Val de Jesus* y *Sancti-Espiritu*, y aqui es donde se propuso esperar á su enemigo. La línea de batalla francesa se formó de la division Harispe, por frente y en adelante de su campamento, con la dere-

cha en las montañas y la izquierda en el camino real, y de la division Habert, á la izquierda del general Harispe, entre dicho camino y el mar. Detras de estas se formó, en segunda línea, el general Palombini, con parte de la infanteria italiana, y el general Boussard, en reserva, con el 13 de coraceros y el 24 de dragones. Al extremo de la derecha, y en la garganta de Sancti-Espíritu, se apostó el general Robert con su reserva y los dragones Napoleon. Y viendo que el enemigo habia reforzado con un extraordinario número de tropas su izquierda, el mariscal creyó debia dejar destacado, y como en reserva, al general Chlopiski, al frente del regimiento 44, á fin de reforzar al general Robert y ocupar al mismo tiempo las crestas de las montañas. Dicho general, pues, quedó de este modo mandando nuestra ala derecha, y con orden de defender á todo riesgo el desfiladero que conduce de Bétera á Gilet. Este era un punto de la mas alta importancia, y que perdido, hubiera perdido no menos la batalla el ejército frances, y verisimilmente todo medio de retirada. Aun para asegurarle mas, el general Compere con sus Napolitanos ocupó Petrés y Gilet, observando el camino de Segorbe.

XVI. No quiso el mariscal dejar á la guarnicion de Sagunto en la creencia, que la batalla

le forzaba á suspender el sitio. Los ingenieros habian logrado alojarse á tres toesas solo del pie de la brecha, y la artilleria habia establecido en sus baterías nueve cañones de 24, tres obuses y seis morteros. Dejáronse, pues, en vista del fuerte cuatro batallones italianos y dos del 117, á las órdenes del general Bronikowski. El 25 de octubre, por la mañana, rompieron de nuevo el fuego contra el fuerte nuestras baterías, mientras que á la vista y como á cuatro pasos de alli, esperaba formado y tranquilamente nuestro ejército al español, que venia avanzando contra nosotros. El mariscal se habia adelantado hasta los *Hostalets*, cerca de Puzol, á fin de descubrir mejor los movimientos del enemigo por entre los olivos y garroferos, que cubren, cual si fuera un bosque, aquellas llanuras de una rica y esmerada cultura. Y apenas habia salido de alli, cuando nuestra línea de tiradores, sobre todo el frente, se replegó delante de las divisiones enemigas que continuaban su movimiento. El mariscal observó entonces, sobre la derecha, una alturita redondeada, que como á que se desgaja y separa de las alturas que se ven por delante de Val de Jesus, y que enseñorea el terreno donde iba á entrar en combate la division Harispe. Y decidido á ocuparla sin tardanza alguna, dirigióse á galope con los

cincuenta húsares que formaban su escolta, haciendo al mismo tiempo avanzar la division Harispe para que estableciese allí su derecha. Pero antes que nuestra infantería pudiese haber corrido y atravesado el intervalo que la separaba de dicho sitio, los Españoles llegaron con prontitud al pie de la altura, subieron y se apoderaron de ella, sin que nuestros húsares pudieran oponerles una seria resistencia: el enemigo la coronó al momento con alguna artillería.

Poco después vimos á los Españoles, que nos habian ganado de mano y que se nos habian anticipado sobre dicho punto, avanzar en columnas por el camino real y por Puzol, con una resolucion y un orden cual no hubieran mostrado jamas antes en campo raso. Estos primeros movimientos daban á su ejército, en marcha, una cierta actitud de confianza y de superioridad que parecia precursora del triunfo. Esta fue al menos la impresion que este espectáculo hubo de producir sobre la guarnicion de Sagunto, espectadora ansiosa, desde lo alto de su montaña, de un acontecimiento que iba á decidir de su suerte. Los sitiados creyeron haber llegado ya el momento de su rescate al ver avanzar el ejército de socorro, y le saludaron con gritos de alegría y arrojando al ayre sus morriones, sin tener cuenta con el estrépito de

nuestra artillería que cubria sus voces, y que continuó batiendo sus murallas todo el tiempo que duró la batalla, sin que sus defensores pareciesen inquietarse sobrado por el progreso de la brecha.

Llegado que hubo la division Harispe delante de la altura, la atacó, sin perder minuto, el 7º de línea, en columnas por batallon, y el 116 y 3º del Vístula, desplegados por escalones y á corta distancia á la espalda. La ocupacion de esta alturita era de un grande interes para nosotros, y era necesario ademas que los Franceses comenzasen la batalla con una accion de vigor, despues del arrojó que los Españoles acababan de mostrar. Los generales se pusieron al frente de las columnas, y las tropas montaron sin disparar un tiro y sin correr: la resistencia fue viva, y al llegar á la cima de la altura se empuñó un combate sangriento. El general Paris resultó herido gravemente, asi como los ayudantes de campo Peridon y Troquereau: el general Harispe, el coronel Mesclop y muchos otros oficiales perdieron sus caballos en la accion. El valiente regimiento 7º mandado por el mayor Durand, despues de haber sufrido todo el fuego del enemigo, llegó á la cumbre con la bayoneta cruzada, arrolló á los Españoles y los hizo recular y cejar, desordenados, hasta el barranco del *Picador*, y la division Harispe quedó dueña de la posicion.

Entretanto la izquierda de los Españoles se ponía en movimiento contra el general Chlopiski, mientras que, á su derecha, Zayas desembocaba de Puzol, maniobrando al parecer con el objeto de rodear y de adelantarse por nuestra izquierda, á fin de aproximarse á Murviedro. Este esfuerzo simultáneo de las dos alas de Blake, en el momento mismo en que nosotros habíamos conseguido una tal cual ventaja por el centro, decidió al mariscal Suchet á completarla esta y llevarla á cabo, cortando en dos por el medio el ejército enemigo. Contaba con los generales Robert y Chlopiski, y con que sostenrían el ataque en la excelente posición en que estaban colocados. Al general Habert le mandó que contuviese solamente á Zayas, é hizo adelantar al general Palombini que estaba en segunda línea, dejando aun á los coraceros en reserva. Los Españoles, rechazados de la altura, habían sido perseguidos por el general Harispe hasta la llanura; pero bien presto sus tropas se reunieron y mejoraron su formación, hicieron alto á pie firme, y nos atacaron á su vez apoyadas por la caballería de los generales Loy y Caro, y se dirigieron de nuevo hácia la altura para apoderarse de ella. El gefe de escuadrón Duchand que mandaba la artillería de la división Harispe, se precipitó al encuentro de las masas de la infantería española y la obligó á

hacer un momento de alto, disparando á metralla. Nuestros húsares quisieron sostenerle, pero el enemigo los cargó y los obligó á retirarse: nuestros artilleros fueron acuchillados y algunas de nuestras piezas cayeron en poder del enemigo. Si nuestra infantería hubiese cedido ó vacilado un momento, este instante de la acción hubiera podido llegar á ser sobrado crítico; pero el 116 cambió muy á propósito de dirección y de frente, y rechazó la carga con un fuego granado bien sostenido y ejecutado con una serenidad verdaderamente militar. El mariscal marcha volando hácia los coraceros, porque sabía bien lo que podía esperar de una reserva de esta naturaleza, y dirigiéndoles la palabra del modo mas análogo á la alta estima que los profesara y á la confianza que tenía en ellos, les trajo á la memoria Margalef y los demas lugares en que su choque había decidido la victoria. Mientras les estaba hablando, una bala vino á herir al mariscal en la espalda; por fortuna la herida no fue grave; permaneció á caballo, y sin perder minuto dirigió al general Boussard contra la caballería española. En este intervalo, el general Palombini, adelantándose por la derecha del camino real, se encontraba ya colocado y en disposición de poder dirigir sus fuegos, y por su espalda, contra esta caballería que se creyera ya victoriosa. Los coraceros

arremetieron contra ella y la arrollaron y acularon contra su infantería, de manera, que no solo recobramos nuestra artillería, si que nos apoderamos de una parte de la del enemigo. Los generales Harispe y Palombini, dirigiéndose siempre por su frente hacia adelante, consumaron la derrota de los Españoles; el centro de Blake fue enteramente rompido, y la caballería se salvó con harta pena, pero muy maltratada; su infantería ademas sufrió una pérdida considerable, sin contar los que rindieron las armas. El general Caro fue herido, y cayó prisionero con un brigadier y otros dos oficiales: durante la accion misma fue presentado al mariscal Suchet, asi que cuatro banderas y cinco piezas que acabábamos de ganar.

Despues de haber inutilizado la combinacion y ataque del enemigo por el centro y rompídole este, el mariscal se ocupó en hacer triunfar igualmente sus dos alas. El general Habert, pues, recibió la orden de atacar á Zayas, quien, aunque aislado despues de la retirada de Lardizabal en el centro, sostuvo un combate porfiado en el cual perdimos un gran número de soldados. El jóven ayudante de campo de Billy perdió un brazo, de resultas de un tiro de la artillería enemiga. El general Habert se apoderó del lugar y posición de Puzol, destacando contra dicho punto al general Montmarie con el 5º ligero y

el 116, y dirigiéndose él mismo por su frente y en derechura contra el enemigo con un batallon del 117 y un peloton de dragones. Desalojados los Españoles del lugar, se retiraron, dejando en nuestras manos ochocientos prisioneros. El coronel Delort, lanzándose muy á propósito con el grueso de sus dragones por el camino real, persiguió aun de nuevo á los fugitivos, alcanzó la infantería de Lardizabal que acuchilló, y la fue picando hasta la Cartuja, mas allá del barranco del Picador, apoderándose ademas de dos cañones. Zayas entretanto iba marchando hacia las alturas del Puig, en donde el general Blake habia pasado una parte del dia, observando y contemplando desde allí su ejército de un extremo al otro del campo de batalla: en dicho punto habia dejado tambien una reserva de artillería, al mando del brigadier Velasco. Dióse al general Habert la orden de desalojar á Zayas de dichas alturas, contra las cuales marchó el general Montmarie de frente, mientras que el general Palombini se adelantaba por su flanco derecho. El batallon del 117, conducido por el comandante Passelac, llegó hasta la cumbre y se apoderó de la posición y de cinco piezas de artillería. El general Zayas verificó su retirada hacia el Grao de Valencia, por el camino á orillas del mar.

No habia sido menos feliz por su parte nues-

tra ala derecha. Al principio de la accion , habíase adelantado la division Obispo por el camino de Náquera , amenazando nuestro flanco , con el objeto de penetrar en el puerto ó desfiladero de Sancti-Espíritu : el general Robert la habia contenido y rechazado diferentes veces. El general Chlopiski se ciñó por el pronto á observar el cuerpo de Mahy y la division de Villacampa , que estaban apostados delante de sus posiciones. Pero cuando vió que se disponian ya á atacarle de frente , formó su infantería en masas , teniendo no menos su caballería dispuesta y pronta á cargar. Observó poco despues , que la infantería española que venia bajando de la altura de los *Germanels* , comenzaba ya á desplegarse en la llanura , y dió la orden de arremeter al coronel Schiazzeti , quien , acompañado del gefe de escuadron Saint-Joseph , ayudante de campo del general en gefe , se lanzó á la cabeza de los dragones italianos , arrolló la vanguardia y se precipitó aun contra la línea enemiga que rompió y desordenó. El general Chlopiski se adelantó al punto á su vez , sin dejar al enemigo tiempo para reunir y formar de nuevo su tropa , una parte de la cual , acuchillada y cortada del grueso , hubo de rendir las armas. Al propio tiempo llegaba el general Harispe por la izquierda , persiguiendo las otras divisiones de O-Donell que habia antes derro-

tado. Este general llamó y reunió á sí la tropa de Chlopiski , y siguió vivamente el alcance al general Mahy , quien con las tropas que habia podido reunir , habia ocupado una posicion mas á la espalda ; mas le forzó al fin á abandonar el campo de batalla y á precipitar su retirada hácia Bétera. Nuestra caballería aun pudo llegar á tiempo para obligar á rendir sus armas á algunos batallones enemigos , antes de que pasasen y atravesasen el barranco de Carraixet. El mariscal , despues de haberse hecho curar su herida sobre el campo mismo de batalla , se dirigió en persona , cerrada ya la noche , hácia Bétera , é hizo continuar el alcance al enemigo hasta las diez de la noche , y no reentró en su campo de Sagunto , hasta despues de haber sabido positivamente que todos los cuerpos españoles habian repasado el Guadalaviar. El ejército frances tomó posicion en el Puig , Alvalate y Bétera. Su pérdida total consistió en ciento veinte y ocho muertos y quinientos noventa y seis heridos : el enemigo tuvo como unos mil hombres fuera de combate , sin contar cuatro mil , seiscientos y ochenta y un prisioneros , y entre estos , dos generales , cuarenta oficiales superiores , doscientos treinta subalternos , cuatro banderas , cuatro mil doscientos fusiles , casi todos ingleses , y doce piezas de artillería con sus cajones.

* Véanse las notas y piezas justificativas , número 24.

Esta jornada parecia haber decidido de la suerte de Sagunto, porque el ejército español no estaba ya en el caso de poder tentar cosa alguna en su auxilio durante un largo período de tiempo, y porque los trabajos del sitio no se habian interrumpido un solo momento. Nuestra artillería habia ensanchado la brecha, y tanto la torre como los flancos que la defendian ofrecian un ancho paso, por el cual hubieran podido montar al asalto muchos hombres de frente á la vez. El mariscal pensó en utilizar el abatimiento en que naturalmente debia de haber caído la guarnicion, en vista del éxito de la batalla, y que despues de lo que habia sufrido ya, acababa de perder la esperanza de poder ser socorrida. El momento, pues, era el mas favorable para ofrecerle una capitulacion.

XVII. El mariscal escribió al gobernador y le propuso rindiese la plaza, anunciándole la derrota de Blake y la imposibilidad en que se veia ya de poder ser socorrido por el ejército español. Propúsole al mismo tiempo que recibiria en su cuartel general á un oficial de la guarnicion, si queria enviarle uno de su confianza, y que podria entrar en relacion con los prisioneros de la vispera, á fin de que se convenciese por sí mismo de la exactitud de los hechos.

Un teniente coronel de artillería bajó á traernos la contestacion del general Andriani; se le

acompañó á casa del general Caro, y se le hicieron ver los prisioneros, las banderas y los cañones. Todas estas pruebas, asi como el testimonio de sus compatriotas, le demostraron sin el menor género de duda el resultado de la batalla perdida. En vista del informe de dicho oficial, el gobernador se decidió á entrar en tratos, y la capitulacion se firmó á las nueve de la noche. A la hora misma, y á la luz de la luna, salió la guarnicion prisionera de guerra, y en conformidad á lo estipulado desfiló por la brecha, cuyo acceso era aun tan difícil, que nuestros zapadores se vieron forzados á hacer una rampa provisional, para que los Españoles pudiesen bajar. Su número ascendia á dos mil, quinientos y setenta y dos hombres. Tomamos, pues, posesion del fuerte, en el cual encontramos diez y siete piezas de artillería, seis banderas, dos mil cuatrocientos fusiles, ochocientos mil cartuchos, diez mil libras de pólvora y algunos víveres y municiones.

Asi terminó el sitio de Sagunto, despues de veinte y un dias de trinchera abierta. Y á pesar de todos los esfuerzos y trabajos del cuerpo de ingenieros y de la artillería, el buen suceso de un tercer asalto era en extremo contingente. La inspeccion de las localidades nos hizo conocer, que no nos habiamos equivocado, ni sobre el punto mas cómodo del ataque, ni sobre la na-

turaleza de las dificultades que aquel presentaba, y aun nos convencimos mas y mas de la realidad de aquellas que solo habiamos podido juzgar desde lejos. La toma de la obra avanzada no nos hubiera asegurado la conquista del reducto, y todo el arte de los ataques, como todo el valor de las tropas hubieran podido estrellarse aun: tal vez este sitio difícil, sin la batalla de Sagunto, no se hubiera terminado de otro modo, que ó por la fatiga ó enfermedades de la guarnición, ó por la falta de víveres. Mas prudente que Henrique O-Donell en Margalef, Blake se habia puesto en movimiento para socorrer la plaza, cuando ya los trabajos del sitio estaban harto adelantados, y habia comprometido á su contrario á maniobrar en un campo de batalla nada ventajoso. La fortuna le fue contraria; pero quedó aun en estado y en posición de poder defender Valencia con un ejército harto numeroso, bien que debilitado con la pérdida reciente de algunos miles de hombres, y sobre todo, por la del castillo de Sagunto, que llegó á ser un excelente punto de apoyo para el ejército francés.

CAPITULO XV.

(1811.) I. Estado del Aragon y de la baja Cataluña, durante el sitio de Sagunto. — II. El ejército no es bastante numeroso para un sitio como el de Valencia. — III. El ejército se establece á la orilla izquierda del Guadalaviar. — IV. Posición del ejército de Blake sobre la orilla derecha. — V. Estado de defensa de Valencia. — VI. Combates diversos en las provincias de Aragon y de Cataluña. — VII. Envíanse refuerzos á nuestro ejército. — VIII. El general Reille llega con dos divisiones á Segorbe. — IX. Paso del Guadalaviar. — X. Batalla y embestidura de la plaza. — XI. Sitio de Valencia. — XII. Abrese la trinchera. — XIII. Establécense las baterías. — XIV. Ocupacion del campamento atrincherado. — XV. Capitulacion de la ciudad. — XVI. Entrada de los Franceses. — XVII. Llega el general Moutbrun á Almansa. — XVIII. Se acerea á Alicante, y vuelve á marchar. — XIX. El mariscal Suchet recibe el título de Duque de Albufera.

I. Otro de los motivos mas poderosos que habian decidido al mariscal á activar las operaciones delante de Sagunto, era la inquietud y el recelo que le inspiraban el estado y sucesos del Aragon. Se felicitaba de poder ver á Villacampa en línea en el ejército de Blake, sin tener ya que temer sus correrías á su espalda y retaguardia; pero el brigadier Duran y don Juan

turaleza de las dificultades que aquel presentaba, y aun nos convencimos mas y mas de la realidad de aquellas que solo habiamos podido juzgar desde lejos. La toma de la obra avanzada no nos hubiera asegurado la conquista del reducto, y todo el arte de los ataques, como todo el valor de las tropas hubieran podido estrellarse aun: tal vez este sitio difícil, sin la batalla de Sagunto, no se hubiera terminado de otro modo, que ó por la fatiga ó enfermedades de la guarnición, ó por la falta de víveres. Mas prudente que Henrique O-Donell en Margalef, Blake se habia puesto en movimiento para socorrer la plaza, cuando ya los trabajos del sitio estaban harto adelantados, y habia comprometido á su contrario á maniobrar en un campo de batalla nada ventajoso. La fortuna le fue contraria; pero quedó aun en estado y en posicion de poder defender Valencia con un ejército harto numeroso, bien que debilitado con la pérdida reciente de algunos miles de hombres, y sobre todo, por la del castillo de Sagunto, que llegó á ser un excelente punto de apoyo para el ejército frances.

CAPITULO XV.

(1811.) I. Estado del Aragon y de la baja Cataluña, durante el sitio de Sagunto. — II. El ejército no es bastante numeroso para un sitio como el de Valencia. — III. El ejército se establece á la orilla izquierda del Guadalaviar. — IV. Posicion del ejército de Blake sobre la orilla derecha. — V. Estado de defensa de Valencia. — VI. Combates diversos en las provincias de Aragon y de Cataluña. — VII. Envíanse refuerzos á nuestro ejército. — VIII. El general Reille llega con dos divisiones á Segorbe. — IX. Paso del Guadalaviar. — X. Batalla y embestidura de la plaza. — XI. Sitio de Valencia. — XII. Abrese la trinchera. — XIII. Establécense las baterías. — XIV. Ocupacion del campamento atrincherado. — XV. Capitulacion de la ciudad. — XVI. Entrada de los Franceses. — XVII. Llega el general Moutbrun á Almansa. — XVIII. Se acerea á Alicante, y vuelve á marchar. — XIX. El mariscal Suchet recibe el título de Duque de Albufera.

I. Otro de los motivos mas poderosos que habian decidido al mariscal á activar las operaciones delante de Sagunto, era la inquietud y el recelo que le inspiraban el estado y sucesos del Aragon. Se felicitaba de poder ver á Villacampa en línea en el ejército de Blake, sin tener ya que temer sus correrías á su espalda y retaguardia; pero el brigadier Duran y don Juan

Diaz, dicho el *Empecinado*, habian reemplazado á aquel activo partidario en la frontera de Castilla, y Mina se hacia mas temible de dia en dia en la Navarra y alto Aragon. Hasta en la baja Cataluña, en que habiamos dejado la division Frére toda entera, los Franceses no tardaron en verse reducidos á una defensiva tímida y nada vigorosa. Esta division, en medio de las plazas de guerra de Tarragona, Tortosa, San Felipe de Balaguer y Lérida, y tantos otros puestos fortificados, como el Mont-Serrat, Cervera, Belpuig y Mont-Blanc, no se ocupaba casi en otro que en correr sin cesar las llanuras del Urgel, á fin de asegurar el recaudo de las contribuciones y el acopio de provisiones no menos que necesitaban aquellas plazas y puestos. Esta dislocacion de fuerzas proporcionó al enemigo la ocasion de ganar algun mas terreno, y nuestra division se vió forzada á abandonar Cervera, Belpuig y el Mont-Serrat. El gobernador de Lérida se ciñó y esmeró con un muy particular estudio en impedir, en cuanto le fue posible, que las partidas españolas se acercasen al Priorato ó á la orilla izquierda del Ebro, é hizo todos sus esfuerzos á fin de proteger el acarreo de granos por agua desde Mequinenza á Tortosa. El gefe de batallon Bardout hubo de sufrir un combate cerca de Ribaroya, el 3 de octubre, con motivo del paso de diez y siete barcos, del

cual salió con honor, gracias al socorro que le trajo en persona el capitán polaco Plater, comandante del bajo Ebro. Pero era de recelar y temer, que el general Lacy que parecia desplegar una grande actividad en la reorganizacion del ejército catalán, no viniese á apoderarse y á privarnos completamente del recurso de la navegacion por el rio. El mariscal, ocupado delante de Sagunto, no podia enviar destacamento alguno para defender sus convoyes, y el ejército de Cataluña, concentrado hácia Gerona, estaba sobrado lejos para poder procurar al general Frére refuerzo alguno ó un punto de apoyo.

Ni era tampoco mas satisfactorio el estado del Aragon. Nos habiamos lisongeadó, pero en vano, que la toma de *Pesoduro* contribuiria á mantener, por algun tiempo al menos, la tranquilidad de las Cinco-Villas. Era aquel un gefe de banda de los mas emprendedores y crueles de la orilla izquierda del Ebro, á quien sorprendió en Biota el teniente de gendarmes Foison, bajo la direccion del coronel Plicque: la destruccion de su tropa habia puesto un fin á los crímenes con que aquellos salteadores tenian aterrorizado el pais. Pero en esta misma época habia llegado Mina á organizarse un cuerpo numeroso y aguerrido, capaz ya de sortear y de tener embarazada una division toda entera. Veíasele aparecer tan presto sobre la derecha, como sobre la izquierda del

Ebro, y reunido ó dividido, nos amenazaba sin cesar, y era siempre peligroso por su actividad. Pero la Navarra que le servia de base de operaciones, era, por decirlo así, el país menos expuesto á sus correrías é insultos. La seguridad de esta provincia consistia toda entera en la posesion de la capital, grande y fuerte plaza que nosotros ocupábamos desde el principio de la guerra. El general Reille tenia allí bajo sus órdenes, además de una division francesa, la segunda italiana, mandada por el general Severoli: y el general Mina, no menos prudente que activo, llevaba y hacia sentir allá á lo lejos la fuerza de sus armas, es decir, en las provincias de Alava ó la Rioja, ó en la Castilla y en el Aragon. Duran y el Empeñado, que habian reunido cerca de cinco mil hombres y ochocientos caballos en las cercanias de Soria, se acercaron á Calatayud, poco tiempo despues de haber salido á la expedicion de Valencia el mariscal Suchet. El general Musnier que mandaba el Aragon, se encontraba en Zaragoza, es decir, en medio de muchas plazas ó puestos fortificados y guarnecidos suficientemente para poder defenderse, pero sin fuerzas disponibles á la mano para poder dirigirse al socorro de un punto cualquiera, amenazado seriamente. Con la division Severoli habian venido de Italia tres batallones, que pertenecian á la division Palombini, y que se habian

destinado para reforzarla esta. Estos batallones habian llegado al Aragon el 13 de setiembre; pero no pasaron á reunirse inmediatamente á sus cuerpos, y se los colocó y apostó en los puntos en que parecian ser mas necesarias las tropas. Envióse uno de ellos á Calatayud, con el objeto de reforzar la débil guarnicion que ocupaba allí el convento de la Merced, á las órdenes del comandante frances Muller. Habíanse hecho cuantas disposiciones defensivas permitia el local, cuando los Españoles se presentaron el 29 de setiembre. Su vanguardia se habia dirigido al mismo tiempo hácia Epila y Almunia, y á la garganta ó desfiladero del Frasnó; privado así el puesto de Calatayud de todo socorro, fue vivamente atacado por Duran. Despues de haber intimado inútilmente la rendicion, este gefe dispuso colocar en batería algunas pequeñas piezas de campaña que conducia consigo, y viendo el ningun efecto que producian, trató de minar uno de los ángulos de la iglesia del convento.

• El gefe de batallon Favalelli defendia la iglesia, á la cabeza de ciento y cincuenta Italianos, decididos y valientes, que se atrincheraron, comenzaron una contra-mina y rechazaron á los Españoles, el 3 de octubre, despues de una primera explosion. Al día siguiente el enemigo abrió una nueva y ancha brecha, y nos mató un gran número de nuestros defensores; y atemo-

rizados el resto de la guarnicion, capitularon y se rindieron. Este resultado fue hijo tambien de una sensible desavenencia, y no hay duda que hubiera podido evitarse con un poco mas de perseverancia.

Sin perder un minuto de tiempo, el general Musnier, sabida la noticia de dicho ataque, habia dirigido hácia Calatayud como unos mil hombres, recogidos de entre las diferentes guarniciones de la orilla derecha; pero esta columna se encontró sobrado débil para poder intentar el pasar á la fuerza por el peligroso desfiladero ó garganta del Frasno, y se vió forzada á retrogradar. Habia solicitado al mismo tiempo del general Reille los mas pronto y eficaces socorros, y llamado cerca de sí cuantos refuerzos podia facilitar la orilla izquierda del rio, con el objeto de formar una segunda columna de auxilio, la cual llegó por fin á Calatayud, gracias al movimiento del general Bourke que el general Reille destacó al primer aviso, y que venia marchando por la izquierda del Xalon. Nuestras fuerzas reunidas entraron en Calatayud, el 5 de octubre, pero no encontraron allí ya ni al enemigo ni la guarnicion, que aquel se habia llevado consigo prisionera de guerra, á excepcion de los oficiales que fueron sometidos á un consejo de guerra, por haber separado su suerte de la de sus soldados. El general Bourke no tardó

en volverse á Navarra, y como nuestra columna regresó á Almunia, el enemigo ocupó de nuevo Calatayud. Hacia ya mucho tiempo que el mariscal habia previsto cuan peligroso y arriesgado fuera el dejar el Aragon sin fuerzas suficientes que pudiesen defenderle: habia con tiempo reclamado que se le enviasen refuerzos, y recibió por último el aviso que iba á ponerse á su disposicion la division Severoli, compuesta de siete mil infantes y seiscientos caballos, que llegaron en efecto á Zaragoza el 9 de octubre. El general Musnier la condujo al momento á Calatayud, á donde llegó el 12. El enemigo se retiró, y fue perseguido en dos direcciones, á saber, hácia Molina y hácia Medina-Cœli. Destacóse la brigada Mazzucheli á Daroca y Uzed, mientras que el resto de la division se dirigia hácia Ateca, en el camino real de Madrid.

Y este fue precisamente el momento que Mina hubo de escoger, con su acostumbrada destreza y actividad, para adelantarse por la orilla izquierda de Ebro hasta casi las puertas de Zaragoza, aprovechando y utilizando la ventaja de una de aquellas ocasiones que tenia el arte, ó ya de esperar, ó ya de hacer nacer. Presentóse, pues, en las Cinco-Villas, al frente de tres mil infantes y trescientos caballos, y atacó el destacamento de gendarmería que formaba la guarnicion de Exea. Dicho destacamento se defendió

dos días con gran valor, al cabo de los cuales logró salvarse, durante la noche, rompiendo al traves de la línea que le tenia cercado, y llegó á Zaragoza: Mina le hizo perseguir hasta las Pedrosas. Su verdadera intencion era el almar la capital del Aragon, lo que en efecto logró completamente. Mas por esta parte, todo lo que él podia osar emprender, se reducía á una simple demostracion ó amago; desde aqui se dirigió al punto hácia Ayerbe y Huesca, cuyos puestos fortificados embistió, y nos interceptó la comunicacion con Francia por Jaca. El comandante de Zaragoza, en ausencia del general Musnier, no concibiendo una justa idea de lo grande é inminente del peligro, tomó imprudentemente unas medidas harto insuficientes para repelerle. Hizo partir un batallon del 7.^o de línea italiano, con una compañía de volteadores del 2.^o y cincuenta cazadores de caballería, con direccion á Exea, y para socorrer dicho punto. El oficial que mandaba este batallon, Ceccopieri, encontró el 15 de octubre, cerca de Zuera, la pequeña guarnicion de Exea, que habia logrado zafarse de entre las manos de Mina. Desde este punto se dirigió hácia Ayerbe, á fin de restablecer las comunicaciones, y alli encontró todas las fuerzas del enemigo reunidas, lo que le constituyó y empeñó en una bien difícil posicion. Y no pudiendo atacar, ni evitar el ser

atacado él mismo, formó con su tropa el cuadro, dirigiéndose todos bien unidos y en buen orden hácia Huesca, con la esperanza de poder llegar hasta dicha ciudad distante cuatro leguas, y defenderse alli mejor que en campo rasó. Pero el batallon fue cercado por todas partes en su marcha, y perseguido y hostigado sin darle un momento de reposo, hasta que abrumado por el excesivo número de los enemigos, habiendo perdido ya su gefe y muchos oficiales, y sembrando á cada paso el camino con sus muertos y heridos, se vió forzado á rendir las armas, á dos leguas de Huesca, el 17 de octubre, como á las tres de la tarde.

El general Musnier habia regresado volando á Zaragoza al saber la correría de Mina, y enviado para sostener y socorrer el batallon italiano cuantas fuerzas tuviera al momento disponibles. Por su parte, el general Reille habia destacado tambien cuatrocientos caballos desde Navarra hácia Exea. Pero todos estos socorros llegaron sobrado tarde, y no pudieron impedir una tan funesta catástrofe. En medio de las columnas que le amenazaban, supo Mina evitar todas nuestras combinaciones y movimientos por la habilidad y presteza de los suyos propios, y capitaneando su tropa al traves de las Cinco-Villas y de la Navarra, condujo nuestros prisioneros hasta la Biscaya, en donde los hizo embarcar con direccion á la Coruña.

Todas estas noticias funestas relativas al Aragon hubo de saberlas el mariscal, en el momento mismo en que debía de luchar, delante de Sagunto, con mucho mas graves dificultades, que no solo retardaban su expedicion contra Valencia, si que hacian aun muy dudoso el desenlace y éxito final de su empresa. Hubiera sin duda querido llamar á su campo y cerca de sí la division Severoli; pero se vió precisado á dejarla en el Aragon, á la disposicion del general Musnier, quien la estableció y apostó en una y otra orilla del Ebro. La brigada Bertoletti pasó á las Cinco-Villas, y restableció la comunicacion de Zaragoza á Francia, por Jaca, y la del general Mazzucheli marchó hácia Calatayud y Daroca, con el encargo de no dejar acercar al enemigo. En el fuerte de Molina teniamos una pequeña guarnicion, que fue sitiada desde el 14 de octubre hasta el 24, y á cuyo frente se hallaba el capitán Brochet del 44, que habia opuesto la mas heróica y decidida resistencia, contando justamente con que seria socorrido. En efecto, el general Mazzucheli se puso al momento en marcha para ir á libertarle, bien que antes de llegar á dicho punto, tuvo que combatir con todas las fuerzas reunidas del Empecinado, en Cubillejo de la Sierra. Allí encontró cinco mil hombres en posicion, que le cerraban todo paso; pero los atacó, los arrolló y los forzó á huir. El

primero de línea italiano y los cazadores reales dieron muestras en la accion del mas distinguido valor: los gefes de batallon Sala y Dolder, y muchos otros valientes murieron en el campo de batalla. El general Mazzucheli llegó á Molina el 25 de octubre y libertó la guarnicion asediada, y creyendo que dicho fuerte no merecia ser conservado, le hizo volar, y se trajo consigo el destacamento con su capitán Brochet.

II. Durante el sitio de Sagunto, el mariscal habia representado enérgicamente al mayor general la alta necesidad en que se veía de prontos y efectivos refuerzos, no solo ya para proteger el pais á su espalda, si que para llevar á cabo la tan difícil operacion en la que estaba ya empeñado. Y despues de la victoria de Sagunto, aun insistió de nuevo, y con mucha mas fuerza, haciendo conocer cuan ventajoso seria el aprovechar los momentos para atacar Valencia, y pidiendo que se pusiesen á su disposicion los medios oportunos al intento. Sus representaciones fueron justamente apreciadas y acogidas; pero el efecto de ellas no se hizo sentir y se prolongó hasta el mes de diciembre. El general Reille solo habia recibido la orden de apoyar la division Severoli en el Aragon, ó de estar preparado para el caso. El general Decaen acababa de reemplazar en el mando del ejército de Cataluña al mariscal Macdonald, y se veía detenido

y embarazado en la alta Cataluña, porque el acarreo de las provisiones á Barcelona era una necesidad como perene, y que se renovaba á cada paso.

III. Y sin embargo, y mientras esperaba le llegasen los refuerzos que con tan vivas ansias solicitaba, el mariscal no podia perder su tiempo en la inaccion. Dueño ya de Sagunto, quiso establecerse en presencia misma de Blake, y amenazar algo de mas cerca á Valencia. Dió, pues, la orden al general Harispe de adelantarse y de hacer un fuerte reconocimiento con toda su division, con el objeto de cerciorarse sobre cuales eran las posiciones que en la actualidad ocupaba el ejército vencido, encargándole al mismo tiempo el hacer una intimacion á los habitantes, no ya con la esperanza de que estos aceptasen una capitulacion, sino para juzgar mejor y poder apreciar el grado de entusiasmo que la poblacion conservase aun, y proporcionarse un medio de poder renovar algun dia y mas tarde estas mismas proposiciones con alguna mas autoridad. Porque el mariscal, al presentarse á la vista de una ciudad tan populosa, opulenta é industriosa, estaba muy lejos de pensar en hacer uso solo de los medios de destruccion que la guerra ofrece, para apoderarse de ella. El interes mismo de su ejército le inspiraba la necesidad de obrar con una cierta dulzura y con-

sideracion, porque los recursos y medios del rico pais de Valencia estaban y se veían concentrados, en gran parte, en la capital. La intimacion no produjo efecto alguno; pero á pesar de la exaltacion á que hubo de librarse dicha Capital, no se preparó sin embargo á una defensa como la de Zaragoza. Con respecto al ejército acampado al rededor de sus murallas, se disponia y se ponía en estado de disputarnos la conquista: fuerza nos era aun el recurrir á una batalla y á un sitio, circunstancia que exigia por nuestra parte una considerable reunion de fuerzas. En los primeros dias del mes de noviembre, no solo no habia recibido refuerzo alguno el ejército, si que se hallaba con una baja de dos mil hombres, los mismos que se habian destacado para escoltar los prisioneros del 25. Sin embargo, el mariscal hizo adelantar las divisiones que desde el 26 de octubre ocupaban Liria, Bétera, Alvalate y el Puig, y el 3 de noviembre el general Harispe se estableció en Paterna. La division Habert se apoderó del arrabal de Serranos, y con su izquierda ocupó el grao ó puerto de Valencia. La brigada de reserva, la division Palombini y la caballería se acantonaron en segunda línea.

Por la simple inspeccion de las localidades se echará de ver, que los dos ejércitos estaban bien próximos y como en vista el uno del otro. La

ciudad y los campamentos enemigos bordaban la orilla derecha del rio, y solo nos nos separaba el cauce ó madre de este. El enemigo habia cortado dos de los cinco puentes de piedra que le atraviesan; pero conservaba por delante de ellos y en la orilla izquierda algunas casas del arrabal y los conventos de San Pio Quinto y de Santa Clara. En los otros tres puentes se habian construido algunas obras que los ponian al abrigo de un golpe de mano ó sorpresa, y que podian servir de desembocadero ó salida contra nosotros. Nuestra posicion, á derecha é izquierda, se extendia como unas dos leguas, y las tropas que la ocupaban eran harto poco numerosas y se encontraban sobrado distantes entre sí, para poder hacer frente por todas partes. El mariscal, pues, se decidió á fortificar su línea con algunas obras defensivas, no ya solo con el objeto de resistir y de oponerse á las salidas de la guarnicion, sino con el de poder abandonar á un pequeño cuerpo de tropas toda la orilla izquierda del Guadalaviar, cuando llegase el momento de haber de obrar ofensivamente sobre la orilla derecha, con el grueso de su ejército. Atacóse, pues, á los Españoles que ocupaban aun algunas casas en el arrabal de Serranos, y que defendieron y disputaron el terreno palmo á palmo. A poca distancia del anden del rio, encontramos enteramente de-

molido un antiguo palacio, nombrado el Real, que nosotros habiamos visto y ocupado el año 1810; pero el convento de Santa Clara, edificio elevado que dominaba y enseñoreaba todas las calles vecinas, estaba ocupado por una numerosa guarnicion, que nos opuso una viva resistencia, de modo que hubimos de recorrer á la zapa y á la mina para habernos de acercar á él. Colocamos y cargamos en uno de sus ángulos dos hornillos, cuya explosion nos procuró una brecha suficiente para que nuestra tropa pudiese penetrar hasta lo interior del convento: la guarnicion se puso en salvo y atravesó el rio. Este convento fue de hoy mas otro de los apoyos de nuestra posicion; nuestros tiradores se establecieron en él; las avenidas de las calles se barreararon y cerraron, y se aspillaron y atronaron las demas casas contiguas al anden del rio, de manera á poder molestar con nuestro continuo fuego de fusilería todo cuanto se dejase ver fuera del recinto de la ciudad. Y como nuestros puestos se hallaban asi diseminados, el cañon de la plaza no nos podia hacer un gran daño: fortificamos el convento de la Esperanza, situado casi al frente del puente superior, á fin de apoyar la derecha del arrabal de Serranos: lo propio hicimos con el convento de Capuchinos, á la izquierda; y mas abajo aun, en la misma direccion y hácia el grao, construimos

en el llano tres reductos, delante de los dos puentes inferiores, rodeados de un foso con agua y ligados entre sí con los árboles y ramaje que se talaron al intento. Ejecutamos este trabajo bajo el cañon de la cabeza del puente del mar, y en vista de las líneas que bordaban la orilla derecha del Guadalaviar, entre el Lazareto y el monte Olivete.

IV. Concluida nuestra línea de contravalación en la orilla izquierda, solo nos restaba el preparar los medios de poder pasar á la derecha del rio, y de atacar á Blake en sus acampamentos. Este general, despues de la batalla de Sagunto, habia reunido su ejército en la posicion defensiva que de antemano se habia preparado sobre la orilla derecha. Los canales que se sangran del Guadalaviar para regar la extendida huerta de Valencia, formaban otras tantas líneas multiplicadas de defensa natural, tanto mas temibles, quanto á que su anchura y su profundidad hacen sobrado difícil el paso por ellos. Cerca del punto, en que saliendo de un manantial y origen comun, comienzan á ramificarse y extenderse, es decir, como á una legua y media de Valencia, se encuentra el lugar de Manises. Habíase fortificado, como tambien el lugar de Cuarte y el convento de San Onofre, y con motivo de los atrincheramientos que se habian construido en estos tres puntos, habian llegado

á ser la cabeza de todas las obras defensivas de Valencia. La línea se extendia desde aqui, por Mislata, hasta la Capital. Mas abajo ó hácia la parte inferior de esta se habian ejecutado casi los mismos trabajos, desde el puente del mar y monte Olivete, hasta el Lazareto y embocadura del Guadalaviar. Todos estos atrincheramientos se habian guarnecido con tropa y artillería. La caballería española ocupaba Aldaya y Torrente, para cubrir la izquierda del ejército, é impedir que pudiera llegar á ser rodeado.

V. En el centro de dicha línea, la ciudad de Valencia encerraba y contenia los almacenes y las reservas, y aun estaba ella misma en un estado de defensa harto respetable. Su muralla ó recinto, casi circular, tenia una elevacion de treinta pies y diez de espesor, con un caminito en la cumbre de él, por el cual se le corre todo. Y para suplir á la falta de terraplen, por la parte interior de la muralla, se habian construido de distancia en distancia algunos sólidos andamios, y sobre los cuales se habian colocado algunas piezas en bateria. Al pie de la muralla, y en una parte bien considerable del recinto se veia un foso, lleno de agua, con camino cubierto. Por el lado del arrabal de Ruzafa acababa de construirse un nuevo baluarte, y las puertas todas de la ciudad estaban cubiertas con obras de tierra, en que se habia colocado artillería. Ade-

mas de dichas defensas, la ciudad entera estaba como rodeada de un vasto campo atrincherado, que abrazaba dentro de sí los tres arrabales de Ruzafa, de San-Vicente (de la Roqueta) y de Cuarte. A fuerza de brazos se habia construído en poco tiempo, con tierra, una línea continua de baluartes, reductos y redientes, cuyo foso tenia por tanto doce pies de profundidad, y cuyos talús eran bastante altos y escarpados para no poder subirse á ellos sino con escalas. Dicha línea, partiendo de Ruzafa, venia á juntarse con los atrincheramientos de Monte Olivete: su extension y desarrollo era como de cuatro mil toesas.

Esta era la posicion en que el capitán-general Blake habia establecido su ejército, á fin de inspirarle y de volverle la confianza que el descalabro del 25 le habia hecho perder. Y ademas de los paisanos que se habian llamado precedentemente á las armas, y de las milicias que se habian organizado en lo interior de la Capital, llamó á sí, de todas partes, cuantos hombres y destacamentos podian servirle de refuerzo, y mandó al general Freyre viniese á reunírsele. Por este medio se ponía en estado de juntar aun bajo sus banderas, en bien poco tiempo, como unos treinta mil hombres y cerca de tres mil caballos.

Bien lejos estaba el mariscal Suchet de poder

oponer á su enemigo una masa igual de fuerza, y eso que no solo se trataba ya de presentarle batalla en campo raso, si que de pasar el Guadalaviar en presencia del ejército enemigo, de atacarle en sus atrincheramientos, de encerrarle en la plaza, de embestir despues esta que es de una inmensa extension, y ponerle últimamente sitio. El mariscal, mientras le llegasen las nuevas tropas que habia pedido, se ocupó de la formacion de un parque de artillería considerable. Despues de la toma del castillo de Sagunto, la villa de Murviedro le ofrecia un punto de depósito tan cómodo como seguro, y al momento se hicieron venir de Tortosa todos los acopios y provisiones necesarias á un sitio. Los primeros acarreos comenzaron el 27 de octubre ya, y á beneficio y bajo la proteccion de las baterías establecidas en Benicarló, Oropesa y Benicasi, continuaron siempre por el camino real, hasta que por fin reunimos en Murviedro un tren de sitio de sesenta piezas, abastecidas con setecientos tiros cada una, y tres millones de cartuchos de infantería.

VI. El coronel Millet que se hallaba apostado en Segorbe con el regimiento 121, se vió precisado á ponerse en marcha muchas veces, ó bien á destacar al gefe de batallon Meneau, hácia las montañas de Onda, á fin de dispersar las bandas y partidas que insurreccionaban el pais, y que

amenazaban el camino en las cercanías de Castellon de la Plana. La de un tal Messeguer hubo de dirigirse á Peñaroya, lugar fronterizo del Aragon, por el lado de Morella, y dió ocasion á un acto de vigor que el mariscal Suchet apreció y elogió mucho. Algunos mozos que este gefe quiso arrebatár y llevarse consigo á la fuerza, tomaron las armas, le mataron algunos hombres de la partida y obligaron al resto á huir: dicho lugar solicitó y obtuvo el permiso de armarse. El mariscal se complacia en alentar y en recompensar el zelo que en muchas partes del Aragon no se recataron los habitantes en manifestar, pues no solo habian llegado hasta el punto de abandonar, sí que atacaban ellos mismos las partidas, que nos forzaban incesantemente á sostener una guerra minuciosa, y tan peligrosa como fatigante. Esta disposicion era para nosotros el auxiliar mas útil, en medio de los esfuerzos siempre renacientes de Mina, del Empeinado y de los demas gefes subalternos esparcidos en todo el Aragon. Marchando al socorro de la Almunia, que no pudo salvar, el general Mazzucheli, sostuvo, el 7 de noviembre, con mil y ochocientos hombres, un muy sangriento combate contra todas las fuerzas de Duran, le arrolló y le derrotó completamente con una gran pérdida; la suya consistió también en cerca de doscientos hombres, muertos ó heridos.

El gefe de batallon Bugeaud alcanzó á Campillo y á su banda, el 23 de noviembre, en Monfuerte y Añadon, y le deshizo enteramente. Una partida de caballería enemiga, atacada, cerca de Maynar, por el gefe de escuadron del 4º de húsares Colson, hubo de sufrir igual suerte. A últimos de este mismo mes, la division Severoli hizo un movimiento por el cual se acercó algo mas de nosotros; vino á establecerse en Teruel, en donde se ocupó en preparar algun acopio de granos.

El mariscal, durante este tiempo, se daba prisa en hacer llegar al campo las tropas que habia enviado para escoltar á los prisioneros. La guarnicion de Peñíscola habia querido muchas veces embarazar y molestar nuestras comunicaciones, y recientemente habia pensado en establecer un puesto, con artillería, en una torre á orillas del mar, llamada Torrenueva: un oficial de ingenieros se habia trasladado ya á dicho punto con cien hombres, y entre ellos cuarenta zapadores. Frente á Peñíscola se encontraba acampado un batallon del 114, bajo las órdenes del comandante Ronfort, para contener la guarnicion, y á corta distancia el capitán de artillería Bonafous mandaba la plaza de Torreblanca. Con un movimiento combinado se dirigieron á Torrenueva ambos oficiales, y se colocaron en batería dos piezas de á 8, antes

que el enemigo hubiese recibido por su parte las que esperaba. Se dejaron ver al propio tiempo algunas barcas cañoneras, procedentes de Peñíscola, que venian al socorro de la torre; en esto nuestros granaderos se precipitaron hácia la puerta con un barril de pólvora para hacerla volar; la guarnicion atemorizada se rindió, y nuestras dos piezas obligaron á largarse á las cañoneras: volóse la torre y abandonamos la posicion.

Sobre el borde mismo del Guadalaviar, nuestras tropas, en sus campamentos de la izquierda, tenian constantemente en una alarma continua al enemigo, por medio de pequeños combates de las guardias avanzadas, y entretanto se reconocian los caminos, los canales ó acequias, los vados y todos los puntos favorables á nuestro paso ofensivo hácia la derecha. El capitan d'Outremont se apoderó de una manera brillante de un puesto y destacamento enemigo que se habia mantenido en Liria. En una escaramuza de caballería, á la derecha del rio, hubimos de perder al gefe de escuadron Bordenave y al capitan de húsares Schmitz; el gefe de escuadron de artillería Duchand resultó herido. Las tropas del general Harispe pasaban frecuentemente el Guadalaviar, ya por uno, ya por otro punto. El enemigo no conservaba un solo soldado á la izquierda, y nosotros le acos-

tumbrábamos á vernos frecuentemente sobre la que él ocupaba. Observábamos mas de cerca sus obras, y veíamos que empleaban su tiempo en concluir y perfeccionar sus atrincheramientos; el número ademas de los combatientes enemigos se aumentaba de dia en dia. El mariscal Suchet veía con harto pesar que estos retardos harian mucho mas difícil su operacion; pero se habia formado el plan de no dar sino un golpe decisivo, y al efecto debia de esperar la llegada de los socorros y refuerzos que se le tenian prometidos.

VII. El emperador habia decidido por fin que la division Severoli y la division Reille entrarian en el reino de Valencia, y que se pondrian momentáneamente á la disposicion y á las órdenes del mariscal Suchet: durante su ausencia, el general Caffarelli debia de mantener la Navarra y el Aragon. La division Severoli, compuesta del 1º ligero, del 1º y 7º de línea, y del 1º de cazadores italianos, habia sufrido ya algunas pérdidas, en los combates que hubo de sostener desde que verificó su entrada en el Aragon: pero la division francesa que componian el 1º, el 2º, el 6º y el 8º de línea y el 9º de húsares, era bien numerosa y estaba todavia intacta. Este cuerpo de reserva, á las órdenes del general conde Reille, se elevaba en todo á cerca de catorce mil combatientes, divididos en veinte

dos batallones y seis escuadrones, con cuarenta piezas de campaña y el ganado correspondiente para su acarreo. Pero cuando recibió la orden de marcha, el 21 de noviembre, ni estaba reunido dicho cuerpo, ni pronto á maniobrar. La brigada Bourke se encontraba á la sazón entre Zaragoza y Jaca, para escoltar los prisioneros hasta Francia: la brigada Pannetier habia salido para la Castilla, por recomendacion del general Dorsenne que la habia llamado hácia dicho punto. Al regresar á Navarra, el general Reille le dió la orden de dirigirse á Zaragoza, y reuniendo á sí la brigada Bourke, volvió á ponerse en camino el 10, con dirección á Teruel, en donde le esperaba el general Severoli. Pero en dicho punto se vió forzado á detenerse algun tiempo, con motivo de haber de observar los movimientos del conde del Montijo y del general Freyre, que dirigian sus fuerzas hácia las montañas de Cuenca. Mas habiéndose destacado desde Madrid y llegado á dicho punto un cuerpo de tropas francesas, para desembarazarle, el general Reille continuó su marcha, y llegó el 24 de diciembre á Segorbe. El mariscal Suchet pasó á dicha ciudad para revistar las tropas, y quedó en extremo satisfecho al ver su estado de organizacion y el buen espíritu que las animaba: y sin esperar la brigada Pannetier, que venia aun á cierta distancia á retaguardia,

resolvió el reunir las á su ejército y colocarlas al momento en línea.

Con este motivo el mariscal se encontró á la cabeza de treinta y tres mil hombres*, con corta diferencia, y se creyó en estado de embestir Valencia, y de acorralar y encerrar el ejército español en sus líneas, objeto primario en consideracion al cual no habia cesado de reclamar un aumento de fuerzas considerable, antes de comenzar á operar. El emperador que dirigia ya sus miras hácia la guerra de Rusia, habia abrazado la idea que se le habia hecho presente, á saber, que la toma de un ejército español todo entero sería un gran paso hácia la sumision general de la Península. Y al efecto, al paso que ordenaba el movimiento del general Reille, prescribió al mismo tiempo al mariscal Marmont, que mandaba el ejército de Portugal situado á la sazón en Estremadura, el enviar un cuerpo considerable hácia Murcia, al traves de la Castilla y la Mancha. Pero como el mariscal Suchet no conocia á punto fijo ni la época ni la direccion de dicho cuerpo, no pudo contar con él para sus combinaciones, y con solo saber que el general Darmagnac se habia dejado ver hácia Cuenca, juzgó habia llegado ya para su ejército el momento de operar, tanto

* Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 25.

mas que el general Freyre no se habia reunido aun con Blake en su campamento. Este general en gefe no podia menos de saber al minuto los recientes movimientos de nuestras tropas, y en consecuencia, era de nuestro interes el no dejarle tiempo alguno de poder prepararse contra las disposiciones, que la llegada de un refuerzo, que habia ya tanto tiempo que esperábamos, nos ponía ya en el caso de ejecutar. Al general Reille se le dió la órden de dirigirse hácia Liria con una marcha forzada, y desde este punto, al frente del lugar de Ribaroja.

VIII. El ejército debia pasar el Guadalaviar por cerca de dicho lugarejo, y á fin de evitar, en la orilla derecha, aquel como laberinto de canales y de grandes acequias, habíamos escogido un punto superior al en que nacen ó se derivan aquellas del rio, á fin de que apoderándonos, al establecernos sobre la derecha, de las esclusas ó compuertas que dan entrada al agua, quedasen privadas de esta y mas transitables. En la noche del 25 al 26 se construyeron dos puentes con caballetes para el uso de la infantería, y algo mas lejos, otro de barcas, para la artillería y la caballería. Montados á la grupa de nuestros húsares, pasaron el vado doscientos volteadores, que debían proteger á nuestros trabajadores y forzar á los puestos españoles á alejarse. Se replegaron estos en efecto, segun ya

lo habian hecho antes á menudo, y durante la noche no parecieron concebir sospecha alguna de nuestros preparativos. El general Harispe pasó el primero los puentes con su division, siguiéndole poco despues la division Musnier, y el general Boussard con la caballería. Mas á pesar de toda la diligencia posible, las tropas no se vieron reunidas y formadas sobre la orilla derecha antes de las ocho de la mañana. El cuerpo del general Reille, que durante cerca de treinta horas habia marchado de dia como de noche, no habia llegado aun á nuestros campamentos de la orilla izquierda. El general Ferrer ocupaba el arrabal de Serranos y los reducidos con las tropas napolitanas, y tenia orden de mantenerse sobre la defensiva, y de contener solamente á los que intentasen salir y desembocar por los puentes. A la division italiana, acampada entre Benimamet y Campanar, se le habia dado el encargo de atacar los atrincheramientos de Mislata. La division Habert, reunida en el grao, debia de atacar los del Lazareto y las líneas, hácia Monte Olivete. Estos dos ataques debían llamar en gran parte la atencion del enemigo, y ocupar una porcion bien considerable de sus fuerzas, mientras que nuestra ala derecha, por un gran despliegue y movimiento, se dirigiria hácia el camino real de Madrid, y desde este, hasta el lago de la Albu-

fera, á fin de cortar al ejército de Blake toda retirada hácia las orillas del Xucar. Y nos importaba tanto mas el obrar con celeridad, quanto á que el ejército español, viendo de dia claro la direccion de nuestra ala y recelando el verse encerrado en sus líneas, podia cambiar de posicion, sin que nosotros hubiésemos podido impedirlo.

IX. La division Harispé y la caballeria recibieron la orden de marchar hácia Torrente y de atravesar el barranco. El cuerpo del general Robert permaneció en reserva, esperando que el general Reille llegase. Delante de las columnas del general Harispé marchaba, como vanguardia, un escuadron de húsares, y como todo aquel terreno se ve tan cubierto de árboles que apenas puede distinguirse objeto alguno á una corta distancia, el escuadron vino á caer en medio del grueso de la caballeria enemiga hácia Aldaya, y cargado por esta, se replegó derrotado sobre nuestra infanteria, que se iba adelantando en buen orden. La caballeria enemiga se estrelló contra nuestras masas; pero el intrépido general Boussard que marchaba con el escuadron, y que se habia esforzado en vano en sostener la retirada, habia quedado herido sobre el campo de batalla y en poder del enemigo. Su ayudante de campo Robert y muchos otros húsares murieron en el sitio, por haber

querido cubrir con sus cuerpos á su general. Pero en esto nuestra caballeria se precipitó contra la de los Españoles, la derrotó y le siguió el alcance hasta Torrente: libertamos al general Boussard, y aun hicimos algunos prisioneros.

Un vivo fuego de fusileria se viera en el entretanto empeñado sobre los bordes del Guadalaviar. Con arreglo á las órdenes que se le habian comunicado, el general Palombini, á las diez de la mañana, puso en movimiento sus tropas, á fin de atravesar el rio y las acequias que le separaban de Mislata, ocupado por la division de Zayas. El 2º ligero italiano pasó el primero, por sobre la estacada de un molino; en seguida, el general Balathier hizo pasar algunos volteadores de la otra parte de la acequia de Favara, mientras que el capitán Vacani se daba prisa en establecer un puente, por el cual pasó por el pronto el segundo ligero, y un momento despues el 4º de línea que marcharon hácia adelante, á pesar de cuantos esfuerzos hizo el enemigo para rechazarlos. Al propio tiempo, y bajo la proteccion de la artilleria que teniamos en batería en la orilla izquierda, el coronel Henri comenzaba otro puente sobre caballetes en el Guadalaviar; pero la brigada Saint-Paul, impaciente de llegar al sitio del combate, se lanzó hácia el rio, y con agua

hasta la cintura marchó en derechura contra los atrincheramientos de Mislata. Mas hubo de atajarla la grande acequia, cuya profundidad y escarpe por esta parte eran de mucha consideracion. El capitan Ordinari trató tambien de establecer un puente en este mismo sitio. Pero el enemigo dirigió un tan vivo fuego contra nuestra columna, antes que pudiese pasar al todo y desplegarse, que se desordenó un momento, y aun cejó y retrogradó hasta el Guadalaviar. El general Palombini reunió y formó de nuevo su tropa, y logró conducirla por segunda vez al combate, en el momento mismo en que Zayas iba á emplear todos sus esfuerzos contra la brigada Balathier. El 5º y 6º de linea italianos, animados por el ejemplo de sus gefes y en vista del riesgo que sus camaradas corrian, atraviesan la acequia con una bien notable intrepidez, y van á formarse en batalla á la izquierda del 4º de linea y del 2º ligero. Algunos cuerpos de reserva, dirigidos por el mismo general Blake, iban ya á tomar parte en el combate no menos, en cuyo caso el éxito final de este hubiera sido aun muy dudoso; pero al propio tiempo Manises y Cuarte se veían atacados ya, y forzada por su izquierda la línea entera de los atrincheramientos españoles.

Cuando las tropas del general Reille hubieron de haber llegado á retaguardia del general Ha-

rispe, continuó este su movimiento hácia Cartarroja, mientras que el general Musnier hacia atacar vivamente la posicion de Manises y de San-Onofre. Las divisiones Villacampa y Obispo mandadas por el general Mahy, que habia sido llamado como auxiliar á Valencia, y que sin duda pensaba ya en como se retiraria, dichas dos divisiones, repetimos, no defendieron aquella posicion con la obstinacion y la porfia con que Zayas habia defendido la de Mislata. Los regimientos 114, 121 y primero del Vistula forzaron los primeros atrincheramientos, y se dirigieron hácia Cuarte, que el enemigo evacuó prontamente, con el objeto de retirarse por el camino real de Murcia ó de Madrid. Las tropas del general Reille, que venian llegando por el camino de Chirivella, alcanzaron aun la cola de la columna, é hicieron algunos prisioneros. A beneficio de estas disposiciones, la posicion de Mislata, en que el general Palombini se veia empeñado aun, se vió al punto desembarazada, y pudo hacer un movimiento hácia adelante: los Italianos de Palombini hubieron de saludar y dar la bien-venida á sus compatriotas de la division Severoli sobre el campo mismo de batalla. Blake, separado ya de los generales Mahy, Obispo y Villacampa, se vió forzado á renunciar al proyecto de dirigirse hácia el Xucar, si todavez él hubo de concebirle, y con los generales

Carlos O-Donell, Miranda, Zayas y Lardizabal, regresó á su campo atrincherado y á la capital, que no se atrevia á abandonar ó á dejar sin defensa. El mariscal por su parte habia ido á encontrar la division Harispe, que habia hecho marchar desde Torrente en derechura á Catarroja, con el objeto de rodear y cercar el ejército español. El general Mahy habia ya ganado con tiempo y emprendido su marcha por el camino de Alzira, y solo pudimos alcanzar algunos rezagados, y parte de los bagages y de la artillería. Nuestras tropas, sin desviarse ni perder de vista el objeto principal, continuaron su marcha, cerrando así el paso entre ellas y la ciudad á todo cuanto no habia podido escapar ó ponerse en salvo con tiempo, y solo hicieron alto al llegar al parage que por esta parte formaba la cola ó extremidad del campo de batalla, esto es, sobre el borde del gran lago de la Albufera.

Sin embargo, el complemento de esta gran maniobra dependia aun de la operacion que se habia confiado al general Habert, quien habia recibido la orden de atravesar el rio, cuando viera fuertemente empeñado el ataque del general Palombini. Ademas de las treinta y seis piezas de campaña que llevaban consigo las divisiones, se habian establecido veinte, en posicion, en la orilla izquierda, á fin de auxiliar y

de proteger el paso del rio, por la parte superior como por la parte inferior de la ciudad. El general Habert, pues, despues de haber cañoneado vivamente tanto la flota como las líneas enemigas y establecido un puente volante en la embocadura misma del rio, se puso en movimiento con su division, al medio dia, y marchó contra los Españoles, bajo un fuego terrible de artillería y de fusilería. Habia destacado delante de su columna unos cien caballos, que llevaban á su grupa otros tantos volteadores, y quienes se colaron hácia lo largo de la estrecha playa, por fuera del lazareto, y rodearon y atacaron por la gola ó espalda los atrincheramientos que la division embestia por su frente. Los Españoles no hicieron una gran resistencia, y nuestras tropas se alojaron en ellos al momento. Y con arreglo á sus instrucciones, el general Habert prolongó su movimiento, dejando su derecha apoyada al rio, y con su izquierda vino á darse la mano con la division Harispe. Un camino estrecho y harto difícil entre la Albufera y el mar, y cuya existencia no nós era conocida, prestó aun paso libre á una columna española que se dirigió por él y llegó á Cullera, en la embocadura del Xucar. Pero tanto este camino de traviesa, como el gran camino real quedaron interceptados, desde el punto mismo en que todas

nuestras tropas quedaron establecidas en las posiciones en que debian campar. Al cerrar la noche estaba ya completamente terminado el embestimiento de Valencia por una y otra orilla del rio, y las dos terceras partes del ejército de Blake, es decir, cerca de veinte y mil hombres quedaron encerrados en dicha capital.

No nos restaba hacer otro, que el cerciorarnos y asegurarnos de cuales podrian ser las intenciones del general Mahy y de las tropas que se habian retirado hácia el Xucar. El mariscal hizo partir en la noche misma al general Delort con los dragones del 24 y quinientos volteadores hácia Alzira, mientras que por otra parte destacaba al coronel Cristophe, con trescientos húsares, hácia Cullera. Al coronel Alphonse de Colbert, que mandaba el 9º de húsares, se le destacó con su regimiento hácia Chiva y Buñol, por el camino de Cuenca. Los coraceros permanecieron en nuestro campo, como cuerpo de reserva, mientras que las divisiones de infantería, formadas en dos líneas, estaban en disposicion de poder hacer frente por todos lados. El general Delort encontró al general Mahy en Alcira, con tres ó cuatro mil hombres y en una posicion bien defendible, en medio de una isla, y con una cabeza de puente armada y artillada. Mas el general español evacuó la ciudad á los primeros fusilazos, y los habitantes se apre-

suraron á auxiliar y hacer entrar á nuestros soldados. El general Villacampa que ocupaba Cullera, se retiró y alejó, cuando nos acercamos nosotros, y se reunió despues con Mahy en el camino hácia Alicante. El coronel Colbert regresó al campo con un ciento de prisioneros.

El resultado de la jornada del 26 fue la toma de veinte y cuatro cañones, de algunos cientos de prisioneros, y la embestidura de una gran plaza que contenia y encerraba en su seno todo un ejército: á nosotros hubo de costarnos aquella como unos cuatrocientos hombres, entre muertos y heridos, de la division de Palombini casi todos, y entre ellos, cuarenta oficiales. El combate de Mislata, que influyó poderosa y felizmente en la victoria de aquel dia, hizo mucho honor al valor italiano. El coronel Barbieri murió gloriosamente á la cabeza de su regimiento. Por parte de los Franceses, el general Boussard resultó gravemente herido, segun ya lo hemos dicho; mas por fortuna ninguna de sus heridas era mortal. El mariscal, sobre todo, hubo de hacer en este dia una pérdida que le fué en extremo sensible, á saber, la de su jóven primo Adolphe de Villeneuve, oficial de grande esperanza que mandaba los húsares de su escolta, y á quien mató uno de los últimos fusilazos que se dispararon en esta jornada*.

* En el momento decisivo de la batalla, y cuando el maris-

La ocupacion de Cullera, de Alcira y de Alherique bastaba sin duda para asegurar el frente del ejército, por el lado del Xucar; algunas tropas que habiamos apostado y dejado en observacion sobre esta linea, cubrian perfectamente el sitio de Valencia. Pero como las fuerzas enemigas habian desaparecido al todo, el mariscal se decidió á hacer adelantar las suyas, á fin de aprovecharse y de utilizar los recursos de un pais rico y fértil. Hizo, pues, marchar al general

cal Suchet acababa de lanzar hácia el camino real de Madrid las columnas del general Harispe y con el objeto de encerrar á Blake dentro de sus líneas; y cuando hacia adelantar al mismo tiempo las tropas de los generales Reille y Musnier para socorrer al general Palombini, desmontó del caballo en el lugar de Chirivella y subió á la torre de las campanas, y contempló rápidamente desde aquella altura todo cuanto se pasaba á la derecha y á la izquierda del Guadalaviar. Precisamente, en el momento mismo llegaba á Chirivella un batallon español, que retirándose del campo de batalla en que combatian los Italianos é incierto en su marcha, creyó sin duda poder regresar á la plaza por este camino. Nuestra infantería no habia llegado aun á este punto, y la sola tropa nuestra que allí se encontraba era el peloton de escolta del mariscal, compuesto de unos treinta caballos, entre húsares y coraceros. Montaron á caballo al minuto: los ayudantes de campo se precipitaron á su cabeza, y una carga impetuosa preservó del peligro que corrió, durante algunos minutos, el general en jefe del ejército frances. La infantería española se alejó; pero continuó el tiroteo por detras de los fosos y acequias, y hubo de herir á mucho de los nuestros. En dicha carga se distinguió muy particularmente el ayudante de campo Mayr de Baldeg, como tambien el capitán de estado mayor d'Herouville, y el jóven de Villeneuve, comandante de la escolta: estos dos últimos resultaron heridos mortalmente.

Delort hácia Játiva ó San Felipe, que ocupamos el 29 de diciembre sin haber de disparar un tiro, y allí encontramos un millon de cartuchos y una grande provision y acopio de arroz. La poblacion de dicha ciudad que asciende á unas quince mil almas, recibió y acogió nuestras tropas con el mismo zelo y buena voluntad que lo habia hecho la de Alzira; disposiciones de un bien favorable agüero con respectó á la próxima sumision del pais y reino de Valencia.

Las tropas del sitio camparon en torno de la plaza, como á la distancia de algo mas de seiscientas toesas de sus obras, y en el orden siguiente. La division Habert, que formaba la extrema derecha, se apoyaba al Guadalaviar. A su izquierda se hallaba apostada la division Harispe, ligada con la primera por medio de algunos puestos intermediarios, y que se extendia hasta la gran carretera de Madrid. Continuaba la linea, á la otra parte de esta, el cuerpo del general Reille, cuya derecha la formaba la brigada Bourke: la division Severoli, á su izquierda, se daba la mano con la division Palombini, ahorcajada, por decirlo asi, sobre el Guadalaviar, con una brigada en Mislata, y la otra en Campanar. Y para asegurar mas la orilla izquierda, casi desguarnecida despues de la batalla, las tropas de la division Musnier se dirigieron, el 27 de diciembre, hácia el arrabal de Serranos y

carretera real de Murviedro. Cuando el general Blake hubo de verse encerrado en Valencia, formó el proyecto de salir de dicha ciudad al frente de quince mil hombres, en dirección hácia las montañas, para bajar despues á molestartos en nuestras operaciones del sitio. En la noche, pues, del 28, atravesó el puente superior, adelantándose sobre la izquierda del Guadalaviar. A vanguardia marchaban unos trescientos hombres, tanto de infantería como de caballería, mandados por el brigadier Michelena, que arrollaron nuestras guardias avanzadas, pero que dieron la alarma á toda nuestra línea. Mas como la columna iba marchando por un camino hondo, al borde de una grande acequia, los primeros pelotones que se dirigieron allá volando, pudieron detenerla y atajarla con facilidad, al menos, el grueso principal, porque la vanguardia logró romper y ganó la campaña. Los restantes se vieron forzados á cejar y pasar de nuevo el puente, no sin alguna pérdida. Esta malograda tentativa hubo de ocasionar algun desaliento en la ciudad, y desde el dia siguiente comenzaron á llegar á nuestros campamentos desertores en número considerable.

X. El mariscal creyó debia de reforzar las tropas de la orilla izquierda, y como la brigada Pannetier, que el general Reille habia dejado muy atras al partir del Aragon, acabase de lle-

gar á Murviedro, se la colocó al momento en línea á espaldas de Campanar, entre Beniferri y Benimamet: el 4º de húsares vino á campar tambien en las cercanías de Burjasot, dó se estableció el cuartel general. En la orilla derecha se construyeron algunas obras para asegurar mejor nuestros campamentos: se trazaron y elevaron dos reductos y se fortificó un convento en los caminos por donde el enemigo hubiera podido emprender el desembocar, y se dispusieron muchos otros atrincheramientos en diferentes puntos, con el objeto de que nos quedase siempre tiempo para ponernos en defensa contra las salidas de una tan numerosa guarnicion, y de la que tan poco distábamos. En la noche del 30 al 31 se presentaron dos mil Españoles, por frente á la division Severoli; el 1º de línea italiano los esperó, casi á quema ropa, y embistiendo contra ellos, los rechazó y los obligó á reentrar en la plaza.

XI. Por nuestra parte, todo estaba pronto para principiari al minuto el ataque regular contra Valencia. La línea fortificada que rodeaba la ciudad, á la derecha del rio, segun lo llevamos ya dicho, formaba una punta á su extremo del Este, por el lado de Monte-Olivete; y como por este frente estuviera casi desguarnecida de fuegos, podia ser batida y tomada de revers, partiendo desde la orilla izquierda. Nos resolvimos

á tentar un ataque contra dicho punto, dirigiendo sin embargo el principal contra la parte saliente que formaba al Sud el arrabal de San Vicente. En la noche, pues, del 1º al 2 de enero, del nuevo año 1812, tres mil hombres conducidos por el general Pannetier, comandante de trinchera, y bajo la direccion del coronel Henri y del gefe de batallon Plagniol, abrieron las paralelas por ambos frentes de ataque, á sesenta y ochenta toesas de la plaza. Nuestros trabajadores fueron muy poco molestados; pero el valiente coronel Henri hubo de morir allí de un tiro, al terminar el perfil ó trazo de los trabajos. El ejército perdió en él un ingeniero tan distinguido por sus conocimientos como por su actividad, que habia sido gefe de ataque en siete sitios consecutivos, y que habia sabido conciliarse hasta un grado eminente la confianza de los soldados. Al dia siguiente se perfeccionó dicho trabajo, y se abrieron algunas comunicaciones hácia la espalda; en las noches siguientes se continuaron abriendo nuevos ramales hácia adelante ó al frente. La artillería que habia hecho venir su depósito principal al convento de San Miguel de los Reyes, se dió prisa á transportar algunas piezas á la derecha del Guadalaviar, á espaldas de los campamentos de los puntos de ataque, y malgrado la continua lluvia que habia hecho casi intransitables los caminos como

las tierras, construyó con pasmosa actividad cuatro baterías contra el frente San Vicente, y otras tres contra el de Olivete. Los Ingenieros cortaron con la zapa el camino real de Madrid, extendieron la paralela, apoyándola á algunas casas atroneradas, y adelantaron los ramales y trabajos hasta bien cerca del contra-escarpe.

XII. El enemigo habia contrariado nuestros trabajos con el fuego de su artillería, al cual se añadió, en la noche del 5, un vivísimo fuego de mosquetería, con el objeto de ocultarnos las disposiciones que estaba tomando en el interior de sus líneas. Pero no tardamos en observar que las tropas españolas evacuaban su campo exterior, y se retiraban hácia el recinto de la ciudad; aprovechamos al punto mismo esta ocasion y circunstancia para escalar y ocupar los frentes de nuestros ataques, sin dar tiempo al enemigo para que los desartillase. El coronel Belotti, á la derecha, y el general Montmarie, á la izquierda, penetraron en las líneas, se apoderaron de los arrabales y se establecieron en ellos: las primeras casas del arrabal, ó calle de San Vicente, *extra-muros*, solo distaban diez toesas del recinto de la ciudad*. Esta jornada hubo de va-

* La facilidad con que se abandonó y con que los enemigos se apoderaron del campo atrincherado, ó sean las líneas exteriores de Valencia, prueba mejor que otro argumento alguno la extravagancia de un proyecto semejante. Por lo demas, no

lernos ochenta y una piezas de artillería : todo el ejército español quedó encerrado en la capital que contenia además una poblacion inmensa. No era nada difícil á los sitiadores el formarse una idea cabal y justa de la confusion que debia de reinar entre los sitiados , en aquellos primeros momentos , sobre todo , de incertidumbre y de temor ; y para aumentar aun este y aquella mas y mas , nuestras baterías de morteros comenzaron á disparar y á arrojar algunas bombas sobre la ciudad , en la noche del 5 al 6. La tropa tomó las armas en todos nuestros campamentos , y se mantuvo pronta á rechazar la guarnicion , en el caso que por un acto de desesperacion in-

fué el general Blake el autor de él , como el señor mariscal Sutchet parece indicarlo mas arriba ; lo fue mucho antes , es decir , en el año 1809 , el general don José Caro , que sin otro mérito que el de un bello nombre que sus mayores habian inmortalizado , se entremetió á gobernar , ó á desgobernar mas bien el reino de Valencia , abusando de los recursos de un tan rico pais con un desenfreno que rayaba en locura. Las *dichosas* líneas costaron sumas inmensas y no menos lágrimas , porque á pretexto de ellas se vejó á los habitantes con multas arbitrarias é imposiciones de toda especie , cuya cuenta , si aun existe , debe de ser en extremo curiosa. Pero el general Caro tenia necesidad de embaucar y de adular al populacho , cuyas algaradas y asonadas sabia promover á tiempo cuando le conviniere no obedecer al gobierno , y á este motivo tan poco noble hubo de deber Valencia sus inútiles líneas , que solo sirvieron para comprometer una inmensa capital que regular y militarmente no era defendible , y para que se perdiese en esta un ejército , que á veinte y cinco leguas de distancia hubiera balanceado con mayores ventajas el resultado final de la lucha.

(Nota del Traductor.)

tentase el hacer una nueva salida. El mariscal escribió al general Blake , á fines de este mismo dia 6 , proponiéndole la rendicion de la ciudad y expresándole el deseo de evitar la ruina de una tan considerable poblacion. El general español contestó negativamente al dia siguiente , añadiendo , *que el 6 , antes del mediodia , tal vez hubiera consentido en cambiar la posicion de su ejército , evacuando la ciudad ; pero que las primeras veinte y cuatro horas del bombardeo le habian hecho conocer bien , hasta que punto pudiera él contar con la constancia de sus tropas y con la resignacion del pueblo.* Pero á pesar de la aparente resolucion de este language , las cosas en el interior de la ciudad estaban pocas ó menos en el estado que nosotros pudiéramos sospechar , y el general mismo nos indicaba involuntariamente su apuro , al darnos á entender que la hubiera evacuado bajo ciertas y ciertas condiciones.

Pero el mariscal no podia en manera alguna consentir ni renunciar á la esperanza de coger entero el ejército español , que queria hacer prisionero ; este habia sido el objeto principal de sus cálculos y de todo su plan de campaña , y aun redobló de esfuerzos para conseguirle : los dias 7 y 8 continuó con igual fuerza el bombardeo. El enemigo se habia hecho firme y obstinándose en defender algunas casas del arrabal de

Cuarte; hubimos aun de atacarle de viva fuerza en el convento de las Ursulinas, y en dicho ataque perdimos al capitán de ingenieros Leviston. Cerca de la puerta de San Vicente ensayamos á abrir un trabajo de minas; pero el enemigo, con su artillería, nos hizo desistir de la empresa. Aun abrimos un nuevo ramal, y nos apoderamos del convento de los Dominicos*. En el espacio de dos dias construimos y artillamos aun cinco nuevas baterias. En una palabra, íbamos ya á batir en brecha la plaza, cuando se presentaron dos oficiales españoles como parlamentarios. El general Blake pedía salir de Valencia y la facultad de retirarse hácia Alicante ó Cartagena, él y su ejército, con armas, bagages y cuatro piezas de campaña. El mariscal no

* El convento de los Dominicos, propiamente dicho, es el vasto edificio, que por su huerto, á la izquierda, se dá la mano con la ciudadela de Valencia, y que por su derecha se liga casi á la Puerta del Real. Y es cosa clara que las Memorias no han podido hablar de él, ni tampoco del convento del Pilar, del mismo Orden de Predicadores, porque ambos se encuentran dentro del recinto de la ciudad. El convento de que aqui se habla es uno de Religiosas Dominicanas, dicho de Belén, que se encuentra frente á la cortina de la muralla que corre entre los Portales ó Puertas de Cuarte y de San Vicente, y en la misma línea exterior que el de San Felipe. El trazo ademas de los trabajos de los Ingenieros, y el ramal que se ve en la hermosa lámina de los alrededores de Valencia, una de las mejores del Atlas, no deja la menor duda en cuanto al convento indicado. Por lo demas, los Franceses parece habian adivinado la parte mas flaca de la muralla, que bien pocos cañonazos hubieran bastado á demoler.

(Nota del Traductor.)

quiso acceder á esta proposicion, y fijó las bases de una capitulacion pura y simple, y en esta insertó un artículo relativo al cange de dos mil prisioneros franceses, detenidos en la isla de Cabrera, en Alicante ó en Cadiz. Al dia siguiente vino el general Zayas á anunciarnos que dichas bases quedaban aceptadas*, y regresó á la

* Este cambio tan repentino de ideas en un general de tanto juicio como Blake, pareceria inexplicable, ateniendonos solo á la relacion del mariscal Suchet. Pero Blake tuvo para ello un motivo poderosísimo, es decir, se vió casi forzado á obrar así, con motivo de una insurreccion popular que algunos fanáticos promovieron en la tarde del siete, y que generalizada ya en parte, hubiera podido ocasionar la ruina total de una tan hermosa y digna ciudad. Los sediciosos quisieron romper por la guardia de respeto que el general tenia á la puerta de la Aduana en que residia, y aun allí mataron de un tiro al teniente de granaderos de Saboya Llanas, que se sacrificó generosamente, queriendo preservar al general Miranda. Se habian propuesto el salir á atacar tumultuariamente á los Franceses en sus campos, capitaneados al efecto por algunos frailes bien conocidos que pretendian mandar mas que el general, y que seguramente no calculaban la sangrienta catástrofe que preparaban á los habitantes de la capital. Con respecto á la deportacion de los Religiosos, ejecutada en virtud de órdenes de París, y de que hablará el mariscal en seguida, deberémos decir aqui en honor de la verdad, que dicho gefe dulcificó, en cuanto dependió de él, tan acerba medida, primero, no comprendiendo en ella muchos cientos de Religiosos, que abandonando sus conventos se habian retirado á sus casas ó á las de sus amigos; segundo, intercediendo para que regresasen de Francia un gran número de ellos, en virtud de ciertas recomendaciones ó informes favorables, y en tercer lugar, recomendando muy especialmente á las autoridades eclesiásticas para que se los emplease en proporcion de sus virtudes y saber, de preferencia al Clero secular, como se verificó en efecto.

(Nota del Traductor.)

ciudad acompañado del general Saint-Cyr Nuges, gefe de estado mayor del mariscal, á fin de concluir la capitulacion en casa del mismo general en gefe Blake. La capitulacion se firmó el 9 de enero por la mañana, y se ratificó de una y de otra parte sin tardanza*.

XIII. Las hostilidades habian cesado desde el momento en que se entablaron las negociaciones: nada deseaba tanto el mariscal como el conservar la capital del reino de Valencia, y el evitar á sus habitantes todos aquellos males de la guerra que no fuesen absolutamente necesarios. En una órden del dia que dirigió á sus tropas, les manifestó á estas cuan completa era su satisfaccion, previniéndoles ademas que nadie debería entrar en la capital hasta el 14. Y durante los cuatro dias que transcurrieron, ésta es la consigna que se dió en las puertas para todo el mundo de afuera, mientras que en los campamentos se pasaban revistas sobre el estado de las armas, vestuario y limpieza en general. Nombróse gobernador de Valencia al general Robert, y para comandante de armas al gefe de batallon Buegeaud, oficiales ambos de una gran capacidad y firmeza, que con solos mil y doscientos hombres, entre granaderos y volteadores, tomaron posesion de la plaza, de sus prin-

* Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 26.

cipales puestos, almacenes y establecimientos, hicieron los preparativos necesarios para haber de reunir y hacer salir el ejército español, para la entrada y alojamiento del ejército frances, conservacion de la tranquilidad pública y repression de todo desórden.

Con la toma de Valencia cayeron en nuestro poder diez y ocho mil doscientos y diez y nueve prisioneros de guerra, y entre éstos ochocientos noventa y ocho oficiales, veinte y tres generales y á su frente el capitan general Blake, y ademas, veinte y nueve banderas, dos mil caballos, ó de la caballería ó de la artillería, trescientas noventa y tres piezas de artillería, cuarenta y dos mil fusiles, ciento y ochenta mil libras de pólvora, etc. El estado de enfermos y heridos en los hospitales de la ciudad ascendió á mil ciento y sesenta y dos. El ejército español salió y desfiló el 10 de enero por el puente superior, y despues de haber dejado las armas, se le dirigió hácia la frontera de Francia. El general conde Pannetier escoltó, con su brigada, una columna de ocho mil prisioneros, que tomaron el camino de Teruel, y otra columna de igual número marchó por el de Tortosa: los dos mil restantes salieron hácia San Felipe de Játiva, en donde esperáramos se realizaria el cange con los nuestros. Con respecto al general Blake, firmado que hubo la capitulacion, deseó alejarse al punto, y en efecto

partió al día siguiente con sus ayudantes de campo, por Zaragoza y á Pau. El ayudante general napolitano Florestan Pepé, que habia servido y distinguióse en los sitios de Taragona y de Valencia, debiendo de partir por llamarle en esta época misma su gobierno, recibió del mariscal la comision de acompañarle hasta la frontera.

XIV. Para impedir que nadie entrase en tentaciones de penetrar en la ciudad antes del día convenido y fijado al efecto, el mariscal mismo dió el ejemplo de permanecer en el campo. Pero el 14 de enero hizo su entrada solemne, al frente del ejército de Aragon, por la puerta nueva de San José, mientras que el general Reille lo verificaba por la de San Vicente con doce mil hombres; y la acogida que los habitantes nos hicieron fue aun mas cordial y afectuosa de lo que nosotros hubiéramos podido esperar. La administracion municipal é interior, protegida por la presencia del general Robert, habia tenido aun el tiempo suficiente para poder tomar ciertas medidas de conservacion, y para dar las providencias oportunas con respecto á las primeras necesidades, sin verse molestada por desorden alguno ni aun por el menor recelo ni temor, en el momento en que ya se hubiera creido inminente una devastacion ó un pillage completo. Renació la con-

fianza y se estableció en seguida y sin esfuerzo alguno la sumision, sin que se viese alterada la tranquilidad pública ni un solo momento. Las autoridades, las corporaciones y los principales habitantes recibieron y cumplimentaron al mariscal en el alojamiento que se le tenia preparado. Por primer acto de gobierno, dicho gefe confirmó el tribunal de los prohombres ú hombres buenos que juzgan diariamente los litigios y contestaciones relativas al curso de las aguas, y cuya sentencia verbal es siempre ejecutoria al instante mismo. Esta disposicion fue recibida con general gratitud, porque en efecto, nada podia presentar y ofrecer un mayor interes para un país, cuya asombrosa fertilidad, que excede todo cuanto se pudiera creer y decir, depende casi únicamente del sistema de riegos.

Se desarmó con extrema facilidad á los habitantes y milicianos que se habian organizado para la defensa del país, y se recogió un gran número de armas, de que el consul ingles Tupper habia formado almacenes, alimentando y fomentando la insurreccion del país, ya con estas, ya con copia de dinero y de escritos. El mariscal dió la orden de que se formase una guardia cívica, compuesta de los propietarios mas ricos, á fin de mantener la tranquilidad interior. Procedióse al arresto de algunos agentes de desórdenes, y de ciertos espías y provocadores que

fueron enviados á Francia, asi como los Frayles y Religiosos, que segun las órdenes procedentes de Paris, debian ser tratados como prisioneros, medida que contribuyó en gran manera á la pacificacion del país. El clero secular fue protegido y el culto honrado y acatado; las iglesias no se cerraron ni un solo dia, y aun vimos, en su capilla, á nuestra Señora de los Desamparados, imagen que los Valencianos veneran tanto, aun la vimos revestida con las insignias de generalísima, las mismas con que el marques del Palacio la hubiera decorado con tanta pompa antes del sitio. El anciano y respetable arzobispo de Valencia, Company, regresó desde Gandia en donde estaba á la Capital y á su silla, y se puso al frente de su clero. Este arzobispo disfrutaba de una renta inmensa, que expendia y empleaba casi toda en limosnas: su presencia y su ejemplo contribuyeron en gran manera á la tranquilidad general.

XV. Al dia siguiente al en que el ejército español habia depuesto las armas, es decir, el 11 de enero, á las diez de la noche, el mariscal Suchet habia recibido una carta del general Montbrun, su fecha de Almansa del 9, que trajo un oficial de estado mayor. Dicho general, destacado del ejército de Portugal, venia avanzando por el camino de Madrid á Valencia, con un cuerpo de tres divisiones, una de las cuales

era de caballería. En su carta anunciaba que el objeto de su movimiento era, conforme á las órdenes del emperador, el hacer una diversion contra el ejército español y proteger de este modo las operaciones del ejército de Aragon; que se disponia á maniobrar, fuese ya para cortar, ó bien para repeler hácia Alicante los cuerpos de los generales Mahy y Freyre que ocupaban Concentaina y Alcoy; que por lo demas, sus instrucciones le prescribian imperiosamente el haber de reunirse al ejército de Portugal del 15 al 20, cualesquiera fuesen las circunstancias en que se pudiese encontrar, ó las órdenes que pudiesen comunicársele. El mariscal le contestó al momento dándole mil gracias por su cooperacion, y envióle copia de la capitulacion firmada en Valencia el 9; y aun lejos de empeñarle á retardar su marcha y regreso, cuya época le habia sido bien sabiamente fijada á un término tan perentorio y tan corto por el mariscal duque de Ragusa, que mandaba en gefe el ejército de Portugal, le disuadió el llegar hasta Alicante. El mariscal temia que dicha plaza, alentada algun tanto por la presencia ó bien por el tránsito por ella de un ejército español, no hiciese y tomase ciertas disposiciones de defensa que hasta entonces habia descuidado, y esto es lo que en efecto sucedió.

XVI. El general Montbrun se adelantó hasta

en vista de la plaza, se limitó solo á enviarle una intimacion y alguna docena de granadas, y volvió á tomar inmediatamente el camino de Madrid. Pero la ciudad de Alicante, pasado el primer susto y libre ya de él, se enardeció mas y mas, y con el objeto de defenderse hizo todos sus preparativos para sostener un sitio, y cuando ya estuviera todo preparado en Mallorca para enviar á Alicante dos mil prisioneros franceses que debian ser cangeados, con arreglo á la capitulacion de Valencia, se mandó suspender de repente dicha medida. Al fin, nos vimos forzados á enviar á Francia los dos mil prisioneros españoles que reteniamos en Alcira, para verificar dicho cange. Tan viva como hubo de ser la satisfaccion que el mariscal se prometia al arrancar á sus compatriotas de la prision en que gemian, tan vivo fue no menos el sentimiento que probó al verse forzado á renunciar á dicha esperanza, despues de haber como exigido y obtenido el consentimiento del enemigo por dos veces: la primera, en su correspondencia con el general Cuesta, de que hemos hecho mérito ya al fin del capítulo XIII; y la segunda, por la conveccion concluida con Blake, que era al mismo tiempo generalísimo y miembro de la Regencia del Gobierno.

XVII. El ejército no tardó en recibir los elogios y las recompensas del Emperador, por

la campaña que acababa de terminar*. El mariscal fue nombrado duque de Albufera, y con el título de dicho ducado recibió no menos la dotacion de las rentas anejas á dicho lago y á las tierras señoriales que dependen de él. La batalla del 26 de diciembre, terminada sobre el borde mismo de la Albufera, fue para el mariscal y para su nombre la ocasion y origen de una ilustracion, que á los ojos de un guerrero saca todo su prez y valía del honor de las armas y de la memoria de un cierto servicio prestado.

* Una parte de dichas recompensas se quedó solo en proyecto: con especialidad, las dotaciones en favor del ejército de Aragon que se anunciaron en el decreto imperial, no llegaron á realizarse.

Véanse las notas y piezas justificativas, número 27.

CAPITULO XVI.

(1812.) I. Ocupacion de Denia. — II. Sitio de Peñíscola. — III. Capitulacion. — IV. Combate de Villaseca y de Altafulla. — V. Retiranse del ejército los Polacos. — VI. Enviase el cuerpo del general Reille hácia el Ebro. — VII. Disminúyese y debilitase el ejército de Aragon. — VIII. El ejército español de Alicante se refuerza. — IX. Entrevista del mariscal y del general Decaen en Reus. — X. Déjase ver una escuadra inglesa. — XI. Combates de Castalla y de Ibi. — XII. Desembarca en Alicante una division inglesa. — XIII. Llegan á Valencia el rey José y el ejército del centro. — XIV. El ejército del mediodía llega á Fuente-la-Higuera. — XV. Los ejércitos del mediodía y del centro marchan hácia Madrid.

El mariscal Suchet, aun antes de haber tomado posesion de Valencia, ya pensaba en lo que le quedara por hacer para completar la sumision de todo el pais. En la época en que hablamos, le habia escrito ya el mayor general: « El Emperador da por supuesto que vos tendréis ya una vanguardia en Murcia, á fin de ponerlos en comunicacion con el 4^o cuerpo, apostado en Lorca. » La toma de Alicante y de Cartagena debia por fin cerrar los dos últimos

puntos y canales por dó se alimentaba la guerra en esta parte oriental de España. El mariscal creyó que el gobierno estaba decidido á dar esta direccion á las operaciones militares, cuando vió que el ejército del Mediodía debia ligarse y combinarse con él para auxiliarle, como lo habian hecho los del Portugal y del Centro. Pero como la marcha del general Montbrun hácia Alicante no hubiera producido otro efecto, que el de que dicha plaza se pusiese en un mejor estado de defensa, el general Harispe, apostado con su division y la brigada Delort mas allá del Xucar, recibió la orden de ceñirse á observar de bien cerca los movimientos del ejército *tercero*, español, y de tomar al mismo tiempo las debidas precauciones contra la fiebre amarilla. Reinaba al presente dicha enfermedad en la provincia de Murcia, y en el año que acababa de terminar habian muerto de ella un gran número de habitantes. El mariscal habia pedido al general D. Carlos O-Donell, cuando se trató la capitulacion, y este general le habia entregado el plan del cordon sanitario establecido sobre el Xucar y mas adelante de dicho rio, y se esmeró con muy particular estudio en preservar el ejército y la capital Valencia de un tan cruel azote.

I. La tercera division, con su general Habert, fue apostada en Gandia, á la izquierda del ge-

neral Harispe : aquel general se apoderó, sin disparar un tiro, de Denia, pequeña ciudad y puerto, protegidos por un castillejo bastante bien conservado y en buen estado; en aquel se encontraron unos cuarenta barcos anclados, y ademas sesenta y seis piezas de artillería. Por el lado de las Cabrillas ocupámos Buñol, y el ejército de Aragon se ligó con las tropas del ejército del Centro.

II. Habiase destacado contra Peñíscola á la division Musnier; pero como los acontecimientos no tardaron en llamarla y hacerla marchar algo mas lejos, se la reemplazó con una division italiana.

El general Severoli se estableció en vista de la plaza, el 20 de enero, con dos batallones de su division, dos del 114 y uno del Vístula. Nuestras tropas se ocuparon al momento en las disposiciones preparatorias del sitio; pero la empresa no dejaba de ofrecer grandísimas dificultades: por la vista solo del local podria venirse en conocimiento de ellas.

La plaza de Peñíscola está situada sobre un peñasco que se eleva en el mar como á unas ciento y veinte toesas de la costa, y con la cual comunica solo por una lengua de tierra de unas treinta de ancho. La ciudad que cubre casi toda la superficie del peñasco, se ve cerrada por todos lados con buenas obras de defensa, y domi-

nada por un castillo que perteneció en otro tiempo á los Templarios, y cuyo terraplen se levanta veinte y cinco toesas sobre el nivel del mar: en el centro de dicha roca se ve brotar naturalmente una fuente de agua viva y potable. Las olas cubren dicho istmo cuando el mar se embravece; y en todos tiempos, un pantano intransitable, que partiendo desde el pie de la montaña se extiende paralelo á la costa, hace en extremo difíciles los establecimientos de un sitio, de manera que este pequeño Gibraltar, como los soldados le llamaban, podia en cierto modo mirarse como inatacable segun el sistema ordinario de trabajos. Y en efecto, ademas de la inundacion, que los Españoles habian aumentado artificialmente, habian cortado tambien el arrecife que atraviesa en parte el gran saladar ó marjal, y que conduce á la lengua estrecha de tierra de que ya hemos hablado, y que precede el solo frente de la plaza que sea accesible por tierra. Dicho frente habia sido reforzado aun con obras y baterías, situadas á diferentes alturas; el resto de la circunferencia de la plaza era con respecto á nosotros y á nuestra situacion absolutamente inabordable. Algunas barcas cañoneras protegian aun la defensa, y los Ingleses, despues que nosotros hubimos de llegar al reino de Valencia, no habian cesado de mantenerse á la vista de Peñíscola y en rela-

cion continua con su guarnicion, que se componia de mil hombres, al mando del general Garcia Navarro. Este era el mismo que fue hecho prisionero en el combate de Falset, en 1810, y que se habia evadido de Francia para venir á tomar las armas contra nosotros.

Resolvímonos, pues, á comenzar los trabajos de sitio despues de un atento y detenido examen, habiendo precedido á aquellos una intimacion á la plaza y un bombardeo. El general Severoli envió un parlamentario, cuyas proposiciones no fueron admitidas. Establecióse, pues, una primera batería de morteros de 12 pulgadas detras de una alturilla redondeada y aislada, á cerca de seiscientas toesas del fuerte, y algo mas arriba del camino de Benicarló que va costeando por el pie de las sierras. Las tropas estaban distribuidas sobre las alturas y playa vecinas, los Italianos á la derecha, el batallon del Vístula en el centro, cerca del tren de sitio, y el gefe de batallon Ronfort, con el 114, á la izquierda, entre el marjal y el borde del mar. En este punto se construyeron algunos atrinchamientos, los cuales, con ciertos puestos y guardias avanzadas ademas, se creyeron bastarian para contener en sus murallas á la guarnicion. El 28 de enero los morteros arrojaron algunas bombas á la plaza. En la noche del 31 de enero al 1º de febrero, el gefe de ba-

tallon Plagniol, seguido de mil trabajadores, abrió una paralela que consistia casi únicamente en faginas y en gaviones, sobre una línea de doscientas y cincuenta toesas de largo, y que prolongándose á espaldas del marjal, rodeaba despues el extremo sud de este, é iba á apoyarse, por la playa, á la orilla misma del agua. El coronel de artillería Raffron se ocupó al momento en construir las baterías de la derecha de la paralela, hácia las alturas cuyo pie baña en esta parte el agua estancada del lodazal. Del 2 al 3 de febrero, y mientras que el bombardeo continuaba con vigor, se adelantaron algunos ramales desde la derecha de la paralela hácia el fuerte, y se procuró ceñir mas y mas el istmo y el frente de ataque. Se concluyeron y se artillaron las baterías con piezas de grueso calibre, y se pusieron en estado de contrabatar la plaza.

Mientras se realizaban y activaban dichos trabajos, un buque que nosotros habiamos armado en el puerto de Denia, habia apresado en el mar una barca que el gobernador de Peñíscola despachaba á Alicante con pliegos para el general comandante español. Y gracias á la presencia de espíritu de un volteador que montaba nuestro buque, se retiraron del agua y se salvaron los pliegos en el momento en que acababan de arrojarse al mar.

Enviaronse estos al momento á Valencia, al mariscal Suchet, quien hubo de cerciorarse con este motivo de la ninguna armonía que existía entre la guarnicion y los Ingleses: el general español Garcia Navarro se expresaba con la mas alta indignacion contra dichos Aliados, que habian exigido de él que les entregase la plaza, y en consecuencia añadía, que preferiria por su parte el someterse á los Franceses y á la suerte misma que ya corria el reino de Valencia y casi toda la España. En vista de estas disposiciones, el general en gefe ordenó al general Severoli que propusiese de nuevo y que ofreciese la capitulacion, y al efecto se envió á Peñíscola al oficial de estado mayor Prunel, con las correspondientes instrucciones. Trató este con el gobernador, y trajo al campo un proyecto en virtud del cual debia de entregarse la plaza al ejército frances, si se acordaba á la guarnicion la facultad de irse á donde le conviniese, al abandonar aquella.

III. Acordóse y aceptóse dicha condicion, y el 4 de febrero tomámos posesion de Peñíscola, en donde encontramos sesenta y cuatro piezas de artillería. Esta tan útil conquista nos hubo de costar sesenta hombres, entre muertos y heridos, con motivo del fuego que el fuerte nos hizo durante los trabajos del sitio, completó la sumision de todo el reino de Valencia, excep-

tuando solo Alicante, y dejó enteramente libre el camino de Tortosa que era nuestra comunicacion principal con la Cataluña y el Aragon. Aun hubo de producir ademas un bien ventajoso y favorable resultado, con motivo de la conquista en la opinion que acompañó la material de la plaza. El general español, despues de haber combatido contra los Franceses como mejor pudo, y viéndose reducido á defenderse ahora de la dominacion inglesa, reconoció francamente el gobierno del rey José, y con igual sinceridad manifestó su deseo, tanto por el acto de la capitulacion como por su correspondencia, manifestó su deseo, repetimos, de ver la España todo reunida bajo de una autoridad protectoriz, capaz de poner un término á sus males, y de repararlos y curarlos. Estos son precisamente, y no otros, los sentimientos que animaron á la mayor parte de los Españoles, conocidos y maltratados despues bajo el nombre y título de *Afrancesados*. Acordes en esta parte con todos los hombres ilustrados, los *Afrancesados* sintieron que era como una necesidad el haber de cambiar la administracion de su pais, tan favorecido por la naturaleza, tan poderoso en otro tiempo, y tan débil y degenerado hoy dia*. Este cambio y mudanza en la administra-

* Esta expresion y *degenerado hoy dia*, no es en boca del

cion y gobierno hubo de llegarles por conducto de una mano estrangera, que por lo pronto relpieron y á que se resistieron todos ellos; pero cediendo en fin á la necesidad, ya solo se ocuparon en sacar el mejor partido posible del

mariscal Suchet una crítica ó censura del gobierno ó administracion actual de la España, como pudiera creerse á primera vista. El mariscal solo quiso consignar aqui un hecho histórico, y en este sentido es sobrado cierto é incontestable, por desgracia nuestra, que la España de 1808 se parecia muy poco á la España de Carlos Primero ó Quinto, y ni aun á la España que nos dejó en 1788 el señor Don Carlos III, de gloriosa é inmortal memoria. Zaragoza y Valencia, ademas, ofrecieron á cada paso al mariscal mil y mil monumentos, que son la mejor prueba de quanto ha debido ganar la España despues de la muerte de Carlos II, con la nueva y augusta Dinastía de los Borbones. Pero una monarquía que ha podido preservarse y libertarse de una ruína total, á pesar de un Godoy, de las revoluciones americanas y de tantos otros acontecimientos posteriores, harto conocidos, debe de contener en su seno un gran principio de vida, y todo nos hace augurar hoy que se piensa seriamente en reparar, y que se repararán en efecto tan acerbos males, y que una tan digna Nacion volverá á ocupar, á la par de las demas de Europa, el rango y lugar que le compete y á que la naturaleza pareció destinarla. Por su calidad de Español, el traductor se debia á sí mismo el añadir al texto esta *Nota*, y aun cree con fundamento que esta explicacion es harto conforme á los principios y sentimientos tan delicados y justos del mariscal Suchet. Para los Españoles, este tan distinguido militar será el primer estrangero que haya hablado de sus príncipes, de su culto, de sus costumbres, de sus leyes, etc., con todo aquel decoro que las conveniencias sociales exigen, y que en sus Memorias no se desmiente una sola vez; y no es esta por cierto una pequeña recomendacion, en medio de las atroces calumnias y amargos sarcasmos con que á cada paso pretenden infamar y deslustrar la pobre España mil y mil escritores estrangeros, y aun tal vez nacionales.

(Nota del traductor.)

estado actual de cosas, y en preparar un mas lisonjero porvenir á su patria. Si ciertas circunstancias que hubiera sido imposible preveer entonces, han desbaratado y echado por el suelo sus cálculos y destruido sus esperanzas todas, este no es por cierto un motivo suficiente para juzgarlos ahora con severidad ó con un parcial disfavor. Los negocios políticos han tomado despues un cierto asiento, y las pasiones han podido calmarse, y sin duda no temerian ya hoy el apelar á la justicia y á la experiencia de sus compatriotas para haber de sincerarse*.

* Los acontecimientos posteriores han justificado en esta parte la alta prevision del señor mariscal Suchet. En España no hay ya la menor prevencion contra los *Afrancesados*, y aun hemos visto en nuestros dias que el gobierno español ha empleado á los comprometidos en este partido en operaciones de la mas alta confianza, y que casi todos ellos se han esmerado en justificar. Todos los Españoles convienen hoy en la idea, de que el partido de los *Afrancesados* fue como hijo de una especie de fatalidad y de circunstancias imperiosas, á que todos los estados y príncipes de la Europa continental habian cedido de antemano. Pero ninguno de ellos aconsejó, provocó ni llamó la dominacion estrangera, y aun casi podrian alabarse de que acreditaron con su conducta la mas perfecta obediencia á su príncipe, y de que sacrificaron sus mas caras afecciones y principios, para impedir la destruccion y ruina completa de su patria. Por lo demas, el órden actual de cosas en España y en Europa no ha dependido de ciertas batallas, alianzas, ó grandes combinaciones políticas, como vulgarmente se cree, si que ha sido el resultado natural y necesario de la guerra de Rusia, con epicion temeraria, y cuya idea original nadie contestará á Napoleon sin duda. ¡*Salutem ex inimicis nostris!* Por lo que respecta á los *Afrancesados*, véase lo que ya dejamos dicho en nuestro Prefacio.

(Nota del traductor.)

Mientras que el ejército de Aragon estuviera ocupado en el sitio de Valencia, el general Lacy se habia dirigido á las inmediaciones de Tarragona con las divisiones Sarsfield y de Eroles, fuese con el objeto de tentar una simple diversion, ó ya tal vez con intenciones algo mas serias contra dicha plaza, que bloqueó estrechamente. Esta novedad no dejó de causar alguna inquietud al mariscal Suchet, que sabia haberse consumido harto imprudentemente en aquella un acopio extraordinario de provisiones reunido alli por orden suya. Y apenas hubo de haber entrado en Valencia, cuando se le informó que los Ingleses se habian dejado ver cerca del puerto de Salou, que llevaban consigo artillería de desembarco, que estaban en comunicacion con el ejército español, y que el general Lacy, apostado en Reus, mantenía ciertas inteligencias dentro de Tarragona. Dió en consecuencia la orden al general Musnier, á quien se le habia destacado por el pronto hácia Peñíscola, de partir inmediatamente á Tortosa, de reunir allí dos mil quintales de trigo, y de marchar con parte de su division al socorro de Tarragona, y con aquella provision ademas. El general Lafosse, que mandaba en Tortosa, debia precederle, adelantándose hasta mas allá del Col de Balaguer, á fin de poder conocer los preparativos y los movimientos del enemigo.

En fecha del 18 de enero, escribió dicho general desde el fuerte de San Felipe, que segun los informes y noticias que habia podido recoger, el ejército español se habia retirado y alejado de resultas de haber sabido la toma de Valencia. Adelantóse aun hasta Cambrils con una bien falsa seguridad, y en vez de dirigirse por Reus, enviando al efecto las correspondientes descubiertas por dicho camino, continuó directamente su marcha por Villaseca, en donde se acampó el 19. Su columna se componia de un batallon del 121 y como de unos sesenta caballos. Y no concibiendo la menor sospecha de peligro alguno, dejó reposar su infantería, y se avanzó rápidamente con su escuadron hasta Tarragona.

IV. Pero el enemigo que estaba siempre en acecho de una ocasion favorable, á fin de poder sorprendernos, aprovechó este momento, y en un abrir y cerrar de ojos acuden presurosos de Reus y de las cercanías de cinco á seis mil Españoles, y rodean el pueblo de Villaseca. El gefe de batallon Dubarry, antiguo é intrépido militar, forma al momento su tropa; quiere romper por el camino de Tarragona, y se ve atajado por fuerzas bien imponentes; prueba á tomar el del Col de Balaguer por donde habia venido, y que ofrecia algunas posiciones excelentes en que poder defenderse; mas una sola compañía logró

salvarse en dicha direccion, en medio de la multitud de enemigos que se presentaban por dóquier. El resto del batallon, rodeado y cortado por todas partes, sostiene un reñidísimo y porfiado combate, rompe y arrolla una primera vez la línea enemiga, y hace trescientos prisioneros. Pero se vió forzado á abandonarlos muy presto, y como las tropas de reserva enemigas se sucedian sin interrupcion las unas á las otras, hubo de sucumbir, atendido el gran número de los contrarios, y se vió forzado á rendirse despues de haber dejado el campo de batalla cubierto con tantos valientes, ó muertos ó heridos. Al oír los primeros tiros, el general Lafosse habia salido de Tarragona con su caballería y seiscientos hombres ademas de la guarnicion: pero este socorro llegó sobrado tarde; el general Lacy se habia retirado ya, llevándose consigo los prisioneros.

V. Este triunfo inspiró, pocos dias despues, á los generales españoles la confianza de marchar al encuentro de nuestro ejército de Cataluña, que bajaba á socorrer y á sacar á Tarragona del peligro que la amenazaba. El general en gefe Decaen acababa de enviar á Barcelona cuatro mil hombres, con el general de division Lamarque. El general Maurice Mathieu salió al punto con esta division, que reforzó aun con tres mil hombres de la suya. El 24, dicho gene-

ral se dirigió directamente y de frente contra los enemigos, en posicion en el lugar de Altafulla, mientras que el general Lamarque maniobró para rodearlos y envolverlos por su izquierda. El valor de nuestras tropas y la precision con que hubo de ejecutarse dicha maniobra, ocasionaron la completa derrota de los Españoles, quienes perdieron como mil hombres y dos piezas de artillería*. Dos dias despues, el general Musnier que llegó de Tortosa, hizo entrar en Tarragona una considerable cantidad de toda especie de provisiones, y relevó y re-

* El parte oficial del baron de Eroles, relativo á dicho combate, concluia en estos términos.

« Debo confesar que los Franceses se han conducido y comportado en esta accion con nuestros prisioneros con una humanidad bien digna de elogios, y que el general Lamarque se ha adquirido mucho mayor gloria por la generosidad que ha mostrado, que aun por el valor incontestable de sus tropas. »

¡ He aquí un homenaje tributado al fin á la verdad, que hace honor al baron de Eroles, y que prueba que no se dejó dominar por el espíritu de partido, que en general hace á los hombres injustos! Pero esta humanidad de que el señor baron habla hoy por la primera vez, la hemos nosotros ejercido siempre. El 3 de diciembre último, nuestros soldados trasportaron á brazo y sobre sus espaldas los heridos españoles, desde Trentapassos hasta Barcelona, y lo mismo hemos hecho en otras mil ocasiones. Todas las cartas ademas que los prisioneros escriben desde Francia anuncian el tan humano y buen tratamiento que allí reciben: y sin embargo, á los prisioneros franceses en Busa y en Cabrera se los trata con la mayor crueldad y hasta llegan á morir allí de hambre y de miseria: ¡ entre Hotentotes se los hubiera acogido mucho mejor! (Extracto del Diario del gobierno de la Cataluña y de Barcelona, en fecha de 11 de febrero de 1811.)

frescó las tropas de la guarnicion ; en seguida se envió á dicha plaza de gobernador al general Bertoletti, militar de un carácter firme y de no menores luces. El mariscal Suchet dió las gracias al general Maurice Mathieu por el tan eficaz y tan oportuno socorro que habia dispensado á Tarragona, y le suplicó continuase en vigilar sobre dicha plaza, previendo y recelando que en lo sucesivo ya no podria hacerlo por sí mismo, en vista del giro que principiaban á tomar los negocios.

VI. Ya en esta época le habian privado las órdenes de Paris y le habian arrancado una porcion bien preciosa de su antiguo tercer cuerpo, á saber, la legion polaca. El emperador preparaba ya entonces su expedicion de Rusia, y llamó para dicha guerra todos los Polacos que á la sazón servian en los ejércitos franceses. El 1º pues, 2º y 3º regimientos del Vístula, que con los destacamentos del 4º y el escuadron de lanceros formaban una division de cerca de seis mil soldados viejos y aguerridos, dejaron y partieron del ejército, en el mes de enero, escoltando una columna de prisioneros hasta Jaca y hasta Pau, á donde llegaron en febrero, conducidos por el coronel Kosinowski. El mariscal sintió mucho el haber de separarse de una tan valiente tropa, y de los oficiales y tan distinguidos gefes que la mandaban. Dió al co-

ronel Kliski la comision de conducir á Paris veinte y dos banderas y las llaves de Valencia. La marcha, sobretodo, del general Chlopiski privó al ejército de un oficial de un raro mérito, y que parecia nacido para ascender aun al primer grado de la milicia.

VII. Hacia la misma época el general Reille se dirigió sobre el Ebro con sus dos divisiones, que hasta entonces habian llevado el nombre de cuerpo de reserva, y que el gobierno designó ahora con el de cuerpo de observacion del Ebro, dándole ademas el encargo de mantener la baja Cataluña y el Aragon. Con este motivo, y á favor de este movimiento, debian ya quedar mucho mas seguras y garantidas las plazas de Tortosa, Tarragona y Lérida, que el ejército español buscaba incesantemente la ocasion de sorprender, no perdonando al efecto medio ni tentativa alguna. Pero el general Caffarelli no se encontraba ya con bastantes fuerzas para poder defender el Aragon y la Navarra contra Mina, Mendizabal, Duran y el Empecinado, que se adelantaban y amenazaban por diferentes puntos. El general Reille se vió precisado á aproximarse algo mas de él, y aun á reemplazarle poco despues. Las brigadas Bourke, Panetier, Abbé y Souliés hubieron de sostener infinitos combates, con resultados ya prósperos, ya menos favorables. Las tropas del gene-

ral Severoli se extendieron por la Cataluña, hácia la orilla izquierda del Ebro. El mariscal recibió poco despues la órden de destacar la division Palombini hácia la derecha, y que hubo de marchar sobre Molina y Calatayud, á fin de repeler hácia la Castilla los generales Montijo, Villacampa y Bassecourt.

VIII. El ejército de Aragon, apostado en el reino de Valencia, se vió privado con este motivo en su fuerza real y efectiva de unos veinte mil hombres, con corta diferencia. Y aunque es muy cierto que en virtud de estas disposiciones sus espaldas quedaron garantidas con fuerzas imponentes, todavía, sobre su propio terreno, el ejército mismo se encontraba reducido á un número de combatientes harto insuficiente para maniobrar contra Alicante y Cartagena. Ni con relacion á este objeto podia ya esperarse la menor cooperacion por parte de nuestros ejércitos del medodia ó del Portugal, porque los Ingleses, tomando la ofensiva, acababan de apoderarse de Ciudad-Rodrigo, y se disponian ya á sitiar Badajoz. Diósele de nuevo al rey José el mando de los ejércitos franceses en España, y al mariscal Jourdan, al vencedor de Fleurus, se le empleó cerca de él, en calidad de mayor general. Con este motivo se multiplicaron las relaciones entre Madrid y Valencia, porque el mariscal Suchet hubo de hacer algu-

nas remesas de dinero y armas á dicha capital. En el estado de reduccion á que se encontró ceñido su ejército, el mariscal no contaba arriba de quince mil hombres efectivos*, y de estos, solo nueve mil hombres de infantería y mil y seiscientos caballos se encontraban presentes sobre las armas y en el caso de operar en línea.

Dichas fuerzas, repetimos, eran harto insuficientes para poder conservar el país, y para imponer y tener en respeto á los cuerpos españoles que se organizaban y rehacian en Alicante y en Murcia, con la esperanza de una cooperacion efectiva por parte de los Ingleses, que ya antes se hubiera anunciado pomposamente, y que en efecto no tardó en realizarse. En el momento mismo en que ya hubiera podido creerse casi pacificada la España, se vió como reanimarse la resistencia y adquirir una mayor extension y vigor que no hubiera tenido hasta entonces. Al mariscal Suchet se le previno que tal vez tendria que marchar hácia Madrid y hácia el Tajo, y el rey José le escribió formase un campamento de ocho mil hombres entre Albacete y San Clemente de la Mancha. Pero el mariscal contestó y representó, que el arrebatarle aun ocho mil hombres mas, era como dejarle

* Véanse las notas y piezas justificativas, n.º 28.

sin ejército; con cuyo motivo el gobierno de Madrid se ciñó á hacerle destacar hácia Requena y Cuenca un cuerpo de mil y quinientos hombres, para reemplazar en dichos puntos al general Darmagnac. Sin embargo, á pesar de una tan considerable baja en sus tropas, el mariscal estuvo en el caso de temer que le llegasen á faltar las subsistencias, porque el tan rico é industrioso pais de Valencia no ofrece en gran copia los artículos mas indispensables, cuales son, el trigo y las carnes. Los soldados recibian tres cuartas partes de un pan mezclado con maiz, y el suplemento en arroz ó legumbres. Para poder asegurar con tiempo el resultado de la próximo-venidera cosecha, hubiera convenido tomar ciertas medidas administrativas y militares, que hubieran exigido imperiosamente la presencia del mariscal en Zaragoza, al menos por algun tiempo; pero vió con harto sentimiento que no le era posible el ejecutar dicho proyecto. Una ligera indisposicion que contrajo mientras se le curaba su herida en Sagunto, se habia convertido, con motivo de las fatigas de la guerra, en una enfermedad grave, que le inutilizaba para todo trabajo y movimiento. Solicitó un permiso para regresar á Paris; pero el Emperador le invitó á no abandonar su puesto, y le envió su primer cirujano el baron Boyer, que llegó á Valencia con su yerno el cirujano

Roux; y gracias á los esmeros y al zelo de estos señores, el mariscal no tardó en recobrar perfectamente su salud, en términos, que dos meses despues pudo ya montar á caballo.

El general Palombini recibió la orden de dirigirse hácia la Navarra; pero antes de partir, habia sufrido alguna pérdida en Ateca y en Pozo-Hondon, y aun con motivo de esta su ausencia, una mitad del Aragon quedó expuesta á las correrías y como á la merced de Villacampa y de Duran: el general Reille dirigió algunas fuerzas á la derecha del Ebro, á fin de reemplazar las de Palombini. El baron de Eroles penetró en el distrito de Benavarre, y sostuvo en Roda un combate sangriento contra el general Bourke. Lacy y Sarsfield se acercaron de nuevo á la plaza de Tarragona con intenciones hostiles y considerable número de fuerzas: pero el general Bertoletti alejó muchas veces á los enemigos, que le estrechaban de sobrado cerca, por medio de frecuentes y vigorosas salidas. En esta época precisamente en que las tropas de la Cataluña apenas si eran suficientes para conservar las plazas de guerra, se quiso organizar el pais en departamentos y en prefecturas, enviándose al efecto para servir estas y para la alta administración algunos consejeros de estado y auditores: esta su mision pacífica hubiera exigido otros tiempos mucho mas tranquilos y circunstancias

mas favorables. Y como ciertas circunstancias imperiosas retuviesen ocupado al general Reille à gran distancia, su mando temporario en la baja Cataluña pasó á manos del general Decaen, y poco despues, el de todo el Aragon y de la Cataluña se reunió bajo las órdenes del duque de Albufera. Este ademas recibió la orden de abastecer bien las plazas de ambas provincias, però sin sacar un soldado de ellas; de mantenerse en el reino y país de Valencia; de ejecutar todos los movimientos que le prescribiera el rey, y de corresponder y entenderse en lo sucesivo con el ministro de la guerra. Hasta entonces, y desde que hubiera entrado en España, todas sus relaciones de alguna importancia habian sido directas con el Emperador, por el conducto y canal del mayor general príncipe de Neufchatel: però estas hubieron de cesar desde el momento en que el ejército grande hubo de ponerse en movimiento para la campaña de Rusia. El mariscal se dió prisa á informar al ministro sobre su posicion. Un ayudante de campo que despachó á Paris logró aun ver al mayor general, y le entregó sus pliegos; la contestacion y la última instruccion que trajo, terminaba como sigue: *Debeis dirigir todas las fuerzas que tengais bajo vuestras órdenes al solo objeto del interes general del país confiado á vuestro mando: esta instruccion venia aun acom-*

pañada de una recomendacion verbal, reducida á solo dos palabras; á saber, *de mantenerse concentrado.*

Y en efecto, las circunstancias no le permitian hacer otra cosa al mariscal Suchet, y aun esta posicion hubo de hacer sobrado dificiles sus relaciones con el rey José, que deseaba vivamente el tener en Madrid una de sus divisiones y aun ver alli al mariscal mismo. Pero este representó, que no le era posible en manera alguna el dirigirse hácia la capital, sin recibir al mismo tiempo la orden de evacuar Valencia, y que aun en este caso mismo, la debilidad y disminucion de su ejército no le permitiria el ponerse en marcha con mas de tres ó cuatro mil hombres, á menos de dejar sus plazas sin guarnicion alguna, cosa que por sí mismo no se atreveria á aventurar y arriesgar sin una orden especial y expresa. Y en efecto, en la posicion en que se encontraban los ejércitos franceses del Centro y del Mediodia, la conservacion de Valencia era sobrado importante, para que el rey, en la ausencia del Emperador, tomase bajo su responsabilidad el retirar de dicho punto al mariscal Suchet, porque el reino de Valencia, con sus plazas fuertes y las de Cataluña, era el punto de retirada natural de aquellos ejércitos en el caso de una desgracia ó reves. De otra parte, militarmente hablando, las provincias

del Sud habian de evacuarse antes que las del Est: la concentracion de los ejércitos del Mediodia y del Norte en Castilla, le hubiera dado una verdadera superioridad sobre el ejército ingles al nuestro de Portugal, y malgrado la toma de Badajoz, lord Wellington no hubiera podido tomar la ofensiva, como en dicha época lo hizo. Pero se aprovechó de este momento, y aun para poder quedar mas expedito y mas libre en sus operaciones principales contra el mariscal Marmont, combinó con la regencia de Cadiz una diversion efectiva contra las provincias del Est, ocupadas por el mariscal Suchet.

IX. El general español don José O-Donell habia logrado reunir en el reino de Murcia como de unos quince á diez y ocho mil hombres, y este ejército, que dos meses antes no habia podido impedirnos el que llegásemos á forragear hasta las puertas mismas de Alicante, habia adquirido harta fuerza y consistencia ya para situarse en posicion en Aspe, desde donde amenazaba nuestra vanguardia establecida en Castalla. En Mallorca y en Alicante, los generales ingleses Rotche y Wittingham se hallaban al frente de sus respectivas divisiones, y aun se anunciaban y esperaban nuevas tropas sicilianas y británicas: una escuadra, ademas, en perpetuo movimiento, hacia temer un desembarco, ya en uno ó ya en otro punto de la costa.

Los pliegos del ministro de la guerra, en fecha del 9 de enero, anunciaban un proyecto de desembarco por parte de los enemigos, y el mariscal tomó sus medidas para haber de combatirlos por dó quiera se presentasen. Cerca de Valencia se hallaba apostado un cuerpo de reserva, compuesto de mil y quinientos hombres de infantería escogidos, quinientos caballos y una batería ligera bien montada y bien servida, con orden de dirigirse rápidamente hácia Tortosa, si el enemigo desembarcaba en los Alfaques, ó entre las bocas del Ebro ó del Guadalaviar. Este cuerpo parecia suficiente para poder atajar en su marcha las primeras columnas, y para dar lugar á que llegasen mas refuerzos. Y en el caso que la flota enemiga se dejase ver frente á las costas de Cataluña, el general De-caen, bien advertido ya, debia maniobrar para impedir y rechazar todo desembarco.

X. Al efecto, el mariscal citó é invitó á dicho general para una entrevista en Reus, el diez de julio, y concertó con él las medidas que en un caso deberian tomarse. La reunion de tropas á que dió lugar dicha entrevista, alejó de la costa al ejército español con su general Lacy; con el motivo de esta noticia no menos cambió de direccion la flota que habia salido de Mallorca, y singló hácia el Sud. El mariscal quedó satisfecho del estado y situacion en que encontró

Tarragona: esta plaza, cuyas obras defensivas se habian destruido y demolido en gran parte, á excepcion del Fuerte-Real y del recinto de la ciudad alta, estaba bien artillada, abastecida y bien mandada sobre todo. Con respecto á ella, ya ninguna cosa tenia que temer; sino un ataque segun todas las reglas, ó tal vez alguna sorpresa, como la que en el año antecedente habia puesto Figueras en manos de los Españoles. La plaza y guarnicion de Barcelona acababan de preservarse y libertarse de un odiosísimo proyecto de traicion, cuyos autores fueron arrestados y sometidos á los tribunales. En la época misma se vió reunirse súbitamente un gran número de tropas españolas, en las cercanías de Lérida, en cuya plaza mantenia el enemigo ciertas inteligencias que han quedado envueltas en el mas profundo misterio. Volóse el almacén de pólvora del gran fuerte, en la noche del 16 de julio, y como unos cien hombres de nuestra guarnicion y un gran número de habitantes perecieron víctimas de dicha explosion, que hubo ademas de abrir una brecha en el baluarte del Rey. La firmeza del general Henriod no se desmintió en un momento tan crítico y peligroso, que podia comprometer la seguridad de la plaza. La guarnicion tomó al punto las armas, y el recinto todo y en particular la brecha se vieron cubiertos de defensores. Los Es-

pañoles no se atrevieron á tentar cosa alguna, y se retiraron y alejaron: el gobernador se ocupó al punto en reparar el descalabro que habia ocasionado dicho accidente.

XI. Al llegar á Valencia, de vuelta de su viage, el mariscal supo que el general Villacampa estaba á las puertas de Liria, y que el general Bassecourt atacaba Cofrentes y Requena. Hizo marchar al punto en dicha direccion una columna, á las órdenes del general Lafosse; mas un momento despues que hubiera partido, se vió forzado á hacerla retroceder, y escribió al general Reille á Zaragoza para que destacase al general Paris hácia Teruel, con el objeto de desembarazar el flanco derecho del ejército. Durante el día 21 de julio, la flota que habia salido del puerto de Alicante se habia dejado ver no lejos de Denia y Cullera, entre el lago de la Albufera y la embocadura del Xucar, y aun se acercó bastante de la costa para que se le pudiesen disparar algunos cañonazos desde los fuertes de esta. El mariscal reunió al punto el cuerpo del general Lafosse y las demas tropas apostadas en las cercanías de Valencia: hizo ademas pasar el 14 de línea desde Alcira á Cullera, y dió la orden para que el 4º de húsares, la artillería ligera y una parte del 1º ligero y del 114 se dirigiesen rápidamente hácia el punto amenazado. El general Gudin, en Denia, estaba na

menos preparado para todo acontecimiento , con el 117. Al anochecer, hubo de cambiar súbitamente el viento, y aun como se hubiese vuelto contrario y sobrado recio, la escuadra entera se largó de la costa durante la noche. El 22, se la veía aun ; pero en un estado de dispersion : nosotros pasamos el día observándola y haciendo las disposiciones necesarias para repeler todo proyecto de desembarco.

XII. Todos estos movimientos por el flanco y á retaguardia de nuestro ejército no tenían mas objeto que el de dividir nuestras fuerzas y el de tenerlas ocupadas á lo lejos , mientras que se proyectaba un ataque directo y por su frente contra el general Harispe, apostado en primera línea en la direccion de Alicante. Dicho general que tenia consigo una reserva en Alcoy, habia adelantado y establecido una brigada en Ibi, á las órdenes del coronel Mesclap, mientras que el general Delort ocupaba con la vanguardia Castalla; y el 21 por la mañana, se dirigió contra dicho lugar el general don José O-Donell, al frente de diez mil hombres, en cuatro columnas. El general Delort se retiró en buen orden, con el 7º de línea, hácia una posicion á la espalda del lugar, mas cercana de Ibi y reconocida de antemano, y despachó al mismo tiempo al orden al 24 de dragones, acantonado en Onil y en Biar, para que viniese á reu-

nirsele, y al coronel Mesclap para que bajase á apoyarle. Pero este se veía atacado ya á su vez por el general Rotche, quien venia á desembarcar con cuatro mil hombres, en dos columnas, por el camino que desde Xixona va atravesando las montañas. Pero le atajó y le hizo contener por los volteadores del 44 y por un peloton de coraceros, á la salida misma del desfiladero, sostenidos aun aquellos por dos cañones colocados en el pequeño fuerte de Ibi, y dejando ademas algunas compañías en reserva, marchó volando hácia el punto á que se le habia llamado. El general Delort, en posicion con su infantería y su artillería, tenia á raya al general español, y esperaba el 24 de dragones que venia marchando por su derecha. La marcha de esta caballería por lo llano hizo concebir á los Españoles ciertos recelos, por lo tocante á su izquierda, y dirigieron contra aquella una batería de cañones. El general Delort toma entonces la ofensiva, se pone en movimiento y ataca con viveza, y marcha hácia adelante á paso redoblado. Al propio tiempo, el valiente coronel del 24, Dubessy, atravesó, bajo el fuego del enemigo, un puente estrecho y sin parapetos, y atacó bruscamente con sus dragones la batería que les disparaba á metralla : acuchillaron estos á los artilleros enemigos y se apoderaron de la batería, y aun dejándose llevar de su propio y

primer ímpetu, rompen y arrollan una brigada de infantería, apostada á corta distancia para sostener á aquella. El general Delort, con todas sus fuerzas reunidas, hostiga y derrota todas las columnas de O-Donell, y las va persiguiendo hasta Castalla. Al llegar á dicho punto, trataron aquellas de reunirse y de oponer una vigorosa resistencia, en las calles mismas del lugar; pero hubieron de ceder de nuevo y echaron á huir en desórden hácia Alicante. El gefe de batallon Herremberger hizo rendir las armas á los últimos fugitivos que quisieron refugiarse en el fuerte de Castalla.

La porcion del regimiento 44, con que el coronel Mesclop habia bajado presuroso á sostener al general Delort, volvió á tomar al punto el camino de Ibi, de que se habia apoderado ya el general ingles Rotche. El coronel Mesclop marcha contra él, le obliga á recular y cejar, le persigue hasta las montañas y le ataca de una posicion en otra: la vista, en fin, del general Harispe, que descendia de Alcoy con el 116, acabó de decidir la retirada del enemigo. Los Españoles, arrollados y vencidos en ambos puntos, se retiraron á Alicante, despues de haber perdido tres banderas, dos piezas de á 8 con el ganado correspondiente, tres cajones y mas de diez mil fusiles. Sufrieron ademas la pérdida de cerca cuatro mil hombres, entre muertos,

heridos y prisioneros, y en el número de estos últimos se contaron cuatro coroneles, cinco tenientes coroneles y ciento veinte y cinco oficiales: es decir, el total de hombres que los enemigos perdieron fue igual al de los soldados franceses que combatieron con ellos. Este tan importante triunfo y suceso le hubimos de deber á la decision y á la rara habilidad del general Delort.

A esta misma época, el general Maupoint, á quien, por órden del rey, se habia mandado apostar en Cuenca con el 16 de línea y cien caballos, fue llamado á Madrid, y la division Palombini que acababa apenas de entrar en Navarra, recibió la órden de marchar hácia el mismo punto.

XIII. Una escuadra procedente de las Islas Baleares, compuesta de doscientas velas, que llevaba á bordo tropas de desembarco, y que la voz pública y ciertos informes hacian ascender á mas de diez mil hombres, se dejó ver en los primeros dias de agosto frente á las costas de Valencia y de Cataluña. Eran dichas tropas una division anglo-siciliana, que conducia desde Palermo el general ingles Tomas Maitland, y del 9 al 10 de agosto, la escuadra desembarcó y echó á tierra en Alicante soldados, armas, municiones y artillería. El ejército enemigo que habia sido vencido y arrollado en Castalla, el 21

de julio, se encontró con este motivo mucho mas numeroso y fuerte de lo que antes habia sido, y tomando de nuevo la ofensiva, adelantó y colocó su vanguardia algunas leguas mas acá de Alicante. Los refuerzos que acababa de recibir explicaban sobrado este cambio súbito de actitud, sin contar que era el resultado al mismo tiempo de la batalla de Salamanca ó de los Arapiles. El mariscal, pues, se vió de nuevo en visperas de haber de ceder terreno ante fuerzas tan superiores, y en consecuencia pidió instrucciones sobre la conducta que deberia de tener, previendo ya el caso de una retirada y la necesidad en que se veria de dejar guarnicion en Sagunto, Peñíscola y Tortosa, lo que disminuiria aun sus fuerzas activas. La posicion del general Harispe en Alcoy y Castalla, y la del general Gudin, en Benidorm y Villajoyosa, no eran ya oportunas; el mariscal, pues, concentró sus divisiones en las cercanías de San Felipe, en donde estableció su cuartel general, porque su intencion era de no volver pie atrás sin combatir, toda vez que el enemigo le atacase solo de frente y que no fuese excesiva la desproporcion de fuerzas. Construyéronse algunas obras de campaña en las cercanías de San Felipe, y un puente ademas de barcas sobre el Xucar, cerca de Alberique, con una cabeza de puente armada y artillada. Reunió en dichas posiciones

como unos ocho mil hombres, é hizo venir del Aragón al general Paris que ocupaba Teruel con dos regimientos; tambien pensaba en sacar un refuerzo de la Cataluña.

XIV. El 19 de agosto, el enemigo que habia ocupado, mas acá de Alicante, el pais de que nos habiamos retirado nosotros, principió á retirarse con alguna precipitacion. Las voces del pais eran de que venia bajando desde Madrid, por la Mancha, un cuerpo de tropas francesas. El 23, nos llegó, por la via de Requena, un destacamento de caballeria con pliegos, en que se nos anunciaba de oficio la pérdida de la batalla de Salamanca, la evacuacion de Madrid y la marcha del rey y de su corte hácia Valencia, con el ejército del centro. El general Harispe recibió al punto la órden de salir hácia Almansa á fin de facilitar dicho movimiento, y el 25 se dieron la mano ambos ejércitos. El mismo dia, el general Maupoint, procedente de Madrid con el 16 de linea y una compañía del 4º de húsares, partió de Cuenca, despues de haber liberado su guarnicion, bloqueada hacia ya diez y ocho dias. Mas cuando se disponia á atravesar el rio, cerca de Utiel, he aqui que Villacampa le ataca de improviso, al frente de cuatro mil hombres. Su pequeña columna, rodeada por todas partes, se defendió con la mayor bizzarria; pero perdió sus bagages, dos piezas de campaña,

y cerca de doscientos hombres, entre muertos y heridos. El intrépido gefe de batallon Ronfort rompió por entre las líneas enemigas, y vino á reunirse con el general, quien despues de haber hecho sufrir á Villacampa una pérdida considerable, logró conducir su columna á Requena.

Las fuerzas que el rey José traía consigo, consistian en la division Darmagnac, compuesta de siete batallones franceses, y cinco alemanes de Baden, de Nassau y de Franfort; en la division Treillard, compuesta de cuatro regimientos de dragones, que en el todo formaban apenas mil caballos; en cuatro escuadrones de caballería ligera de Westfalia y de cazadores de Nassau, y en muchos destacamentos, depósitos ó batallones de marcha, que pertenecian á los ejércitos de Portugal, del centro y del mediodia. Con el rey habia regresado tambien la division Palombini, pero debilitada en extremo, y desmejorada por las marchas continuas y los numerosos combates que habia habido de sufrir despues que se separó del ejército de Aragon, sin mas fuerza que la de seis batallones, que ascendian al todo á unos dos mil y cuatrocientos hombres. El total de combatientes, con arma en mano, que presentaba dicho ejército, inclusa la guardia real y algunos cuerpos españoles de nueva formacion, no excedia de doce mil hombres. Pero el número de militares sin servicio, de no com-

batientes, de empleados, de caballos, de coches, carruages y equipages que acompañaban la columna, aumentó al punto el consumo de subsistencias de cuarenta mil raciones en víveres, y de diez mil de forrages. El mariscal franqueó y abrió sus almacenes, sus hospitales, su caja militar y sus depósitos de armas y parques de artillería, para socorrer las necesidades urgentes del momento, y preparó la salida y marcha, en muchos convoyes, de todo cuanto podia enviarse á Francia. El mando del ejército del centro se reunió en sus manos al del ejército de Aragon, y aprovechando esta coyuntura, pasó las oportunas revistas y organizó los acantonamientos regulares para las nuevas tropas, á fin de mantener la tranquilidad entre los habitantes y asegurarles el orden debido. Estos, en general, bien que en su interior vacilaran tal vez con motivo de los recientes triunfos del ejército ingles, se mantuvieron sumisos, y aun se mostraron benévolos y hospitalarios á la voz del mariscal Suchet. El rey José, fugitivo de su capital, fue recibido á su llegada y entrada en Valencia algo mejor tal vez de lo que se le acostumbra á recibir y obsequiar en Madrid. Las personas de su corte se quedaron en extremo sorprendidas y maravilladas al ver que se podia salir de Valencia sin escolta, y aun correr la campaña y los caminos vecinos, y recibir sin inter-

rupcion las noticias y correos de Francia, sin el menor recelo de bandas ni de guerrillas que infestaban el resto de la España, é impedian por dó quier las comunicaciones. El arzobispo Company y su clero dieron el ejemplo de la fidelidad al soberano que habian ya reconocido. Todas las autoridades fueron conservadas en sus funciones, y el pueblo hubo de ver que no se le aumentaban sus imposiciones ni cargas, por el estudio y cuidado que tuvo el duque de Albufera de repartirlas y de hacerlas pesar, en cuanto las circunstancias se lo permitieron, sobre los recursos generales que su administracion habia preparado despues de la última cosecha.

El ejército ingles habia ocupado Madrid; y este acontecimiento que forzaba á abandonar la Andalucía al ejército del mediodia, daba lugar, por la propia razon, á una nueva concentracion de fuerzas francesas, harto considerable é imponente para poder aun disputar la victoria en el centro de la Península. El rey, al abandonar Madrid, le habia designado al duque de Dalmacia Valencia como punto de reunion y de entrevista; y á menos que lord Wellington no hiciese un movimiento, á una tan considerable distancia, para oponerse á su marcha, lo que no era en manera alguna probable, dicho mariscal debia abrirse paso, sin obstáculo al-

guno, por el reino de Murcia, y esta fue en efecto la direccion que tomó.

El ejército combinado, español y anglo-siciliano, que el de Aragon tenia á su frente, estaba por el momento imposibilitado para operar ni emprender cosa alguna. El mariscal, pues, hizo adelantar de nuevo sus divisiones, que ocuparon Fuente-la-Higuera, Moxente, Alcoy y Denia: la brigada Paris; que acababa de llegar de Aragon, cubria en Requena el flanco derecho del ejército, contra Bassecourt, Villacampa y el Empecinado reunidos. La brigada del general Isidore Lamarque, procedente de Cataluña, hizo alto y se apostó entre Castellon de la Plana y Tortosa: componiase esta del 3º ligero, del 11 de línea y de algunos batallones ó escuadrones de marcha, que pertenecian á los diferentes regimientos del ejército de Aragon. Por desgracia, los partes é informes que llegaban al mariscal, relativos á las dos provincias de Aragon y de Cataluña, le infundian temores y recelos harto justos. El espíritu de la poblacion iba cambiando de dia en dia, en perjuicio nuestro, y las pérdidas y derrotas de los ejércitos franceses en las otras partes de la Península nos iban enagando los Aragoneses, los cuales, hostigados por las partidas y bandas que se renovaban incessantemente, se veían por otra parte mal protegidos por las escasas é insuficientes fuerzas

que nosotros podíamos oponer á aquellas : con este motivo , nuestros acopios y provisiones en granos se vieron harto comprometidos por este como nuevo órden de cosas.

XV. El 17 de setiembre , el mariscal que enviaba muy á menudo sus emisarios al encuentro del ejército del mariscal Soult , recibió al regreso de uno de estos la primera noticia de la próxima llegada de aquel , y en consecuencia nuestras columnas se adelantaron hácia Almansa y Villena , y aun enviamos reconocimientos hasta Jumilla y Hellin. El 2 de octubre , ambos ejércitos se pusieron ya en comunicacion , y el del mediodia ocupó las villas de Yecla , Albacete , Almansa y Jorquera.

El duque de Dalmacia deseó y quiso dar á sus tropas un reposo de seis dias , espacio de tiempo ademas sobrado necesario para que los gefes pudiesen entenderse entre sí , y para combinar ademas las operaciones ulteriores que las circunstancias actuales exigian imperiosamente. En la época en que hablamos , el Emperador se hallaba en el fondo de la Rusia , y las instrucciones que sin duda hubo de dar y de dejar al rey José , al confiarle el mando general de los ejércitos franceses en España , solo debieron de ser generales y subordinadas á los acontecimientos. Pero la evacuacion de Madrid y de la Andalucía habian cambiado infinito el estado y aspecto de

cosas , y sin embargo , nos quedaban aun fuerzas bastantes para poder tomar la ofensiva contra el ejército ingles. Lord Wellington , que solo hubo de permanecer algunos dias en la capital , se habia dirigido hácia Burgos , y gracias á la heroica defensa que hizo el castillo de dicha ciudad , los ejércitos de Portugal y del norte de España pudieron reunirse y reorganizarse á orillas del Ebro : los ejércitos del centro y del mediodia , con solo ponerse en marcha y realizar su reunion con aquellos , restablecian de nuevo nuestros negocios y nos daban la ventaja. Los mariscales Jourdan , Soult y Suchet tuvieron consejo , en presencia del rey , en la entrevista y conferencia que se verificó en Fuente-la-Higuera , y alli se decidió que se marcharia de nuevo contra los Ingleses , pero sin abandonar Valencia. En efecto , la conservacion de las provincias del Est era ciertamente el primer interes del rey y de los Franceses en España , despues del mas urgente y esencial , que era el de vencer y derrotar á Wellington. Porque si los Franceses llegaban á ganar una batalla , importaria sin duda infinito el haberse mantenido en una posicion adelantada hácia Alicante y aun hasta el reino de Murcia , á fin de poder establecerse sólidamente en Madrid y poder ocupar de nuevo el mediodia de la Peninsula. Y si los Franceses eran vencidos y repelidos hácia el alto Ebro , como en 1808 , el

Aragon y la Cataluña, con sus plazas, llegarían á ser el mas útil y ventajoso apoyo que el mariscal Suchet pudiera conservar, retirándose hácia el bajo Ebro por un camino en que el enemigo encontraría á cada paso obstáculos harto considerables, como por ejemplo, Sagunto, Peñíscola y Tortosa. El rey mismo, conociendo que el ejército de Aragon no era bastante fuerte para poder llenar y cumplir dicho encargo, habia prometido al mariscal Suchet el dejarle un refuerzo de seis mil hombres; y aun apenas pudo conseguir el conservar todas sus fuerzas.

XVI. Los dos ejércitos del mediodía y del centro se pusieron en marcha hácia Madrid, por la provincia de Cuenca y la Mancha, despues de haberse apoderado, al paso, del castillo de Chinchilla.

Despues que hubieron partido el rey y los dos ejércitos, las tres divisiones activas del ejército de Aragon permanecieron de la otra parte del Xucar, el general Harispe en Moxente y Fuente-la-Higuera, ocupando el coll ó puerto de Almansa; el general Habert, en Albayda y Beniganim, ocupando el coll de Atzaneta, y la primera division, con la reserva de caballería y de artillería, en Canales y en San Felipe, con un pequeño cuerpo destacado en Denia. El mariscal Suchet pasó en persona á Requena, en donde permaneció veinte y cuatro horas, y dejó

alli una brigada para asegurar la comunicacion con los ejércitos sobre el Tajo. Mas durante cerca de tres meses, no llegó á sus manos ni un solo pliego ó parte que le hiciese conocer los movimientos que se operaban en el centro de la Península: por una via indirecta supo solo que el rey habia ocupado Madrid, y que se habia dirigido despues hácia Castilla la Vieja. Y esperando á ver que darian de sí los primeros acontecimientos, y en la incertidumbre de ellos, conservó su posicion, sin emprender cosa alguna contra su enemigo, y ciñéndose solo á repeler y rechazar, en diferentes puntos, sus ataques parciales. Por dos veces el general Donkin trató de desembarcar en Xábea y en Denia, con el regimiento 81 de línea ingles; pero no obtuvo el menor suceso, y aun perdió alguna gente al retirarse, porque nuestras tropas le atacaron vigorosamente, y aun solo con harta pena hubo de conseguir el reembarcar su artillería. El general Delort, en Yecla, y el general Gudin, en Alcoy, rechazaron las vanguardias enemigas. El general Harispe adelantó un reconocimiento hasta las puertas mismas de Alicante; pero solo pudo atraer á combate un batallon calabres, del cual hizo cincuenta prisioneros.

Los Españoles se reforzaron aun, en el mes de diciembre, con diferentes cuerpos, procedentes, ya de la Mancha, ya de la Andalucía,

en que nada pudiera de hoy mas embarazar sus movimientos, y poco despues hicieron un movimiento hácia adelante contra el frente de nuestro ejército, cuyas divisiones se replegaron, segun la órden que de antemano se les habia dado, y se concentraron aproximándose mas hácia el Xucar.

Pero observamos que el enemigo hubo de suspender inopinadamente este movimiento, y aun que emprendió una marcha retrógrada poco despues. Al mismo tiempo corrió la voz de que el rey estaba de vuelta en Madrid, y que el ejército del mediodia ocupaba Toledo y las orillas del Tajo, noticia que no tardamos en recibir confirmada de oficio.

El general Dubreton habia atajado la marcha victoriosa de Wellington, con la tan vigorosa resistencia que hubo de oponer en el castillo de Burgos. Y habiéndose adelantado el general Souham para socorrer dicha plaza, mientras que el rey marchaba con una masa considerable de fuerzas hácia el Duero, el general ingles juzgó á propósito el retrogradar hácia Salamanca. Los cuatro ejércitos franceses del mediodia, Portugal, centro y norte se encontraron asi reunidos, y pasaron el Tormes en persecucion del ejército ingles, el cual, evitando la batalla y prosiguiendo su retirada, entró de nuevo en Portugal, en donde tomó sus cuarteles de invierno.

CAPITULO XVII.

(1812.) Combatés diversos en Aragon, en la baja Cataluña y en el reino de Valencia, durante las operaciones generales.

El mariscal Suchet se sintió menos aislado en su posicion de Valencia, con motivo del regreso del rey y del principal ejército frances hácia el centro de la España; pero no era nada difícil el preveer que se empeñaría una nueva y mucho mas sangrienta lucha dentro de algunos meses, es decir, cuando la primavera daria el señal de poder comenzarse las hostilidades. Aprovechó, pues, y utilizó todo el tiempo que le dejaba libre dicho intervalo, y se ocupó en tomar todas las medidas defensivas mas oportunas con la debida actividad. La posicion de Moxente, sobre el camino real, y mas allá del Xucar, fue atrincherada con trabajos de bastante consideracion, en términos de poder dejar cerrado todo el valle. Cerráronse igualmente todos los pasos de las montañas, á la izquierda de Moxente, hasta Alcoy y hasta el mar, y construimos un segundo puente de barcas, sobre el Xucar, cerca

en que nada pudiera de hoy mas embarazar sus movimientos, y poco despues hicieron un movimiento hácia adelante contra el frente de nuestro ejército, cuyas divisiones se replegaron, segun la órden que de antemano se les habia dado, y se concentraron aproximándose mas hácia el Xucar.

Pero observamos que el enemigo hubo de suspender inopinadamente este movimiento, y aun que emprendió una marcha retrógrada poco despues. Al mismo tiempo corrió la voz de que el rey estaba de vuelta en Madrid, y que el ejército del mediodia ocupaba Toledo y las orillas del Tajo, noticia que no tardamos en recibir confirmada de oficio.

El general Dubreton habia atajado la marcha victoriosa de Wellington, con la tan vigorosa resistencia que hubo de oponer en el castillo de Burgos. Y habiéndose adelantado el general Souham para socorrer dicha plaza, mientras que el rey marchaba con una masa considerable de fuerzas hácia el Duero, el general ingles juzgó á propósito el retrogradar hácia Salamanca. Los cuatro ejércitos franceses del mediodia, Portugal, centro y norte se encontraron asi reunidos, y pasaron el Tormes en persecucion del ejército ingles, el cual, evitando la batalla y prosiguiendo su retirada, entró de nuevo en Portugal, en donde tomó sus cuarteles de invierno.

CAPITULO XVII.

(1812.) Combatés diversos en Aragon, en la baja Cataluña y en el reino de Valencia, durante las operaciones generales.

El mariscal Suchet se sintió menos aislado en su posicion de Valencia, con motivo del regreso del rey y del principal ejército frances hácia el centro de la España; pero no era nada difícil el preveer que se empeñaría una nueva y mucho mas sangrienta lucha dentro de algunos meses, es decir, cuando la primavera daria el señal de poder comenzarse las hostilidades. Aprovechó, pues, y utilizó todo el tiempo que le dejaba libre dicho intervalo, y se ocupó en tomar todas las medidas defensivas mas oportunas con la debida actividad. La posicion de Moxente, sobre el camino real, y mas allá del Xucar, fue atrincherada con trabajos de bastante consideracion, en términos de poder dejar cerrado todo el valle. Cerráronse igualmente todos los pasos de las montañas, á la izquierda de Moxente, hasta Alcoy y hasta el mar, y construimos un segundo puente de barcas, sobre el Xucar, cerca

del primero. La ciudad de Valencia, cuyas fortificaciones recientes y pasageras habian sido demolidas, no conservaba otro que sus murallas ó recinto ordinario, al abrigo de un golpe de mano en verdad, y susceptible de tal cual defensa, pero de sobrada extension aun para una guarnicion numerosa, en medio sobre todo de una poblacion de mas de cien mil almas. Aislóse, pues, el grande edificio de la Aduana, y fortificándole y demoliendo una iglesia contigua que le dominaba, hicimos de él una especie de castillo, destinado á contener una pequeña guarnicion y algunos morteros, que pudieran en un caso servir de freno á la capital. Habíase puesto á Sagunto en un estado harto respetable, tanto con respecto á las fortificaciones, como con respecto al armamento*. El capitan de inge-

* En la lámina del Atlas del original frances, que corresponde á Sagunto, y que es tal vez la mas bella de las que componen aquel, se encuentran grabadas seis medallas españolas antiguas; y por lo que respecta á la del número 1.º, se añade allí: *De la primera época; con caracteres celtibéricos; explicacion de Velazquez; iniciales de Zacyntho, etc.*, etc.: y con respecto á la del número 4.º se dice tambien, *Medalla de Carthago, con carácter Fenicio, etc.* Pero, han existido realmente en España caracteres celtibéricos, diferentes esencialmente de los Fenicios? Y los nombres que estos caracteres expresan, corresponden á la lengua Fenicia ó á la Celtibérica? Y esta lengua Fenicia será la misma que la Hebreo-Samaritana antigua? Y la Celtibérica será no menos la Vasconense, que hubo de ser muy probablemente la lengua general de la nacion en aquellos tan remotos siglos? La solucion de estas cuestiones exigiria un volumen entero,

nieros Morlaincourt habia hecho allí numerosos como bien útiles trabajos: en la parte norte del recinto, por cima del famoso teatro antiguo, se halló un vasto espacio libre en donde se establecieron almacenes, por medio de ciertas obras pegadas y apoyadas interiormente á la muralla. En dichos almacenes se colocó una reserva y depósito de trigo, en cantidad suficiente para poder mantener el ejército entero durante dos meses. En Tortosa depositamos y almacenamos tambien un parque ó tren considerable de artillería de campaña y de sitio, y la plaza de Pe-

y seria como importuna en una simple nota. Solo, si, dirémos, que el malogrado Velazquez abrió el primero esta honrosa carrera, pero que no la terminó: el sapientísimo Perez Bayer, Valenciano, entró despues en ella con un aparato de erudicion inmensa, abogando por la lengua hebrea; y en nuestros dias el señor Erro ha dado pruebas de un gran saber y de una gran sagacidad, abogando por el dialecto vasconense: pero la cuestión ha quedado indecisa y probablemente no se harán en ella mucho mayores progresos, bien que á nuestro juicio esta falta no sea de una gran consecuencia. El sabio Dean de Alicante Marti, natural de Oropesa en el mismo reino, explanó é ilustró el teatro de Sagunto en una elegante disertacion latina, que aun hoy pasa como una obra maestra de estilo y de erudicion; el Benedictino Montfaucon, cuya admiracion excitó, la insertó en su famosa obra de *Antigüedades*. En nuestros dias han trabajado tambien sobre la materia el Conservador Palos y el Dean de San Felipe Ortiz, cuyos pareceres aparecen en esta parte harto discordes; pero ni el uno ni el otro han añadido gran cosa á lo que ya nos dejó dicho aquel gran maestro: en dicha lámina se ven tambien algunos trazos del mencionado teatro.

(Nota del Traductor.)

ñiscola recibió no menos su guarnicion y las correspondientes provisiones. De este modo se procuraba el mariscal el medio y la facultad de poder alejarse momentáneamente y de continuar la guerra en campo abierto, según que los movimientos del enemigo podrian llegar á exigirlo, contando siempre con encontrar puntos de apoyo seguros, ó bien para conservar, ó bien para tomar y ocupar de nuevo el reino de Valencia. Estas disposiciones, de que dió cuenta á Paris y Madrid, en donde fueron aprobadas, no pudieron ejecutarse, sino empleando los recursos de todo el pais que se habia designado como territorio al ejército del Aragon. Por desgracia, todos los esmeros y desvelos de una buena administracion no bastaban ya para asegurarnos la posesion de él; la resistencia, siempre en aumento, de los ejércitos españoles nos disputaba por dó quier el terreno, y la sumision hácia nosotros, á que los habitantes se habian ya acostumbrado, se les hacia á estos mismos mas difícil de dia en dia.

Y toda vez que los combates en detall ó por menor no ofrezcan un grande interes, despues de las operaciones en grande que hemos descrito hasta ahora, vamos á dar por la última vez un ligero bosquejo de los innumerables obstáculos que embarazaban incesantemente los movimientos del mariscal Suchet, ya en el cen-

tro, como en las extremidades del territorio de su mando.

Solo con una pena infinita podiamos conservar entera la influencia de que tanta necesidad teniamos en el Aragon, en medio de los cuerpos enemigos que á cada paso invadian las dos orillas del Ebro; hasta la misma Zaragoza, en donde mandaba el general Paris, hubo de correr gran peligro mas de una vez. Sin embargo, el valor de nuestras tropas y la actividad de sus gefes hicieron pagar bien caro á los Españoles la osadía de sus tentativas. El general Pannetier, al frente del 10 de línea y de un escuadron de húsares, habia ya precedentemente sorprendido á Mina, con toda su tropa, reunida á la de Malcarao y á la de Iribarra, en el lugar de Robres, cerca de Huésca. Jamas este diestro partidario hubo de correr tal vez un tan inminente peligro; llevaba y conducia consigo un convoy de efectos militares que habia tomado al regimiento 6º de línea, entre Pina y Bujaraloz, y descansaba con su tropa en dicho lugar con la seguridad mas completa. El general Pannetier marchó durante toda la noche con el objeto de rodearle y envolverle, y hubo de tomar tan bien sus medidas, que apenas si el enemigo tuvo tiempo para correr á sus armas: Mina se salvó en camisa por el tejado de la casa en que estaba alojado; pero sus efectos y

papeles quedaron en nuestro poder : se le mataron sesenta hombres , y le hicimos prisioneros ochenta lanceros con sus correspondientes caballos. Pero despues de una derrota , no tardaba dicho gefe en dejarse ver sobre algun otro punto : á últimos de noviembre nos atacó , en la Garoneta , á las orillas del Gallego , un convoy que marchaba de Zaragoza hácia Jaca bajo la escolta de un batallon del 1º ligero italiano , cortó y nos tomó una compañía de vanguardia , y aun probablemente se hubiera apoderado de todo el convoy , sin la firmeza y decision del capitán Felici , y sin las disposiciones del coronel Colbert que apoyó y cubrió la retirada. Mina entró en Huesca poco tiempo despues , y sitió la pequeña guarnicion que ocupaba el castillo. Pero el capitán Conty , del 81 , se defendió con vigor : aun el teniente Debœuf hizo una salida con treinta hombres , arrolló doscientos de los enemigos en el Coso , y atacado por fuerzas en extremo superiores y herido en un brazo , regresó al castillo en buen orden , sin perder un solo individuo : Mina hubo de abandonar su empresa.

A últimos de diciembre se dejaron ver por el lado de Barbastro dos mil hombres de su tropa : el coronel Colbert marchó contra ellos con un batallon del diez de línea , otro del 1º ligero italiano , dos batallones napolitanos , y parte de su regimiento , el 9 de húsares. Atacó á los ene-

migos en las alturas de Nuestra-Señora del Poyo , se apoderó sucesivamente de tres posiciones , y siguiendo el alcance con viveza , cuando aquellos pensaban reunirse y reformarse en Pozan-de-Vero detras de un riachuelo , cuyos bordés eran en extremo escarpados , los derrotó completamente y les hizo sufrir una pérdida considerable : nosotros perdimos en dicho combate quince muertos y cincuenta y tres heridos. Mina se presentó con nuevas fuerzas y con dos piezas de 16 y una de 4 , dos meses despues , en la frontera de Navarra y contra la villa de Sos , que atacó á cañonazos. Abierta la brecha , se presentaron doscientos enemigos á asaltarla ; pero quince de nuestros gendarmes los rechazaron con el mayor valor y sangre fria. Principió de nuevo el cañoneo , y nuestra guarnicion se vió forzada á retirarse al castillo. Mina intimó la rendicion al teniente de gendarmes Martin que mandaba la plaza , y habiéndose este negado á ella , continuaron los Españoles su ataque. El establecimiento y construccion de su batería costó á estos diez hombres y un oficial ; pero pegaron fuego á una porcion de materias combustibles que habian hacinado junto á las puertas de la villa , y practicaron y abrieron una mina bajo uno de los ángulos de la iglesia , cuya explosion dejó una brecha practicable. Un nuevo parla-

mentario se presentó al punto, y el teniente Martin aprovechó y utilizó diestramente el intervalo de la negociacion para reconocer mejor los trabajos del enemigo, y para construir un buen atrincheramiento detras de la brecha: hecho esto, se negó á toda proposicion y se puso en estado de recibir bien y de rechazar el asalto. Pero los Españoles, sabiendo que venia marchando un cuerpo de tropas en socorro de la plaza, tomaron el partido de alejarse, despues de haber perdido seis dias en las cercanías de aquella. Y en efecto, informado el general Paris en Zaragoza del riesgo que corria la guarnicion de Sos, llegó presuroso á la cabeza de una columna, y juzgando que la plaza no seria ya defendible en lo sucesivo, se llevó consigo la guarnicion. Entretanto Mina habia sacado nuevos refuerzos de la Navarra, y vino á atacar al general Paris entre Sadava y Castillescar. El combate hubo de ser sangriento, con motivo de los desfiladeros y gargantas que nuestras tropas hubieron de atravesar; pero el general Paris rechazó todos los ataques del enemigo y regresó á Zaragoza, con pérdida de veinte y siete muertos y ciento veinte y tres heridos.

El general Severoli, á la derecha del Ebro, no probara menos dificultades ni embarazos para haber de proteger el Aragon contra los esfuerzos y correrías de las bandas enemigas.

El 16 de diciembre se habian reunido estas en número como de tres mil hombres, con artillería, en Daroca, y principiaron el sitio del castillo, despues de haber apostado una fuerte vanguardia en Encina-Corva y en el puerto de Cariñena*. El teniente Perret del 81 no se desalentó, malgrado el fuego de cinco piezas en batería. Su firmeza dió harto lugar y tiempo para que se le viniese á socorrer, y en efecto el general Severoli no tardó en llegar, y despues de haber arrollado el cuerpo avanzado de los enemigos, libertó la guarnicion. Pero á su regreso encontró un gran número de enemigos reunidos y apostados con el objeto de cerrarle el paso: mas el general dirigió dos batallones contra el flanco de la posicion del enemigo, y atacando á este de frente al mismo tiempo, rompió y penetró por Paniza y llegó á Cariñena con su artillería, sin haber sufrido una gran pérdida. Pero bien que derrotado, el enemigo se reunió de nuevo y vino á tomar posicion en Almunia. El 22 de diciembre, dicho general volvió á ponerse en marcha contra él y le atacó, formada su infantería en dos columnas, con la artillería en el centro y la caballe-

* *Port*, Puerto, en español, significa, entre otras cosas, un paso por entre dos montañas, que tambien se dice garganta, desfiladero, etc. El nombre frances de Saint-Jean-Pied-de-Port procede sin duda de aquella significacion y acepcion.

ría desplegada en reserva. El combate se sostuvo con gran teson, sin que nuestra caballería pudiese entrar en acción contra la de los Españoles, ni menos contra su infantería, emboscada en las casas ó en la arboleda. Pero el gefe de batallón Cicognari recibió la orden de apoderarse á la fuerza de un convento atronerao, sobre el cual se apoyaba el centro de los Españoles, y el buen suceso de dicha maniobra decidió el resultado final de la jornada. Villacampa y Gayan se refugiaron y salvaron en Castilla, despues de haber perdido como unos cuatrocientos hombres.

Dos meses habian pasado apenas, cuando Villacampa penetró de nuevo en el Aragon con un cuerpo harto numeroso, y de concierto y combinado con Sarsfield, se adelantó hasta Belchite y Alcañiz. El mariscal despachó al momento su primer ayudante de campo, el coronel Meyer, al general Pannetier, quien con su brigada acababa de dirigirse desde Segorbe á Teruel. Ambos se pusieron rápidamente en marcha hácia Daroca, á fin de darse la mano con el general Severoli; pero los dos cuerpos enemigos no se atrevieron á esperar la reunion de los nuestros, y se alejaron. Nuestras tropas marcharon en su busca hasta Calatayud, y allí se los forzó á dispersarse en diferentes direcciones.

En la baja Cataluña hubieron de hacerse mil y mil tentativas, tanto por parte de los Españoles como de los Ingleses, contra la plaza de Tarragona con especialidad, cuyas cercanías eran en extremo favorables á los desembarcos. Pero el general Bertoletti supo inspirar su bizarría y su espíritu á su guarnicion, compuesta de dos batallones, el uno del 20 de línea frances, y el otro del 7º italiano. Repetidas veces dicho general atacó y arrolló los cuerpos enemigos que ocupaban Reus, ó que se acercaban sobrado á Tarragona, y burló todos los estratagemas por los cuales se pretendió hacerle salir de la plaza, para sorprenderla esta en su ausencia; en una palabra, mantuvo con su firmeza el buen estado de la plaza y los medios de aprovisionarla. Tambien fue atacado el fuerte del Coll de Balaguer por el gefe de banda Villamil; pero el valiente Lefebvre, capitán del 115, con su pequeña y decidida guarnicion, rechazó una escalada nocturna: á corta distancia se veía el navio ingles *Blake* que parecia destinado á sostener dicho ataque. El coronel Plique salió de Tortosa, marchó hácia el Perelló, y encontró ya el fuerte libre y desembarazado por la retirada de Villamil.

Hasta en las puertas mismas de Valencia, por decirlo así, nos veíamos inquietados y molestados por *El Frayle* (el Padre Nebot, Sacerdote,

del orden de Recoletos de San Francisco), en nuestras comunicaciones entre Sagunto y Tortosa. Este gefe de banda, habiendo atacado sobre el camino real un convoy de artillería que habia salido de Torreblanca, dispersó é hizo huir los paisanos conductores, mató los artilleros, nos tomó una pieza de á cuatro y ciento y doce caballos, quemó once carros y dispersó todo el convoy. El mariscal formó una columna móvil, á fin de que se le persiguiese sin descanso alguno, y confió el mando de ella al gefe de batallon Ronfort. Repetidas veces hubimos de dispersar dicha banda, sin que nos fuese posible el desorganizarla enteramente.

Entre Buñol y Requena hubimos de dar caza no menos y salir en busca de otro gefe de banda, llamado *Pendencias*, que nos interceptaba á menudo el camino de Cuenca: el capitan Jacomet, del 1.º ligero, logró por fir dar con él, y le arrolló y le hizo huir. El capitan de volteadores del 3.º ligero, Villetard-Laguerrie, militar activo y emprendedor, llegó á saber, en Requena la marcha que llevaba un batallon de Murcia que Villacampa enviaba á Alicante. Y tomando consigo ochenta volteadores, y cien hombres ademas del depósito de convalecientes del ejército del Mediodia, se dirigió rápidamente hácia Xaragüas, sorprendió en dicho punto el batallon, le atacó y mató una parte de

sus individuos é hizo el resto prisionero. Atacado á su vez y á su regreso por cien caballos españoles, formó el cuadro con los prisioneros en medio, y marchando en el mejor orden, volvió á Requena con su columna, sin que el enemigo le hubiese ocasionado quiebra alguna.

Hostigado por todas partes el mariscal Suchet en el reino de Valencia que ocupaba con su ejército, apenas bastaba á sostenerse en él con sus propios medios. Por consiguiente, se vió precisado á abandonar á los generales Decaen y Reille la direccion de los negocios en el Aragon y en la Cataluña. Los talentos y actividad de ambos generales lucharon con buen éxito contra la masa de enemigos y de obstáculos, que como á que se multiplicaban y renacian en torno de ellos. El Mont-Serrat, abandonado por los Franceses, y en que los Españoles é Ingleses se habian establecido de nuevo, fue reconquistado con el mas raro valor. El general Reille, combatiendo y derrotando sucesivamente los cuerpos enemigos que tendian á apoderarse de Zaragoza, nos prestó á todos el mas eminente servicio, porque los recursos del tan fértil Aragon contribuyeron aun á alimentar y mantener el ejército frances. La administracion de esta provincia era siempre para el mariscal Suchet el objeto de su principal solicitud, y con el propio zelo y estudio, y con no menos

suceso se dedicó ahora á proporcionarse los resultados mas útiles posibles de la administracion del reino de Valencia, segun vamos á ver y bosquejar sumariamente en el capítulo que sigue.



CAPITULO XVIII.

I. Detalles y pormenores estadísticos sobre el reino de Valencia. — II. Organizacion de dicho país por el mariscal. — III. Contribucion ordinaria. — IV. Contribucion de guerra. — V. Tranquilidad del país. — VI. Convocacion de una junta en Valencia.

I. El reino de Valencia es una de las mas pequeñas provincias de la España. Su superficie es de ochocientas y treinta y ocho leguas cuadradas. Como las dos terceras partes de dicho espacio y terreno se ven ocupadas y cubiertas por montañas elevadísimas, por rocas piramidales y como cortadas á pico, y por torrentes de un acceso difícil y de aspecto casi salvaje: aun en el resto, la agricultura se ve contrariada por arenas inmensos y por marjales y tierras pantanosas en gran cantidad. Pero aquellas montañas y rocas son los depósitos ó como arcas naturales no menos de muchos rios y riachuelos que fertilizan el país, y aun los mismos torrentes cuyo curso se ha sabido dominar y aprovechar, proporcionan hoy el beneficio del riego á unos terrenos áridos y sosos, que nada

suceso se dedicó ahora á proporcionarse los resultados mas útiles posibles de la administracion del reino de Valencia, segun vamos á ver y bosquejar sumariamente en el capítulo que sigue.



CAPITULO XVIII.

I. Detalles y pormenores estadísticos sobre el reino de Valencia. — II. Organizacion de dicho país por el mariscal. — III. Contribucion ordinaria. — IV. Contribucion de guerra. — V. Tranquilidad del país. — VI. Convocacion de una junta en Valencia.

I. El reino de Valencia es una de las mas pequeñas provincias de la España. Su superficie es de ochocientas y treinta y ocho leguas cuadradas. Como las dos terceras partes de dicho espacio y terreno se ven ocupadas y cubiertas por montañas elevadísimas, por rocas piramidales y como cortadas á pico, y por torrentes de un acceso difícil y de aspecto casi salvaje: aun en el resto, la agricultura se ve contrariada por arenas inmensos y por marjales y tierras pantanosas en gran cantidad. Pero aquellas montañas y rocas son los depósitos ó como arcas naturales no menos de muchos rios y riachuelos que fertilizan el país, y aun los mismos torrentes cuyo curso se ha sabido dominar y aprovechar, proporcionan hoy el beneficio del riego á unos terrenos áridos y sosos, que nada

producirían sin él. En este país es en donde un pueblo extranjero, tan industrioso como valiente, desplegó en otro tiempo con tanto fruto sus conocimientos prácticos en la primera de las artes, en la agricultura. Numerosas colonias de palmeros de dátiles, trasplantadas de las costas vecinas del Africa, y que en *Elche* y en *Crevillente* forman aun hoy un como bosque en el aire, atestiguan aun su conquista como su larga dominación*.

A principio del siglo duo-décimo, cultivaban aun los Moros la rica llanura de Valencia: pero conquistada esta capital por el rey de Aragon, Don Jayme el 1º, el reino entero hubo de seguir igual suerte. Los vencedores se repartieron entre sí las tierras, y la victoria enriqueció un ejército con los despojos de un pueblo entero. Unos cultivadores tan diestros como infatigables hubieron de ceder el puesto y el terreno á unos soldados, cuya ignorancia** hubiera dejado perder en sus manos el mas bello fruto de sus

* Es muy verisímil que los Mauritanos y Numidas, que con el nombre de Sarracenos, invadieron y ocuparon nuestra Peninsula, tratarían de extender y propagar en ella el cultivo de los tan preciosos palmeros de dátiles. Pero ciertamente no fueron los primeros á introducir esta clase de árboles en nuestro país, en el cual se conocían ya desde los tiempos de la dominación y conquista de los Romanos.

(Nota del Traductor.)

** La ignorancia de los nuevos conquistadores no pudo haber

proezas, si el rey Don Jayme, cuyas grandes y heróicas calidades le hacían tan digno del trono y tan superior á su siglo, no hubiera prescrito la observancia de las antiguas leyes rurales en sus sabios y patrióticos reglamentos. El reino de Valencia ha debido y debe aun hoy su prosperidad agrícola á aquel antiguo respeto por la legislación de los Moros y por las leyes que aquella prescribe.

En 1791, la población de dicho reino consistía en setecientas setenta y un mil almas, distribuidas y repartidas en quinientos noventa y dos pueblos, de diferentes denominaciones. La agricultura ocupaba ochenta mil de aquellas y la industria sesenta mil; las mugeres, niños, ancianos, criados, nobleza y clero, religiosos

comprometido la fertilidad del reino de Valencia, porque permanecieron en él los antiguos cultivadores Moriscos, que de propietarios pasaron á arrendatarios, y que aun supieron con su industria acumular riquezas inmensas. Aun mas tarde y en tiempo de Felipe Tercero, cuando por el imprudente zelo del Beato Juan de Ribera y otros, se los expulsó en general del Reino, se salvaron y quedaron en el país las innumerables familias que cultivaban la huerta y alrededores de la capital Valencia, gracias al patronazgo y protección de los mas ricos y poderosos Barones del país. Los Moriscos cambiaron poco despues de culto y de nombre, y mezclados y aliándose con los conquistadores y cristianos viejos, formaron una de las razas mas útiles y mas bellas de la Nación, que ciertamente no ofrece en ninguna de sus provincias ni labradores mas robustos ni mas infatigables, ni soldados mas ágiles, como ni mas audaces y emprendedores hombres de mar.

(Nota del Traductor.)

de uno y otro sexo, negociantes y mercaderes, militares, marinos, inválidos, pensionarios del estado y empleados, hospitales y hospicios, componian el resto de la poblacion.

La tierra no se niega allí á la cultura de ninguno de los productos que pueden pedirle el gusto, como las necesidades de la vida. Aun se habia conseguido el naturalizar en el pais una gran cantidad y variedad de frutos y plantas exóticas, como el limonero, el naranjo, la caña dulce ó de azucar, el algodón, el pastel ó indigo, el nopal, el chirimoyo, el banano y mil otros.

Un gran número de fábricas de seda, de barquilla y sosa, de paños, de telas, de papel, de sombrerería, de curtidos, de espartería y de quincallería añadian y aumentaban aúñ sus riquezas naturales. Y la prosperidad de esta hermosa provincia y reino era tal, que el valor anual de sus producciones de toda especie pasaba de noventa millones de francos, ó trescientos y sesenta de reales vellón, y de los cuales los impuestos y gastos de administracion solo absorbian una décima parte.

Pero las causas mismas que habian como aniquilado la fortuna pública en Aragon, durante la guerra de la invasion (guerra *de la independencia*, segun los Españoles) habian poco menos que destruido la del reino de Valencia. La

exportacion del numerario, los subsidios y pedidos de guerra, las consumaciones extraordinarias de víveres, la suspension de trabajos, etc. habian cerrado y agotado todos los manantiales de la reproduccion. El principio de su antiguo esplendor existia aun, es muy cierto, en la fertilidad del suelo y en la actividad de sus habitantes; pero una larga paz y una administracion protectora podian solos hacerla renacer. En ningun otro pais de España, tal vez, habia manifestado el pueblo un odio tan pronunciado contra los Franceses, ni dejándose llevar contra ellos á excesos mas odiosos. Excitado por algunos fanáticos, habia degollado, en 1808, ciento y ochenta Franceses que habian traído al pais sus capitales é industria, y que se miraban ya como naturales del reino. Asi es, que cuando el mariscal Suchet entró en Valencia, el 14 de enero, como ya lo hemos visto arriba, habia tomado de antemano todas las medidas oportunas de prudencia y de seguridad, que produjeron la mas favorable impresion en los hombres ilustrados, y que previnieron y evitaron todas aquellas funestas reacciones, á que se libra siempre una gran poblacion abandonada á sí misma.

II. Pocos dias despues se acordó y publicó una amnistía y perdon completo en favor de todos aquellos que habian tomado las armas

contra nosotros, y se dieron las órdenes convenientes en todos los puntos á fin de favorecer su regreso al seno de sus familias. Abrieronse los almacenes del ejército en beneficio de todos aquellos habitantes del campo, cuyas propiedades hubiesen sufrido con motivo de los últimos acontecimientos de la guerra. Todos los subsidios y gravámenes de guerra que habia impuesto el gobierno español, quedaron suprimidos; y aun para dar al pueblo toda especie de garantía contra la arbitrariedad, el general en jefe hizo publicar y fijar en todas las poblaciones un decreto, en virtud del cual se informaba á los contribuyentes, que solo el intendente del ejército quedaba autorizado, por orden suya, á imponer y á exigir los impuestos y las requisiciones; que dichas cargas no serian exigibles, sino despues que la contaduría mayor de provincia las hubiese distribuido y repartido con la debida legalidad; y en fin, que todo el mundo podia y aun debia negarse al pago de todas aquellas que no hubiesen sido objeto de aquella medida ó reparto general.

Estas primeras disposiciones disiparon muy presto todas aquellas prevenciones nada favorables que existian contra nosotros. Un gran número de ciudadanos, á quienes el temor habia hecho abandonar sus hogares, regresaron á ellos, y haciendo acto de sumision, entraron al

momento en el goce de sus bienes secuestrados. Y habiéndose disuelto la junta insurreccional de Valencia, refugiada en Alicante, malgrado las arterias y manejos de los agentes ingleses, el mariscal hizo entender á los miembros que la componian que podian aprovecharse del beneficio de la amnistía, y aun los autorizó á servir los empleos públicos. Y en efecto, á excepcion de solos dos, todos los demas vinieron, llenos de confianza, á vivir bajo nuestra dominacion.

Para consolidar este sistema de pacificacion, era fuerza poner al frente de las administraciones municipales unos hombres prudentes, íntegros y penetrados de los verdaderos intereses de su pais. Los empleos y cargos, pues, de gobernadores políticos, corregidores y alcaldes mayores se dieron á aquellos hombres, cuyas luces, fortuna y desinterés podian ser la mejor prenda de una buena administracion y de la conservacion del orden. El señor Vallejo *

* Mientras que permanecimos en Aragon, sirvió el empleo de Regente de aquella Audiencia Real el Señor Villa y Terre, antiguo oidor de la de Valencia, y casado con una señora natural de este Reino. Conquistada aquella capital, vino á pasar algun tiempo en el seno de la familia de su parienta, y con el objeto no menos de ver á sus antiguos amigos, y con quienes las circunstancias del tiempo habian impedido hasta entonces toda relacion. Otro de estos, el señor Don José Vallejo, antiguo oidor, habia abandonado el pais, al acercarnos nosotros, como hacian de ordinario los Españoles, segun las

fue nombrado corregidor de Valencia, y el señor Quinto, director general de Policía. La Audiencia Real y los demas tribunales de justicia secundarios recibieron en su organizacion ciertas ligeras modificaciones; pero la justicia siguió administrándose por los mismos magistrados antiguos. El tribunal de los *acequeros*, que tiene á su cargo el juzgar cuantos litigios se presentan relativos al uso de las acequias y riegos, ó bien de oficio, ó por queja de parte, fue respetado y mantenido como un legado trasmitido á la posteridad por el pueblo legislador, al cual debe el reino de Valencia una tan admirable institucion. El ramo de hacienda, sobretudo, hubo de fijar toda la atencion del general en gefe. La experiencia de los dos años pasados, en el Aragon, le habia demostrado

instigaciones y órdenes de la Regencia de Cadiz. Refugióse en el país cercano á Alicante, esperando los acontecimientos posteriores, y no tardó en saber que principiaban á establecerse en su patria la justicia y el orden. Y habiendo llegado á su noticia que su amigo Villa y Torre estaba en Valencia, le pidió á este una entrevista y conferencia secreta, y en efecto, se vieron durante la noche en una barca cerca del Grao, á una cierta distancia de la playa. Su entrevista y conversacion fue en extremo lacónica. *¿Que especie de hombre es el mariscal Suchet?* preguntó Vallejo. *Es hombre justo*, contestó Villa y Torre. *Esto me basta*, replicó el emigrado. Pocos dias despues Vallejo se presentó, hizo su sumision y reentró en el goce de sus bienes y en el seno de su familia. Posteriormente llenó el cargo y funciones de corregidor de Valencia con gran pureza é integridad.

las inmensas ventajas de las mudanzas que habia introducido, tanto en el modo y sistema del reparto como en el recaudo de las contribuciones públicas. El mismo sistema se aplicó á las contribuciones que ya hallamos establecidas en el reino de Valencia.

III. A la administracion de la aduana se le dió el encargo de recibir los productos que percibia antes la Contaduría de Provincia, y ademas, los derechos con que se habian cargado los frutos coloniales y las mercaderías inglesas.

Otra de las atribuciones de la administracion de los dominios fue el recaudar las rentas é impuestos, aplicados con especialidad á la tesorería del ejército. Confiósele, no menos, el cuidado de recaudar, para el dominio imperial, los productos del secuestro de bienes, tanto de las órdenes é institutos religiosos suprimidos, como de los emigrados que no hubiesen regresado. Estas rentas y productos, confundidos bajo un solo título por el pronto, fueron en seguida divididos, tomando el uno el nombre de dominio ordinario, y de extraordinario el otro.

La lotería, los correos, las penas de cámara y multas, los vales reales y los demas ramos de productos indirectos, continuaron sirviéndose por administradores especiales.

Al frente del servicio de los dominios, como

al de las aduanas, se colocaron Franceses, cuyos talentos y probidad eran harto conocidos: los antiguos empleados Españoles fueron casi todos conservados en sus empleos.

La contaduría de provincia fue reorganizada y reconstituida bajo el mismo pie, espíritu y principios que la de Aragon.

Un recibidor y pagador generales, nombrados al efecto por el ministro del tesoro imperial, centralizaron todos los ingresos y gastos, ó toda la cuenta de cargo y data. El inspector del tesoro Lafosse recibió el encargo especial de vigilar sobre los ingresos, servicio de una alta importancia, y que no hubiera podido fiarse á un agente ni mas capaz ni mas leal. En fin, el auditor del Consejo de Estado, Combes-Sieyes, jóven de grandes talentos, fue nombrado intendente particular de la provincia de Valencia, y tuvo á su cargo la direccion superior de todos los agentes del ramo en este reino, bajo las órdenes del intendente general que tenia su residencia fixa en Zaragoza. Esta fue la organizacion que se dió á las contribuciones ordinarias.

IV. Pero los recursos que aquellas produjeran no bastaban á cubrir los gastos del ejército, y nos habiamos visto forzados á recurrir á otras contribuciones extraordinarias. El emperador, aun antes de la toma y hasta del sitio de Valencia, habia dado orden para que se impusiese á

dicha provincia una contribucion de guerra de doscientos millones de reales, ó sea cincuenta y tres millones de francos, con el objeto de castigar á sus habitantes por los asesinatos del año 8*. El mariscal temió por el pronto que una tan enorme carga no fuese muy superior á los recursos y facultades que podian aun quedar á los contribuyentes. Pero el emperador habia juzgado mejor que nosotros el verdadero estado de cosas, y los tributos que habiamos recaudado en el Aragon le habian puesto en el caso de conocer los que podiamos aun esperar

* Ya hemos dicho en su lugar, que el reino de Valencia, representado por su digna magistratura, vengó muy pronto aquellos asesinatos, y que cuantos tomaron parte en ellos pagaron con sus vidas un tan horrendo atentado contra el derecho de gentes. Nada; pues, autorizaba al emperador Napoleon para haber de afligir esta pobre provincia con una tan exorbitante contribucion, sin contar ademas, que la pretension de venir á ejercer y administrar justicia en casa ajena, encierra en sí una idea tan absurda y tan contraria á la equidad, como lo fue la de la invasion misma de una Potencia Aliada y Amiga. Aquellos asesinatos fueron horribles; pero la causa ocasional de ellos lo fué Napoleon mismo, en su tan famosa farsa de Bayona, sin la cual no hubieran tenido lugar. Por lo demas, el que esto escribe puede asegurar como testigo de vista, que en ninguna otra provincia de España son los Franceses mas bien acogidos que en el reino de Valencia, y que hoy sobre todo no existe con respecto á ellos la menor prevencion, gracias aun á la admirable disciplina que observó el ejército de Aragon en el tiempo que le ocupó, y al tan particular estudio con que su digno gefe procuró dulcificar unas medidas que se le dictaban desde Paris, y que no podía dejar de ejecutar.

(Nota del traductor.)

del reino de Valencia, en el cual el comercio y la industria solo hubian necesitado para renacer de que la tranquilidad se restableciese. De otra parte, logramos aun el hacer mas llevadera esta carga, adoptando, como en el Aragon, un mejor sistema de reparto y un método mucho mas sencillo de cobranza; disponiendo que se procediese con mucha mas prontitud á la liquidacion y pago de los gastos; admitiendo en compensacion de la contribucion de guerra los suministros hechos en granos, ganado de carga, paños, telas, cueros y otros objetos necesarios para el ejército, y en fin, previniendo, en lo posible, los coechos y estafas, y acordando una cierta rebaja, como gratificacion, á aquellos lugares que satisficiesen aquella los primeros.

Para facilitar y conseguir dichos resultados, se dividió el reino de Valencia en catorce distritos de recaudacion ó cobranza, y en cada uno de ellos se organizaron ciertas juntas, con el encargo de restablecer los libros beceros patronales (capbreus) que existian bajo el gobierno español, á fin de que sirviesen de base al impuesto ordinario. Este impuesto, conocido en Valencia bajo el nombre de *equivalente*, corresponde al que lleva el nombre en Aragon de *única contribucion*, y del cual hemos hablado ya en el Capítulo Décimo de estas Memorias. Dichos libros fueron examinados y verificados

en seguida por algunos comisionados, escogidos entre las diferentes clases de contribuyentes, y terminado ya este trabajo, la contaduría y el intendente procedieron al reparto individual. Habíase dado ya de antemano la orden, para que se continuase en dichos libros la renta de todos aquellos propietarios que hasta entonces habian gozado de ciertas exenciones y privilegios, de manera que todos los habitantes, sin excepcion de clases ó personas, quedáron sugetos al pago de la contribucion de guerra.

El recaudo de esta se confió á los corregidores, en las diferentes localidades; pero cabe dichos magistrados se colocaron y establecieron percibidores ó recibidores franceses, empleados directamente responsables con respecto al tesoro del ejército, y que recibieron el encargo de vigilar sobre dichas cobranzas y de recibir todos los productos de ellas. A dichos empleados de contabilidad se les prescribió un sistema de escrituras uniforme, en partida doble, en analogia con las del recibidor del ejército, y se les entregaron ademas estados ó libros á dos caras ó columnas, con un tronco partible en el centro, como los que se usan en Francia, á fin de poder contralorear y llevar el debido registro de los ingresos. Los gages de los recibidores consistian en un medio por ciento, en la con-

tribucion extraordinaria, y en tres cuartos de unidad, por lo relativo á los demas productos. Dichos gages, salario justisimo de sus penas y de los peligros que mas de una vez debian de correr, debían servirles, no solo ya de honorario, si que de toda especie de indemnizacion, como gastos de instalacion, de viages y oficinas, de pérdida de efectos, compra de caballos, etc. Y aun si las contribuciones eran pagadas en frutos, los recibidores no cobraban emolumento alguno.

Ademas de estos recibidores estacionarios ó fijos, distribuidos en cada uno de los distritos de recaudacion, se nombraron otros ambulantes, agregados y dependientes del cuartel general, y cuyas funciones consistian en acompañar, tanto en el pais como en las provincias limítrofes, todos los cuerpos de tropas que salian á alguna expedicion militar, y en recibir las contribuciones que los comandantes de aquellas estaban autorizados á imponer, ó bien aquellas cuyo ingreso se les hubiese ordenado proteger. En virtud de esta disposicion, todos los oficiales del ejército debian de abstenerse de percibir por sí mismos suma alguna en dinero, bajo pena de ser tratados como injustos detentores. Dichos recibidores ambulantes tenian la misma contabilidad que los estacionarios, y como estos llevaban consigo los libros ó estados de que he-

mos hablado arriba, y de los cuales cortaban las cartas de pago que debian dar. Dichas cartas de pago, como las correspondientes que quedaran en el libro, estaban escritas en español, firmadas por él mismo que habia realizado el pago, y certificadas por los gefes militares que dirigian las expediciones: y al regreso de estas, los empleados se hallaban en estado de formalizar sus cuentas y de regularizar metódicamente sus ingresos, á fin de que el inspector del tesoro pudiese verificarlos.

Este es el orden que se siguió en la imposicion y en el recaudo de la contribucion de guerra. Tal vez todas estas precauciones no llegaron á impedir absolutamente los abusos; pero es cierto al menos que hubieron de prevenir un mayor número de estos.

En apoyo de estas medidas, y con el objeto de facilitar aun mas el pago del impuesto, se dispuso que los contribuyentes podrian satisfacerle este, no ya solo en géneros y frutos, si que en materias de oro y de plata, las cuales serian recibidas bajo dicha razon en todas las cajas del ejército.

Por último, las contribuciones provisionales que habian satisfecho ya las gobernaciones de Morella, de Peñíscola y de Castellon de la Plana, que habian sido ocupadas antes de la toma de Valencia, fueron admitidas en compensacion

de este impuesto extraordinario de guerra.

V. A medida que se hicieron sentir en el reino de Valencia los resultados de la administracion francesa, el pueblo que hasta entonces hubiera mirado con tal horror el yugo extranjero, pareció ya tranquilo espectador de nuestra ocupacion, porque no se veía en manera alguna molestado ni en sus hábitos ni en su creencia, y porque gozaba aun de mas libertad que bajo el régimen español. Los habitantes del campo se libraban y entregaban exclusivamente á sus trabajos, seguros ya de coger lo que una vez sembrasen. La industria encontraba salida á sus productos en nuestro consumo, y el comercio, sin recelo alguno ya con respecto al tan escandaloso y cruel sistema de las requisiciones, no temió el entregarse á osadas especulaciones, á fin de poder abastecer al ejército de todos aquellos objetos que solo podian venir de fuera. Con la escolta solo de algunos pocos hombres, se viajaba libremente por dó quier: tal era la seguridad de los caminos. Y en fin, la cobranza del impuesto, que en los tres primeros meses de la ocupacion habia ascendido solo á un millon y quinientos mil francos, cobranza mezquina que hubo de exigir ciertas medidas de rigor, le produjo al tesoro en los nueve siguientes mas de veinte y cinco millones, sin contar las provisiones de toda especie que se presentaron y de

que se hicieron cargo los almacenes militares.

Una tan rápida exoneracion y descargo permitió al fin al mariscal el disminuir las cargas que pesaban sobre el Aragon: las contribuciones en frutos que en 1811 habian sido reducidas de una tercera parte, se rebajaron aun otro tanto mas, y las contribuciones en metalico que se elevaban á cerca de diez millones de francos, se fijaron definitivamente en cuatro millones y medio de francos por año. Los corregimientos de Tortosa, de Lérida y de Tarragona experimentaron rebajas y alivios de igual naturaleza.

El Emperador habia mandado y dispuesto, que una quinta parte de lo que se recaudase por contribucion de guerra, perteneceria al gobierno español, y con arreglo á esta decision se habian enviado ya á Madrid tres millones de francos. Los acontecimientos posteriores obligaron al rey de España á retirarse hácia Valencia en agosto de 1812, y alli se pusieron á su disposicion otros dos millones en barras. Su guardia real fué vestida de nuevo, y el ejército del centro, bajo sus órdenes, recibió provisiones y municiones de toda especie cuando hubo de regresar á la capital. El ejército del mediodía que se habia visto forzado á seguir el mismo movimiento y á abandonar la Andalucía, recibió no menos algunas provisiones en aguardientes y arroz. Mas de nueve mil hombres, entre

enfermos, heridos ó licenciados, procedentes de ambos ejércitos, encontraron en nuestros acantonamientos y hospitales todos los socorros que pudieron necesitar, y á medida que se iban restableciendo, recibieron cada uno un mes de paga, un capote y un par de zapatos, á fin de poder hallarse en estado, ó bien de regresar é incorporarse á sus cuerpos, ó bien de partir hacia Francia.

En esta misma época, el ejército de Aragon adelantó al de Cataluña una suma de trescientos mil francos, á fin de ayudarle á formar los acopios de repuesto de Barcelona, para en el caso de un sitio. Y por la via de Jaca, se despacharon y enviaron á Francia mas de cien acémilas de carga con quina y otras drogas estrangeras, para el consumo de los hospitales militares del interior.

En fin, se enviaron al tesoro de Paris, como objetos de artes, muchos vasos y cálices antiguos de plata, que parecian de un gran precio, y que se encontraron en el convento de Montesa, que perteneció en otro tiempo al órden de los Templarios*.

* Los vasos de que aqui habla el mariscal eran unos antiquísimos cálices y azalates de oro y plata, que legaron á la orden de los Grandes Maestres Tous, Despuig y otros, y que lograron salvarse de entre las ruinas del castillo de Montesa, cuando el terremoto del año 42 le arruinó. Los prebendados de dicho convento y orden de caballería resolvieron pocos dias antes de que

VI. Apenas habia trascurrido un año desde nuestra entrada en el reino de Valencia, que ya la contribucion extraordinaria de doscientos millones de reales estuviera satisfecha, tanto por los pagos en dinero hechos en las cajas públicas, como por los demas suministros, que en razon de dicho impuesto, se habian presentado en los almacenes militares. Iba ya á dar principio el nuevo año de 1813, cuyo presupuesto en gastos indispensables era preciso asegurar, y deseando el mariscal Suchet grangearse y merecer la confianza de los Valencianos, resolvió

se formalizase el bloqueo y sitio de Valencia, que se encajonaria toda la plata de aquel y que se trasportaria á lugar seguro y fuera del alcance del enemigo, todavez que los conventos é institutos religiosos debian de quedar suprimidos sin excepcion, en virtud de los últimos decretos de Madrid. Dichos cajones se llevaron en efecto á San Felipe, y desde allí, á Ayelo de Malferit, desde donde hasta Alicante, hubo de permanecer el camino libre aun por espacio de algunas semanas. Pero el Freyle encargado de su custodia tuvo la culpabilísima negligencia de esperar tranquilo en su casa, hasta que los comisionados franceses de los bienes nacionales se presentaron á reclamarlos. Antes de aquella traslacion, se habian repartido á los Freyles existentes en el convento algunas cortas sumas, á título y con la carga de Misas. Y en el fondo de los cajones se encontraron despues algunos sacos con onzas de oro viejas, especies que los Franceses ciertamente no pedian, y que extrañaron muchísimo el hallar allí, añadiendo con su acostumbrada sal, que no hubieran creído jamas posible una tal estupidéz, tratándose de Freyles. Tan irreparable pérdida debe de abrir los ojos al Gobierno con respecto á ciertas personas, que han pretendido y aun logrado pasar despues como las únicas fieles y puras.

(Nota del Traductor.)

llamarlos á votar, en cierto sentido, los nuevos subsidios de que necesitaba y que reclamaba. Con este motivo reunió en Valencia una Junta de los principales funcionarios, tanto políticos como judiciales de la provincia, de algunos miembros de la corporacion de comercio, y de un diputado por cada uno de los catorce distritos de recaudo ó cobranza. El mismo abrió en persona la primera sesion de dicha asamblea, á la cual dió á conocer en un discurso preparatorio el objeto de su convocacion. El intendente y el ordenador en jefe del ejército presentaron en seguida á la misma el estado general de entradas y salidas del año próximo pasado, y el de las necesidades y recursos probables del ejercicio corriente: dichos estados é informes fueron examinados y discutidos en el seno de muchas comisiones particulares, que hicieron sobre ellos las observaciones que juzgaron á propósito. Terminado dicho trabajo, la Junta tomó la iniciativa, sobre cada uno de los puntos indicados, y sometió al general en jefe un proyecto de impuesto de diez y ocho millones de francos, á fin de cubrir los gastos de 1813. Al mismo tiempo indicó la misma ciertas mejoras, y con arreglo á lo que expuso y solicitó, el general en jefe no vaciló un momento en adoptar ciertas reformas en muchos ramos de la administracion local. Organizóse de nuevo una junta de sani-

dad, se reinstalaron algunas administraciones antiguas, se disminuyeron los gastos de cobranza y se instituyó una bolsa comun, en beneficio de los recibidores mismos. Proveyóse á las necesidades de muchos establecimientos de caridad con dones gratuitos; se tomaron algunas medidas para poner un coto á las dilapidaciones y descuajos de los bosques de la marina real; ordenóse la reparacion de muchos puentes y canales que se deterioraban ó amenazaban ruina, y en fin, se estableció un presidio, como se habia hecho en Zaragoza, y cuyos individuos habian de ejecutar todos aquellos trabajos que exigiera la salubridad pública y la policia municipal.

De todas las medidas que la administracion de una tan hermosa provincia acordó y tomó, ninguna hubo de tener un mayor ni mas saludable influjo que la arriba dicha, y en virtud de la cual se llamó á los ciudadanos á discutir y consentir las cargas que debian de pesar sobre ellos. Apreciaron estos dignamente lo que una concesion de esta naturaleza, por parte del poder, tenia de benévolo y de protector en las circunstancias actuales, y se mostraron en consecuencia mucho mas dispuestos á obedecer las órdenes de la autoridad superior, con cuyo motivo la recaudacion del impuesto se hizo con mucha mayor prontitud y seguridad.

Pero el hado quiso que nosotros no pudiésemos disfrutar por largo tiempo aun de una tan no esperada prosperidad. Pocos meses después de adoptada esta sabia medida y disposicion, los acontecimientos tanto políticos como militares hicieron presentir al general en jefe la necesidad en que podria llegar á verse tal vez, de evacuar súbitamente el reino de Valencia. Asi es que habia hecho abastecer de antemano las plazas de Denia, de Peñíscola, de Sagunto, de Morella, de Tortosa y de Lérida, y cuando la batalla de Vitoria vino á darle la señal de retirada, no le quedó mas por hacer que el mandar trasportar á dichas plazas los fondos necesarios, á fin que sus guarniciones pudiesen recibir en lo sucesivo las pagas corrientes.

Apenas habian trascurrido diez y ocho meses desde la conquista del reino de Valencia, y en dicho tiempo habian ingresado en las arcas del ejército treinta y siete millones de francos en dinero metálico, procedentes de las contribuciones ordinarias, ó de las extraordinarias de guerra. Los gastos de sueldos, masas, etc., habian ascendido á 16,854,920 francos: los del material, á 6,186,304; los de administracion pública y local, las pensiones de eclesiásticos, de militares retirados, de viudas, socorros acordados, etc., á 2,143,864; los gastos de servicio de administracion, en el tesoro del ejército, á

87,671; los envíos á Francia de valores no monedados ó acuñados, y los pagos efectuados en virtud de órdenes ministeriales, á 753,263; las sumas enviadas á Madrid al rey de España, sobre el producto general de las contribuciones extraordinarias de guerra, á 7,000,000; y en fin, las que se dejaron en las diferentes plazas de guerra, conservadas por el ejército, ascendieron á 1,470,727 francos. Todos estos gastos se elevaron á la suma general de 34,496,854 francos.

Durante este mismo intervalo de tiempo, las cobranzas habian ascendido en el Aragon á ocho millones de francos, y á siete en la baja Cataluña; en ambos puntos se habian satisfecho los gastos del sueldo y del material como en Valencia; habiáanse acordado socorros y pensiones, habiase proporcionado trabajo á la clase indigente, y arreglándose á la vez todos los gastos de utilidad general y local, á satisfaccion y conforme al interes de los habitantes mismos. Y aun todo esto se logró, sin haber tocado en nada ni dispúestose de las riquezas de las iglesias, sin que se hubiese vendido porcion alguna de los bienes del clero, ni aun de los bienes de los ricos propietarios que por causa de la guerra habian abandonado sus hogares.



NOTAS

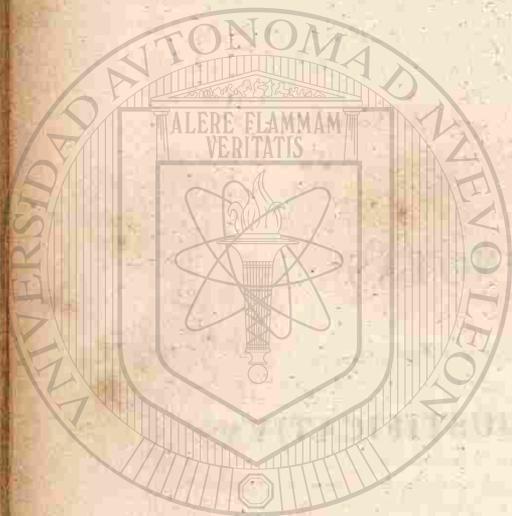
Y

PIEZAS JUSTIFICATIVAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NOTAS

Y PIEZAS JUSTIFICATIVAS

DEL TOMO TERCERO.

NOTA XXI, PAG. 2.

Estado de los prisioneros de guerra hechos en Tarragona, el 28 de junio de 1811.

Generales, oficiales superiores y subalternos, en su totalidad.....	497
Sargentos, cabos y soldados, en su totalidad.....	9,224
Total de hombres.....	9,721

Así se deduce por el estado de revista que se pasó en Constantí, el 29 de junio de 1811, por los comisarios de guerra franceses, los señores Recamier y Justino Larreguy, como también por los estados de los hospitales permanentes y de sangre, autorizados todos ellos por el comisario ordenador en jefe, el señor Bondurand. Y si se toman en cuenta los prisioneros hechos anteriormente en el fuerte del

Olivo, y los que se hicieron el mismo 29 de junio en Villanova de Sitges, resulta que el número total de prisioneros ascendió á mas de once mil hombres.

NOTA XXII, PAG. 4.

El general español Contreras, y el coronel ingles John Jones, ambos han injuriado el carácter del mariscal Suchet, con tan poco decoro como verdad, relativamente al asalto de Tarragona.

El primero, herido y hecho prisionero en aquel, hubo de deber la vida á un oficial de ingenieros frances que se expuso por salvarle. Ya se ha visto de que modo fue recibido y tratado en el cuartel general: y mientras marchaba hácia Francia, escribió al mariscal Suchet la carta siguiente:

«Castillo de Zaragoza, hoy 15 de agosto de 1811.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

He sabido con la satisfaccion mas viva el feliz regreso de V. E. á esta capital. Y como tomo un tan gran interés en todo cuanto concierne y toca á V. E., el sentimiento de mi gratitud por sus bondades me impone la ley de manifestar á V. E. mi júbilo con este motivo. Dios guarde á V. E. su vida muchos años; etc. etc.

Firmado JUAN SENEN DE CONTRERAS.

El general Contreras, antes de ponerse en camino, habia entregado al mariscal su parte oficial al minis-

tro de la guerra de la Regencia española, sobre la toma de Tarragona. Solicitó tambien del mariscal, y este le acordó, que un oficial español á quien se encargaria el llevar dicho parte, pudiese pasar al campo y guardias avanzadas enemigas; pero el mariscal no supo ya despues que se habian hecho ni el oficial ni sus pliegos. Tan solo mandó sacar una copia de dicho documento, que se envió á Paris, y fue impresa en el Monitor del viernes 19 de julio de 1811.

El general Contreras, despues de un año de reclusion y de encierro en el castillo de Bouillon, en Francia, logró fugarse, pasó á Inglaterra y desde allí á Madrid, en donde publicó en 1813 una relacion del sitio de Tarragona. En ella atribuye y hace cargo al mariscal de toda la sangre que hubo de correr el 28 de junio, y se queja de que su parte hubiese sido suprimido en España y mutilado en Francia, y en consecuencia, añade él, va á restablecerle cual se encontraba en el original. Por toda respuesta, remitiremos nuestro lector á la Nota 20, que precede esta; en ella hemos dado el parte de Contreras original, segun le imprimió en 1813. Y si el lector quiere tomarse la pena de compararle con la traduccion que insertó el Monitor, notará que en esta solo se habian suprimido algunos párrafos ó periodos fastidiosamente largos, y que ora transcribimos nosotros fielmente: en los pasages que rayó él mismo, ó que hemos rayado nosotros, notará ademas el lector ciertas confesiones ó mas bien contradicciones del general Contreras, y que bastan por sí solas á justificar plenamente al mismo á quien él se propuso acusar.

El coronel John Jones, que en 1817 publicó una

obra sobre la guerra de España, toca en ella como de paso y con mil inexactitudes que pudiéramos fácilmente notar, algunas de las operaciones militares que ocurrieron en el est de la Península. Por ejemplo, hablando de los sitios á que presidió el mariscal Suchet, á la cabeza del ejército de Aragon, dice, que este general no acordaba jamas capitulacion; despues se extiende « sobre los horrores de Tarragona, » y añade, « que en el asalto de dicha plaza hubieron de « perecer millares de habitantes, por atrocidad indi- « vidual; que este era un ejército frances librado á « sus personales y viciosas propensiones; que dichas « crueldades deben inspirar un alto menosprecio por « aquél que las dirigió; y sin embargo, que aquel tan « feliz gefe, no solo fue elevado á la dignidad de ma- « riscal, por el degüello de Tarragona, sino que aun « ganó en consideracion en el espíritu de los Fran- « ceses, etc. etc. »

Con respecto á los hechos, el coronel John Jones se engaña groseramente cuando cuenta como habitantes los cuatro mil hombres que perecieron en la plaza, y que fueron casi todos soldados. Sin duda hubieron de perecer algunos habitantes tambien, en la última y tan sangrienta escena de un tan porfiado sitio, porque muchos de ellos, animados de un ciego furor, no cesaron de disparar contra nuestras tropas, desde los atrincheramientos, tejados y casas aspilleras de la Rambla, en términos que nuestras columnas victoriosas, despues de haber superado y franqueado la brecha, se vieron allí como detenidas y atajadas. Los soldados franceses cuya sangre hervia en el mismo grado que la de sus contrarios, hubieron

de dar muerte á todo aquel que se presentó al alcance de sus armas. Pero la poblacion sin defensa, la que huye y evita el peligro mas bien que no le provoca, se habia refugiado en las iglesias, en donde se la respetó en medio de una tan cruel carnicería, asi como á los heridos de los hospitales. El asalto con el cual el general Suchet amenazaba á su enemigo, quien positivamente no quiso evitarle, no puede servir de pretexto para unos reproches tan injustos y tan poco decentes como los que se le hacen. El sistema de este general fue siempre el desplegar una gran severidad y fuerza, al paso que practicaba no menos la justicia y la prudencia. Viéndose forzado á mandar el asalto á fin de entrar en Lérida y en Tarragona, no pudo ciertamente evitar el que corriese la sangre de los vencidos, aun mas que la de los vencedores. Mas véase de otro lado de que modo hubo de ocupar Tortosa, Valencia, y en general toda aquella parte de España que fue el teatro de sus operaciones.

Con respecto á los principios sobre los cuales parece el señor Jones fundar y motivar su juicio, podemos sin duda adelantar, ó que hizo de ellos una pésima aplicacion, ó que se contradice y refuta el mismo sus propias palabras. He aqui un pasage que copiamos y transcribimos literalmente de su libro. « Considerando la cosa en sí misma, sin prevención « ni parcialidad, tan dignos de una justa censura pa- « recen los agresores, como el gefe de los vencidos. « El primer deber de un general es el emplear cuantos « medios estén á su alcance para asegurar su triunfo, « y para economizar la vida de sus soldados; y segun « parece, el único medio eficaz con que los sitiadores

« pueden llegar á prevenir los riesgos de una tan obstinada y porfiada defensa, como fue la que opusieron Gerona y Zaragoza, es el hacer uso, por entero, del derecho de represalias que la victoria les proporciona y ofrece. Esto es todo cuanto justifican los usos y leyes de la guerra, y lo que exige el cuidado de nuestra propia conservacion. En una batalla en campo raso, cuando una division espera á pie firme el ataque y carga del enemigo, el vencedor no se hace el menor escrúpulo ni esquivo la bayoneta, atravesando con ella cuantos se le ponen á tiro; y ciertamente no podria alegarse una razon ó argumento de algun peso en favor de los que pelean al abrigo y detras de una muralla, como si estos debieran ser tratados de un modo diferente, y como si tuviesen el privilegio de poder destruir á sus enemigos hasta el último momento, y de ser acogidos despues con una cierta consideracion y amistad, cuando ya no pueden continuar haciéndolo impunemente. Hasta un cierto punto determinado del ataque, es tan justo como loable el continuar la defensa; mas si despues de esto la guarnicion quiere perseverar aun, debe conocer que lo hace á su propio riesgo y peligro; en su mano está elegir este ó aquel partido. En esta posicion se encontró Taragona; y el principio segun el cual se pasa á deguello, despues del asalto de una brecha, á cuantos se encontraren con las armas en la mano, parece tan completamente autorizado y justificado por el derecho y por el uso, que el general Suchet, considerando la cosa de una manera abstracta, no puede ser censurado por haberle puesto en práctica y en ejecucion. »

Despues de estas observaciones, ¿ que es lo que resta, ni en que vienen á parar los cargos y reproches que dirigieron contra el mariscal Suchet, tanto el general Contreras, como el coronel Jones? Ambos dicen y prueban, cada uno por su parte, que no ha dependido del general frances el evitar el asalto, y esto ciertamente basta para resolver y juzgar la cuestión.

Por lo demas, que el curioso lea las detalles y pormenores del asalto de Badajoz por los Ingleses, en 1812 *, y los pormenores sobre todo del asalto de San Sebastian, segun los dieron las gazetas españolas de la época, y en términos de que nosotros no nos queremos prevaler en ventaja nuestra. En esta última plaza, tres mil Franceses sostuvieron contra los Ingleses un sitio, que dió principio el 28 de junio

* « Las escenas que siguieron y sucedieron al asalto, son sobradamente horribles y sobradamente asquerosas, para que hagamos mérito de ellas aqui. Que el lector se represente allá en la idea todos cuantos excesos y crímenes pueden llegar á cometer tres á cuatro mil hombres armados, completamente ebrios y alumbados, y muchos de ellos sin la menor idea de moral, y corriendo de aquí para allá en una ciudad, entregada completamente á su merced y brutalidad. Es justo, sin embargo, que declaremos, que esta conducta no fue universal. Muchos de nosotros arriesgamos y expusimos nuestras vidas para libertar y preservar algunas mugeres sin defensa, y bien que fuese en extremo peligroso para los oficiales el dejarse ver en semejante crisis, yo oi algunos de ellos que desplegaron tanto valor por el solo interes de la humanidad, como habian desplegado la víspera al montar al asalto. »

(Véase la *Vida de un soldado*, obra impresa en Glasgow, y publicada en extracto en el periódico *London Magazine*, y traducido é insertado este en la *Revista Británica*, pag. 55, tomo 7, número de setiembre de 1826.)

de 1813 y duró setenta y tres días, sesenta y seis de estos de trinchera abierta y veinte y cinco de fuego, rechazaron tres asaltos, y despues del cuarto, que se dió contra el cuerpo de la plaza el 31 de agosto, se encerraron en el fuerte, en donde capitularon el 8 de setiembre. Allí presenciaron el espectáculo que describe del modo que sigue, en su parte oficial, el coronel de ingenieros Piaot.

« La desgraciada poblacion de San Sebastian sufrió entonces, de parte de sus aliados, todos los horrores de una plaza ó ciudad enemiga tomada de asalto. Durante los días 1, 2, 3, 4 y 5 de setiembre, continuaron sin interrupcion el pillage y el incendio de la ciudad. El 6, esta no era otro que un monton de ruinas abrasadas y humeantes. »

Cuando citamos estos hechos, no es nuestro ánimo el recriminar ni reprochar su odiosidad á los gefes del ejército ingles. Todo militar que ha visto de cerca la guerra, sabe bien *que el asalto es el acto mas severo y mas peligroso de dicha carrera*, y que el soldado, despues que se le hubo de exaltar y enardecer para librarse á él, no puede ser retenido al instante mismo, ni corregido de aquella especie de furor que como un delirio y embriaguez se enseñoorea de todo él. Contreras da un público testimonio y rinde el debido homenaje á la humanidad de los oficiales franceses en Tarragona. Sin duda los oficiales ingleses, en San Sebastian, hubieron de hacer iguales y no menores esfuerzos, á fin de atajar la carnicería y el degüello. Mas para juzgar con la debida equidad unos hechos que no dejan de tener alguna analogía entre sí, convendría y aun es necesario observar, cuan dife-

rente era la posicion respectiva de los unos y de los otros. En Tarragona, los Franceses y los Españoles eran enemigos declarados; y en San Sebastian, los Ingleses eran con respecto á los Españoles unos *amigos* y unos *auxiliares*.

NOTA XXIII, PAG. 45.

Estado de las tropas de que se componia el ejército de Aragon, en 15 de setiembre de 1811.

Divisiones. Primera : general Musnier. De brigada : generales Robert, Ficatier.

Segunda : general Harispe. De brigada : generales Paris, Chlopiski.

Tercera : general Habert. De brigada : generales Montmarie, Bronikoski.

Division italiana : general Palombini. De brigada : generales Saint-Paul, Balathier.— Caballería de esta division : el coronel Schiazetti.

Division napolitana : general Compere. De brigada : Ferrier.

Caballería del ejército : general Bousard.

Artillería : general Valée.

Ingenieros : general Rogniat.

Regimientos, infantería y caballería, 24. Batallones, 40. Escuadrones, 14.

Hombres sobre las armas : empleados y en expedicion contra Sagunto, 22,235. Caballos, 3,044. En Aragon, sobre la línea y en las plazas fuertes : hombres, 6,893. Caballos, 917.

Tomado que hubo Suchet Tarragona, este tan feliz general pensó, por primera operacion, en desalojar de Mont-Serrat al baron de Eroles, que habia fortificado dicha posicion con grande estudio, dirigiendo desde ella sus correrías hasta las puertas mismas de Barcelona. El 24 de julio los Franceses atacaron por diferentes puntos y por ambos lados de la montaña, y como los Españoles no tuviesen fuerzas bastantes para poder resistir por tantas partes, fueron arrollados y vencidos muy pronto, y no le fue en mucho que el mismo Eroles no quedase prisionero. Poco despues los Franceses se concentraron en Tortosa, con ánimo de prepararse y disponerse para nuevas conquistas, dejando un cierto número de tropas y de puestos fortificados para conservar sumiso el principado, y para mantener la comunicacion con el Aragon, por el camino de Lérida.

En el mes de setiembre, Suchet se adelantó, al frente de veinte y cinco mil hombres, con ánimo de hacer la conquista de Valencia. El buen éxito dependia en gran parte de la celeridad de la operacion, y así es que evitó el perder un tiempo precioso sitiando el castillo de Orópesa, que señorea y domina el camino real. Y como su artillería no podía seguirle por el mismo camino, hubo de llegar á la vista de la fortaleza de Murviedro, sin otros útiles ni medios de ataque; allí quiso arriesgar una escalada general contra aquella, pero fue rechazado con gran pérdida. Despues de dicho descalabro permaneció inactivo

hasta el 18 de octubre, en que su artillería llegó; y como durante todo aquel tiempo perdido, los Españoles hubiesen reunido algunas fuerzas para marchar en socorro de la guarnicion, estableció por el pronto, y como á la ligera, algunas baterías lejanas que abrieron brecha, y sin esperar á mas y sin otros preparativos ordenó el asalto. Pero el camino para montar á la brecha era no menos áspero que estrecho, y las columnas de asalto fueron rechazadas con pérdida y en una segunda tentativa no menos. Suchet entonces se decidió á maniobrar segun reglas, y el 24 habia ya casi formalizado el completo bloqueo de la plaza, cuando la cercanía de Blake que venia marchando al frente de un ejército considerable, le obligó á suspender el ataque y á concentrar sus fuerzas para haber de oponerse á los Españoles.

El general Blake que se separó de los aliados en junio de 1811, hácia el Guadiana, se dirigió hácia el condado de Niebla, y habiendo querido apoderarse del castillo de este nombre por escalada, fue rechazado. Volvió á Cadiz, y desde allí se hizo á la vela con un cuerpo de tropas, á últimos de julio, hácia Almeria, en donde reuniéndose con el ejército de Murcia, llegó á verse al frente de veinte mil hombres. Pero Soult hizo marchar al mismo tiempo en dicha direccion todas sus fuerzas disponibles, y el 9 de agosto, en una accion general cerca de Lorca, el ejército francés dispersó los Españoles tan completamente, que apenas si pudieron reunirse como unos nueve mil hombres en Lebrilla, hácia donde Blake hizo retrogradar su cuartel general. Los fugitivos, sin embargo, fueron reuniéndose poco á poco, y aun

se les enviaron algun tiempo despues algunos socorros; y cuando el enemigo hubo de invadir el reino de Valencia, se le confirió igualmente el mando del ejército de esta provincia al general Blake; circunstancia que hizo elevar y ascender el número de sus fuerzas á treinta ó treinta y cinco mil hombres, en que se contaban con poca diferencia casi todas las tropas viejas de España, incluso el cuerpo que habia peleado con tan honroso valor en la Albuhera. Las diferentes divisiones de este ejército estaban mandadas por oficiales muy distinguidos, y la caballería y artillería volante, sobretudo, eran excelentes. Al frente de dichas tropas Blake se adelantó osadamente el 25 de octubre, con ánimo de socorrer á Murviedro, y atacó al ejército frances, cerca de Puzol. Los Españoles combatieron con valor, y aun obtuvieron por el pronto tal cual suceso parcial, y orgulloso Blake con la perspectiva de la victoria, dispuso un movimiento sobrado extendido, al efecto de impedir y de cortar la retirada á los Franceses. Pero Suchet se aprovechó al punto de esta ventaja, para atacar con un cuerpo bien compacto el centro ya débil de los Españoles, que derrotó con facilidad, y las dos alas bien sorprendidas con este descalabro, tuvieron harta dificultad en escapar á la suerte que preparaban á sus enemigos. Sin embargo, gracias á una buena marcha, consiguieron verificar su retirada, junto con los fugitivos del centro, y todos volvieron á pasar el Guadalaviar. Murviedro capituló entonces, y Suchet, algunos dias despues, adelantó sus puestos y guardias avanzadas hasta los arrabales mismos de Valencia, á la izquierda del rio; pero como el ejér-

cito español hubiese ocupado una fuerte linea del otro lado y á la parte opuesta del rio, los preparativos para forzar el paso de este no pudieron completarse antes del 25 de diciembre. Suchet atravesó el rio en dicho dia, no sin alguna resistencia, por cerca de Cuarte y de Mislata, y á la orilla del mar, por cerca de la embocadura del Guadalaviar. Una division española se retiró hácia Murcia; pero el cuerpo principal del ejército, con el general en gefe, se replegaron y encerraron en las lineas que se habian construido con el objeto de fortificar la capital. En la noche del 28 Blake intentó abrirse paso por medio del enemigo; pero esta empresa, manejada con poquísimo vigor, no tuvo resultado alguno.

El 1º de enero de 1812, los Franceses abrieron la trinchera contra la linea avanzada de los Españoles, y el 4, cuando sus trabajos se hallaban aun á una cierta distancia del frente de ataque, el ejército español abandonó su defensa y se retiró hácia la ciudad. A esto se siguió un vivo bombardeo, durante tres dias consecutivos, mientras que por otra parte se adelantaba metódica y regularmente el trabajo de trincheras. El general Blake entonces, queriendo preservar la capital y sus habitantes de los horrores de un asalto, capituló el 9 de enero, entregando y quedando prisioneros de guerra diez y seis mil hombres de buenas tropas.

(Extracto de la *Historia de la Guerra de España y de Portugal*, por el coronel John Jones.)

NOTA XXV, PAG. 117.

*Estado de las tropas reunidas en vista de Valencia,
á la época de 31 de diciembre de 1811.*

EJÉRCITO DE ARAGON.

Divisiones. Primera: general Musnier. De brigada: los generales Robert, Ficatier.

Segunda: general Harispe. De brigada: los generales Paris, Chlopiski.

Tercera: general Habert. De brigada: los generales Montmarie, Bronikoski.

Division italiana: general Palombini. De brigada: los generales Balathier, Saint-Paul.

Brigada napolitana: general Ferrer.

Caballeria: general Boussard. Segundo: general Delort.

Artilleria: general Valée.

Ingenieros: general Rogniat.

Regimientos, infanteria y caballeria, 24. Batallones y escuadrones, 54. Nombres y soldados de servicio presentes, delante de Valencia, 20,595. Caballos, 1,839.

CUERPO DE RESERVA.

Divisiones. La del general Reille. Generales de brigada: Pannetier, Bourk.

Division italiana: general Severoli. De brigada: generales Mazzucheli, Bertolotti.

Batallones y escuadrones al todo, 28. Soldados presentes y de servicio, en vista de Valencia, 13,223.

Caballos, 805. — Recapitulacion y total general de ambos cuerpos. Batallones ó escuadrones, 82. Hombres presentes y de servicio, 33,818. Caballos, 2,644.

NOTA XXVI, PAG. 138.

Capitulacion convenida y concluida entre el señor mariscal conde Suchet, general en jefe del ejército de Aragon, y el señor Blake, general en jefe de los ejércitos segundo y tercero españoles, relativa á la ocupacion de la ciudad de Valencia.

Artículo 1º. La ciudad de Valencia será entregada al ejército imperial; la religion será respetada, y los habitantes y propiedades protegidos.

Artículo 2º. No se hará investigacion alguna sobre lo pasado, contra aquellos que hubiesen tomado una parte activa, sea ya en la guerra, ó bien en la revolucion. Los habitantes que quisieren salir de ella, dentro del término de tres meses, con el permiso y autorizacion del comandante militar, y llevarse consigo á otra parte sus familias y fortunas, quedan en libertad de hacerlo.

Artículo 3º. El ejército español saldrá con los honores de la guerra por la puerta de Serranos, y dejará sus armas de la otra parte del puente del mismo nombre, sobre la orilla izquierda del Guadalaviar. Los oficiales conservarán sus espadas, como sus caballos y equipages, y los soldados sus mochilas.

Artículo 4°. Y habiendo ofrecido el general Blake que haria entregar los prisioneros franceses, ó bien aliados de los franceses, que se encuentran en este momento en Mallorca, Alicante y Cartagena, quedará un número igual de prisioneros españoles en las plazas que ocupa el ejército frances, hasta que se pueda verificar y terminar el cange, hombre por hombre, y grado por grado. Esta disposicion será no menos aplicable á los comisarios y otros empleados militares, prisioneros de una parte y otra. El cange de prisioneros se hará sucesivamente, y principiará á la llegada de las primeras columnas de los prisioneros franceses.

Artículo 5°. Hoy mismo, 9 de enero, desde el momento en que se habrá firmado la capitulacion, se entregarán la puerta del mar y la ciudadela á algunas compañías de granaderos del ejército imperial, mandadas por coroneles. Y mañana, á las ocho de ella, la guarnicion saldrá de la plaza por la puerta de Serranos, mientras que dos mil hombres de ella saldrán por la puerta de San-Vicente, con direccion á Alcira.

Artículo 6°. Los oficiales retirados del servicio que se encuentran al presente en Valencia, quedan autorizados á permanecer en ella, si lo desean así, y se les procurarán, en cuanto se pueda, los medios de que necesitaren para subsistir.

Artículo 7°. Los generales españoles, gefes superiores de la artilleria y de ingenieros, y el comisario general ó intendente del propio ejército, entregarán á los generales y comisarios franceses, cada uno en

su ramo respectivo, el inventario de cuantos efectos dependan de su servicio.

En Valencia, á 9 de enero de 1812.

El general de brigada, gefe de estado mayor del ejército de Aragon,

Firmado SAINT-CYR NUGUES.

El general de division,

Firmado JOSÉ DE ZAYAS.

Aprobado: el general en gefe, capitan general,

Firmado JOAQUIN BLAKE.

Aprobado: el mariscal del imperio,

Firmado CONDE SUCHET.

NOTA XXVII, PAG. 145.

Decreto del 24 de enero de 1812.

Napoleon, emperador de los Franceses, etc. etc.

Nos hemos nombrado y nombramos al mariscal Suchet duque de Albufera.

Y gozará de los títulos, prerogativas y dominios anejos á dicho ducado, conforme á los despachos y patente que se redactarán y se le librarán en nuestro consejo del sello, etc. etc.

Decreto del 24 de enero de 1812.

El lago, las pesquerías y todo cuanto dependa del dominio y estado de la Albufera se le conceden y donan en toda propiedad al duque de Albufera, y harán parte de la dotacion de dicho ducado, que le he-

mos conferido por nuestro decreto en fecha de este dia.

Dicho duque poseerá los mencionados bienes, como feudos de nuestra corona, á la cual deberán devolver, en el caso de extincion de su descendencia varonil y legitima, etc. etc.

Otro decreto del 24 de enero de 1812.

Napoleon, emperador de los Franceses, etc. etc.

Queriendo recompensar los servicios que han prestado los oficiales generales, oficiales y soldados de nuestro ejército de Aragon, hemos decretado y decretamos lo que sigue :

De los bienes nacionales, sitios en el reino de Valencia, se tomarán hasta la concurrencia y valor de un capital de doscientos millones, que se agregarán y reunirán á nuestro dominio extraordinario de España.

El intendente general de nuestro dominio extraordinario dispondrá que se tome posesion de ellos, sin pérdida de tiempo. El príncipe de Neufchatel, mayor general, remitirá y pasará al intendente general de nuestro dominio extraordinario el estado de los generales, oficiales y soldados de nuestros ejércitos de España, en particular de nuestro ejército de Aragon, que se hayan mas ilustrado y distinguido, á fin que Nos podamos darles una prueba de nuestra satisfaccion y munificencia imperial, etc. etc.

NOTA XXVIII, PAG. 163.

Situación y estado de las tropas de que se componia el ejército de Aragon, en 1º de mayo de 1812.

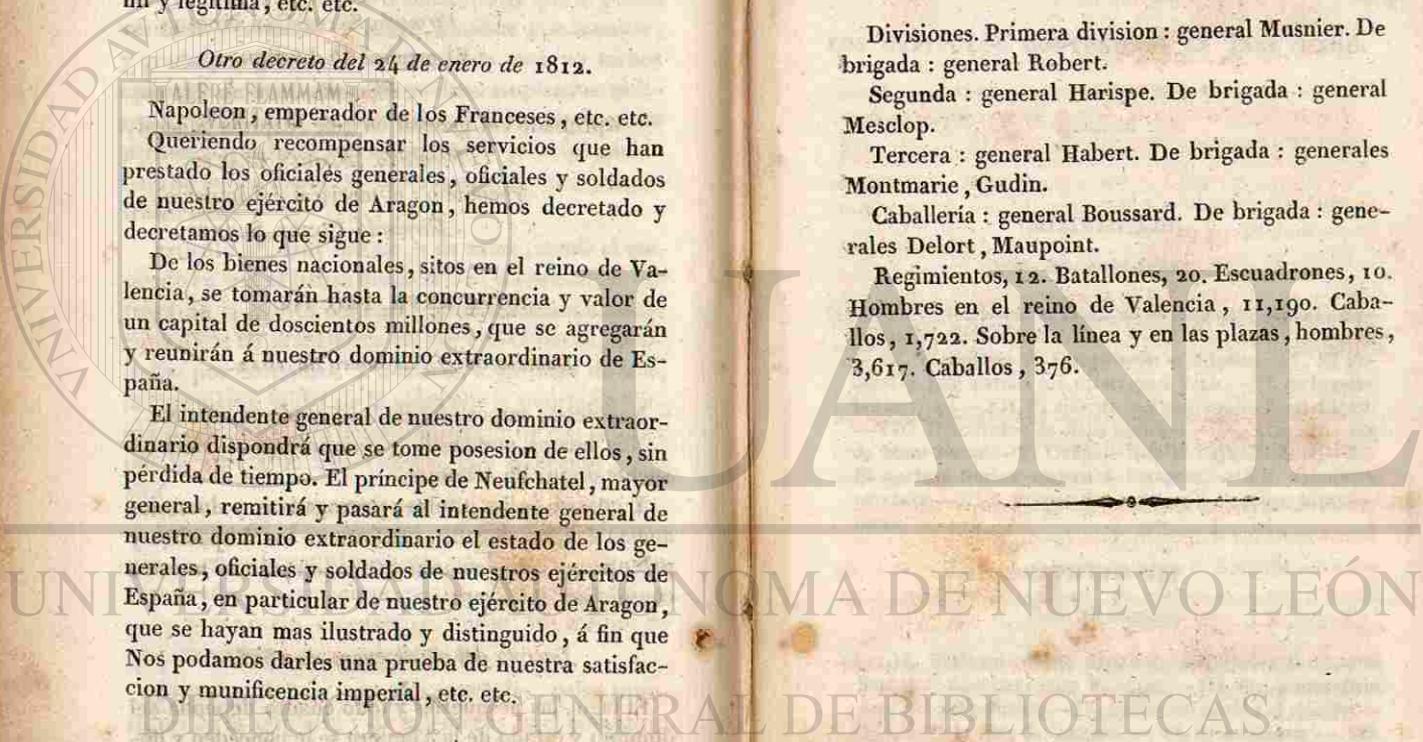
Divisiones. Primera division : general Musnier. De brigada : general Robert.

Segunda : general Harispe. De brigada : general Mesclap.

Tercera : general Habert. De brigada : generales Montmarie, Gudin.

Caballería : general Boussard. De brigada : generales Delort, Maupoint.

Regimientos, 12. Batallones, 20. Escuadrones, 10. Hombres en el reino de Valencia, 11,190. Caballos, 1,722. Sobre la linea y en las plazas, hombres, 3,617. Caballos, 376.





TABLA

DE

LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

CAPITULO XIII.

TOMA DE MONT-SERRAT.

(1811.) I. Restablécese el orden en Tarragona. — II. El general Suchet sale para Barcelona. — III. Regresa á Tarragona. — IV. El ejército de Campoverde se dispersa. — V. El general en jefe marcha con direccion á Vich. — VI. Se le nombra mariscal. — VII. El ejército se dirige contra Mont-Serrat. — VIII. Descripción de dicha posicion. — IX. Ataque y toma de Mont-Serrat. — X. Ocupase toda la baja Cataluña. — XI. El mariscal Suchet regresa á Zaragoza. — XII. Combates parciales. — XIII. Proposicion relativa á un cange de prisioneros.

CAPITULO XIV.

SITIO DE SAGUNTO.

(1811.) I. Vuélvese á tomar Figueras. — II. Orden al mariscal Suchet de marchar contra Valencia. — III. Sus preparativos para dicha expedicion. — IV. Pónese en marcha el ejército. — V. Llega á la vista de Sagunto. — VI. Embestidura. — VII. Descripción del fuerte. — VIII. Escalada sin suceso. — IX. Combates de Segorbe y de Benaguazil. — X. Sitio y toma de Oropesa. — XI. Trabajos del sitio de Sagunto. — XII. Asalto

rechazado.—XIII. Continúanse los trabajos del sitio.—XIV. Blake viene marchando al socorro de la plaza.—XV. El mariscal acepta la batalla.—XVI. Batalla de Sagunto.—XVII. El fuerte capitula. 36

CAPITULO XV.

SITIO DE VALENCIA.

(1811.) I. Estado del Aragon y de la baja Cataluña, durante el sitio de Sagunto.—II. El ejército no es bastante numeroso para un sitio como el de Valencia.—III. El ejército se establece á la orilla izquierda del Guadalaviar.—IV. Posicion del ejército de Blake sobre la orilla derecha.—V. Estado de defensa de Valencia.—VI. Combates diversos en las provincias de Aragon y de Cataluña.—VII. Envíanse refuerzos á nuestro ejército.—VIII. El general Reille llega con dos divisiones á Segorbe.—IX. Paso del Guadalaviar.—X. Batalla y embestidura de la plaza.—XI. Sitio de Valencia.—XII. Abrese la trinchera.—XIII. Establécense las baterías.—XIV. Ocupacion del campamento atrincherado.—XV. Capitulacion de la ciudad.—XVI. Entrada de los Franceses.—XVII. Llega el general Montbrun á Almansa.—XVIII. Se acerca á Alicante, y vuelve á marchar.—XIX. El mariscal Suchet recibe el título de duque de Albufera. 93

CAPITULO XVI.

OPERACIONES GENERALES.

(1812.) I. Ocupacion de Deniá.—II. Sitio de Peñíscola.—III. Capitulacion.—IV. Combate de Villaseca y de Altafulla.—V. Retíranse del ejército los Polacos.—VI. Enviáse el cuerpo del general Reille hácia el Ebro.—VII. Disminúyese y debilitase el ejército de Aragon.—VIII. El ejército español de Alicante se refuerza.—IX. Entrevista del mariscal y del general Decaen en Réus.—X. Déjase ver una escuadra inglesa.—XI. Combates de Castalla y de Ibi.—XII. Desembarca en Alicante una division inglesa.—XIII. Llega á Valencia el rey José y el ejército del centro.—XIV. El ejército del me-

diodia llega á Fuente-la-Higuera.—XV. Los ejércitos del mediodia y del centro marchan hácia Madrid. 146

CAPITULO XVII.

ALGUNOS COMBATES PARTICULARES.

(1812.) Combates diversos en Aragon, en la baja Cataluña y en el reino de Valencia, durante las operaciones generales. 187

CAPITULO XVIII.

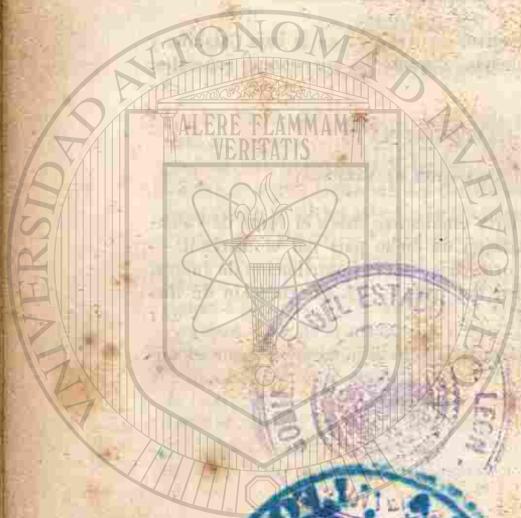
ADMINISTRACION DE VALENCIA.

I. Detalles y pormenores estadísticos sobre el reino de Valencia.—II. Organizacion de dicho pais por el mariscal.—III. Contribucion ordinaria.—IV. Contribucion de guerra.—V. Tranquilidad del pais.—VI. Convocacion de una junta en Valencia. 201

Notas y piezas justificativas desde el número 21 hasta el número 28 inclusive. 227



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE MADRID LEON



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®



BIBLIOTECA
NUEVA